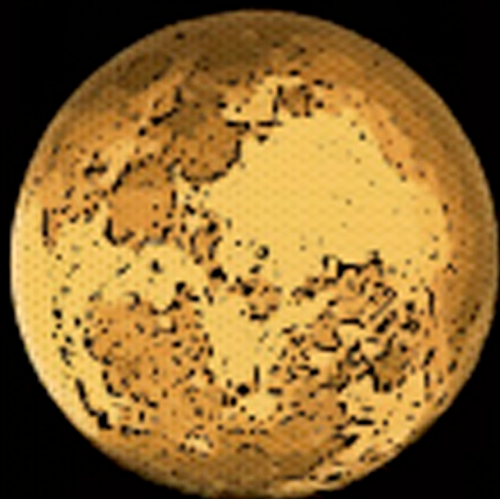




MAKUMASAY

Rosahana Larreal Prieto
Jesús Carrillo Delgado





Makumasay

Rosahana Larreal Prieto
Jesús Carrillo Delgado

Rosahana Larreal Prieto
Jesús Carrillo Delgado
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798362248062

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Alirio Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PRÓLOGO

Maleiwa es el gran arquitecto del universo, quien insertó en la genética del hombre la agudeza espiritual, para promover y generar los grandes cambios en la humanidad.

Al momento de leer estas líneas nos iremos trasladando paulatinamente a ese mundo místico, envolvente, enigmático y costumbrista, y sin que podamos percibirlo de antemano, nos irá acercando a nuestra realidad cotidiana. Lo más probable es que algunos episodios se nos hagan familiares, pues en ellos observaremos la búsqueda de ciertos valores extraviados en el camino, como la solidaridad, honestidad, transparencia y responsabilidad.

Debemos recordar la llegada de los visitantes desde el viejo mundo, que trajeron a estas tierras el idioma y la religión acompañando la desigualdad, la opresión y una profunda injusticia inserta en la atmósfera respirada en aquellos tiempos, para incorporar luego la esclavitud proveniente de otro continente.

Quizás el tatarabuelo de Makumasay en su época, recordaría las cicatrices que los grilletes le generaron a su cuerpo. Él llegó a nuestras costas producto del naufragio sufrido, buscando seguridad, libre determinación y un lugar donde echar sus raíces. Estos hechos acaecidos en esos tiempos fueron originando en el nuevo mundo una mezcla de prismas, gestándose poco a poco el más hermoso tejido producto del mestizaje, acompañado además, de la incalculable riqueza cultural que hoy poseemos.

Makumasay es el resultado de esa combinación genética, en la que sus ancestros africanos, españoles y wayuu generaron un nuevo hombre, un nuevo ser impulsado por el emprendimiento, pleno de matices culturales. Viñendo de lo más profundo del alma, ese espíritu redimidor fue convertido en la herencia más preciada del continente, en un inconmensurable grito de independencia y libertad, en variadas ocasiones escrito con sangre.

Es esta la razón por la cual Luis Torres, junto a sus compañeros de estudio y personal docente, lograron interpretar de manera precisa el descontento que se venía generando en cada uno de los habitantes – traducido en malestar colectivo – producto de la desatención y malversación gubernamental existente; poniendo en peligro, inclusive, los principios más elementales de la vida.

Esta historia devela sin cortapisas cómo las élites políticas y militares que suelen conspirar entre sí, han existido desde siempre, con el innoble propósito de controlar el poder a costa del sufrimiento, persecución, tortura, cárcel y muerte de quienes se opongan a sus pretensiones. Estas élites, pero adecuadamente maquilladas, se encontraban enquistadas en esos tiempos donde perseguían y asechaban a la sangre combativa, valiente y guerrera representada por los estudiantes, con el único objetivo de callarlos y someterlos hasta el punto de llevarlos tras las rejas. Vulneraban así los más sagrados derechos a la libertad de ser y pensar.

Para entonces, no se contaba con un adecuado sistema de información que pusiese al tanto a los afectados – con la inmediatez requerida – de las argucias

y movimientos del poder establecido para aplastar las intenciones libertarias. Ahora el modernismo y la tecnología, nos han llevado a palpar en tiempo real la tragedia que viven nuestros pueblos, que ven agudizar cada día más la fractura del tejido social.

Podemos decir entonces que Makumasay está en cada esquina, en el mercado, la ranchería, el campo, el barrio, urbanización, la empresa comercial o en la fábrica, seguramente frente al timón, llevando a un amigo o quizás, a un simple compañero. Es la genuina expresión del hombre nacido de las entrañas de su propia tierra, donde defiende sus orígenes y costumbres luchando por sus coterráneos con un estilo peculiar, buscando la libertad, el progreso, la justicia, e incluso reconociendo sus propios errores. Persegue con esto salvaguardar lo poco que tiene, llevándolo a poner en práctica la astucia típica de los habitantes de estas tierras, donde la viveza y el soborno florecen hoy tanto como ayer, logrando vencer los obstáculos que se le presentan, pero además, burlando a quienes lo agobian, para vencer los peligros y mantener la herencia libertaria de nuestros valores ancestrales.

Sin más, les invito a disfrutar de esta amena lectura, que con lucida sencillez nos adentra en los confines de nuestra propia búsqueda existencial, enmarcada en los menesteres del vivir cada día con la esperanza de ser parte integrante de un mundo mejor, más solidario, lleno de libertades, sueños y esperanzas.

José Gregorio Páez

CAPÍTULO I EL MENSAJERO

Caía el sol aquel sábado de cuaresma, cuando Makumasay salió al frente de su casa para fumar un tabaco y mirar al cielo, como esperando una respuesta enviada por sus ancestros desde el más allá.

La puerta había quedado entreabierta, y podía verse a lo lejos una mesa con algunas figuras religiosas, un crucifijo de buen tamaño y varios velones encendidos. Fumaba y escupía como si estuviera limpiando su cuerpo de algún maleficio que pudiese alojar en su interior. Se mantenía inquieto, como si esperara alguna razón o a alguien que viniera a visitarlo de manera inesperada.

De pronto, llegó una camioneta de modelo reciente; el conductor estacionó, apagó el motor, abrió la puerta y descendió de ella un hombre corpulento, moreno, con una enorme cicatriz en su cara, de ojos negros y mirada desafiante, impregnado de una fuerte fragancia que desprendía su cuerpo, y haciendo gala de finos hábitos. Tenía la camisa desabotonada por encima de su barriga, donde resaltaba una gruesa cadena de oro que sostenía una tuma, dije propio de su cultura. (Tuma es una piedra semi preciosa a la que se le atribuyen efectos maravillosos en la salud, el amor y en la prosperidad, piedra esta que estaba debidamente consagrada).

Lucía una espesa barba y un fino bigote bien delineado, dando la impresión de ser un hombre de

carácter recio, pero de buena familia. De repente se escuchó un grito:

—¡Cara de mapa!; así le dio la bienvenida Makumasy a Inocencio, quien venía a consultar a su piache de toda la vida. Este le había preparado un amuleto, o mejor dicho – como dirían por esos lugares – una «contra» para que la colocara en su cuerpo, y así poder protegerlo de cualquier hechizo.

Era una semilla redonda, de un marrón suave pero profundo en su tonalidad, con una franja negra que la dividía en dos partes iguales, como símbolo de «amarre» con quienes conjuraron un pacto sagrado para nunca romperse. Esta se recoge en días de luna llena, en la profundidad boscosa de la serranía de Macuira. Con su densa vegetación, adornada con todo tipo de frondosos árboles de inmenso tamaño, (que se mantienen de pie como guardianes protectores cubriendo lo largo y ancho de la geografía), encierra una indescriptible belleza, donde aguas cristalinas que bañan las piedras habidas en sus cauces, acarician el camino que serpentea su ruta. Esta llega hasta las impresionantes cascadas que semejan la lisa cabellera de una majayura, o princesa angelical, merodeando entre las pasarelas silvestres.

Esta majayura busca mostrar sus rasgos e imponer su casta, frente a la variedad de elementos naturales encontrados en su recorrido, donde puede escucharse el canto celestial de aves con hermosos colores, que deslumbran a propios y extraños. El estridente sonido ensordecedor de las chicharras, y el croar de sapos y ranas, mantienen vivo y latente el paisaje y ecosistema reinante.

Es ahí donde este árbol misterioso crece, permitiendo recolectar su grano de buen tamaño, conocido como pepa de zamuro. Es recargado a través de un orificio que se le hace como si fuese un cartucho. Esta pepa ha sido utilizada por los ancestros como un poderoso talismán para mantener las energías cósmicas de alfa y omega, y así combatir las fuerzas maléficas, negativas, pero también a los mortales, trastocando su vida espiritual.

Dentro de la misma se insertan varios polvos mágicos, consagrados a medianoche con luna creciente, el humo de cinco tabacos y es rociada con aguardiente de caña brava, para luego ser alumbrada por siete días con la luz continua de velones verdes. Si se mantiene la llama activa es señal de buen desenvolvimiento para bendecir y despejar el camino, vencer dificultades, y lograr alinear las energías de sus ancestros y protectores espirituales, consiguiendo purificar su aura alrededor de quien busca el camino, la luz Divina, muy lejos del desconocido inframundo. A Inocencio le funcionaba complementada con su fe, que era infinita, pues la ponía a prueba para sus diferentes encantos: sentimentales, financieros, económicos, comerciales y eventos tanto cotidianos como políticos. Sin embargo, siempre utilizaba la ayuda de quienes podían recibir mensajes como estos, con el propósito de despejar sus caminos ante cualquier eventualidad que pudiera presentarse.

Él era de quienes creían que había que usar cualquier artificio necesario para que las cosas salieran

bien... a pedir de boca. No había transcurrido mucho rato cuando Makumasay invitó a «Cara de mapa» a pasar a su casa; él fue con la intención de hacerse unos baños de hierbas, aguardiente, polvos mágicos y esencias perfumadas. Habían quedado pendientes en una sesión espiritual de meses atrás que no se logró concretar, pues en ese entonces, su esposa lo esperaba impaciente en su casa, en compañía de sus tres pequeños hijos, pero además, ella era incrédula y no compartía la afición de su marido a esas cosas.

Inocencio tenía claro que de esa manera podía obtener la bendición que requería de sus ancestros, y lograr buenos augurios para vencer las dificultades presentadas. Necesitaba conseguir un dinero que mucha falta le estaba haciendo, pues no lograba por ningún medio que le cancelaran o abonaran a una vieja deuda.

Makumasay (el hombre sin sombrero, en lengua wayúu), tomó un taburete y lo invitó a sentarse, mientras en otro similar él hacía lo mismo. Se hizo la señal de la cruz frente al altar, murmuró algunas oraciones entre labios; y sacando de un bolsillo varias piezas de madera, redondas como monedas, las lanzó al piso. De seguidas, expresó en voz alta, como dirigiéndose a alguien que estuviera a su lado, pero en otra dimensión: «¡Háblenme!, estoy esperando por ustedes, hermanos...».

El ambiente en la habitación se tornó frío, desolado. Sintió que se le engrifaron los vellos del brazo, el corazón se aceleró, y las llamas de las velas se movieron, tratando de configurar una silueta. No se sabía a qué hermano se refería, pero al lanzar al piso las piezas

redondas que eran cuatro en total, tres de ellas giraron locamente bailando sin control, como queriendo decir algo transmitiéndose entre ellas algún mensaje encriptado en las vueltas que daban. Era impresionante verlas oscilar sin detenerse, como inspiradas en una coreografía de tambores africanos cuando sueñan sus cueros, gritando sin parar en medio de una zapateada de candela, donde los participantes poseídos, se lanzan sin descanso sobre tizones o brasas encendidas al rojo vivo, sin que puedan sentir el fuego ardiente en la planta de los pies.

La cuarta pieza se encontraba inerte en el piso, como pidiendo perdón ante el santísimo para poder iniciar la ceremonia, y alcanzar el permiso para quienes iban a hablar y traer el mensaje desde el más allá. Maku-masay tenía mucha fama en el pueblo, pues descifraba los sueños, acertando con frecuencia sus predicciones. Eran muchos quienes lo buscaban para escuchar de sus propios labios, ese mensaje contundente de sus visiones descifradoras. Muchas mujeres acudían a él para que hiciera «amarres» sentimentales de pareja, pero también para tratar de pasar una noche en su compañía, buscando la protección que poseía y lograr que fuese transferida a cada una de quienes amanecieran en sus brazos.

Para la gente era santa palabra, no tenía discusión. Muchos pueblerinos humildes, o incluso con fortuna, lo visitaban buscando solución a sus diferentes problemas. El hombre sin sombrero era pequeño, de textura delgada, tez morena, con rasgos indígenas muy

pronunciados. Muchos decían que a él lo había traído un extraño pájaro de hábitos nocturnos, (que según la creencia popular, es un ave de mal agüero), debido a que no se le conocía familia o descendencia. Pero además, era muy misterioso y tenía boca de sapo, y por este motivo era muy codiciado en el sexo femenino.

Ya habían dejado de girar las piezas, cuando las tomó del piso, las colocó en los cuencos de sus manos y las frotó. Las acercó luego a sus labios, susurrándoles con los ojos cerrados, y las lanzó nuevamente. Era un ritual de acercamiento a los espíritus ancestrales, que según él le comunicaban todo lo que debía hacer para ayudar a resolver cualquier situación a los mortales, como era el caso de Inocencio y de muchos más que pernoctaban en su casa.

«¡Vamos a ver espíritus del más allá! En este santo lugar, en este santo momento, en esta santa hora, los estoy invocando... ¡hablen hermanos! ¿Cuántos baños debe darse?» Y lanzaba las chapas al piso, esperando la respuesta de quienes le estaban anunciando todos los pasos mediante sus oráculos. Iba apuntando en un trozo de papel, con la ayuda de un viejo pedazo de lápiz con punta roma, todas las indicaciones y recomendaciones que debía seguir.

Finalmente preguntó qué debía hacer para concluir esa comunicación con el universo, donde existen esas entidades, que nadie puede ver. Y casi de inmediato expresó con un tono de voz muy bajo:

—Bueno, mi amigo, los hermanos ya hablaron. Dicen ellos, que para conseguir lo que ha venido a buscar, debe darse unos buenos baños astrales..., ya le expli-

co para que me entienda. Nosotros, los del mundo terrenal, estamos en constante movimiento y absorción de energías, que se deslizan alrededor de nuestro espíritu; esas energías son positivas o negativas.

En otras palabras: buenas o malas. Las buenas o positivas, nos ayudan a evolucionar, manteniendo el equilibrio y estabilidad económica, emocional, sentimental; mejor dicho, la buena vibra. Mientras que las energías negativas o malas, nos atrasan, nos ponen el mundo al revés, las cosas del día a día se hacen difícil de lograr, se presentan muchos obstáculos para conseguir lo que queremos alcanzar. Por eso tenemos que limpiarnos para quitar todo lo tóxico que impregna nuestro devenir, porque son enviadas a nuestra vida, o sencillamente hacemos de esponja receptora de cuanta energía conseguimos en el camino.

Para ello es necesario hacernos baños, limpiezas, meditaciones, velaciones, para así poder recuperarnos de cualquier daño. Es como si llenaras tu cuerpo de barro o polvo, y entonces tuvieras que bañarte y cambiarte de ropa para salir de esa situación. ¿Me entendiste?

En tu caso, debes bañarte tres veces a la semana, con un preparado que lleva como ingredientes agua de coco tierno, cerveza, miel y pétalos de rosas amarillas. Pero del más allá también envían otro mensaje: te mandan a decir que abras bien los ojos y pares bien la oreja, pues en ese ambiente donde estás, se van a presentar muchas dificultades, problemas y persecuciones para callarte la boca, quitarte lo tuyo y hasta hacerte pasar hambre.

Inocencio, asombrado, se levantó del taburete exclamando: —¡Cómo va a ser! Si no me meto con nadie, trabajo muy fuerte para tener mis cosas, mantener mi familia y poder vivir dignamente. Todo lo que tengo lo he conseguido con el sudor de mi frente.

Makumasay se levantó para encender un bombillo y tener mayor claridad en la habitación. Habían transcurrido varias horas y la oscuridad de la noche los estaba arrojando. Los intermitentes destellos de velones encendidos y la plaga que merodeaba alrededor de sus cuerpos, anunciaba su presencia manteniendo cerca de sus oídos un zumbido permanente como orquesta de concierto. Se comportaban como centinela en guardia, cuidando su presa.

En esa habitación semioscura que únicamente permitía ver la silueta de sus propios rostros, el viejo piache buscó el interruptor para encender la luz. Ya visibles frente a frente, se miraron a la cara.

—¿Cuántos pesos te debo?, preguntó Inocencio, recibiendo como respuesta:

—Prefiero que de tu negocio me traigas algunas cosas como arroz, harina, azúcar, queso, huevos, mantequilla y me pagues con eso, pues, los pesos se vuelven sal y agua.

En el pueblo, él tenía un negocio que había heredado de su padre. Eran de familia trabajadora, dedicados al comercio. Hace muchas décadas, el viejo Bonifacio traía la mercancía en mulas y burros hasta el pueblo desde la gran ciudad, ubicada a muchos kilómetros de distancia, la cual se había convertido en un eje de

crecimiento comercial y urbano, pues estaba frente al mar, en cuyas aguas se observaban las diferentes tonalidades del azul turquesa, que convivía junto a un intenso azul marino, formando un maridaje perfecto.

Esta ciudad era adornada, a la vez, por una blanca espuma que las olas creaban con el vaivén de los marullos, semejando un velo que cubría los labios de la costa, al acercarse a la orilla de la playa. La suave brisa marina hacía que las aves en su vuelo coquetearan unas con otras, tratando de posarse en las grandes embarcaciones que se encontraban ancladas en los alrededores. Ahí llegaban los barcos de diferente calado, con mercancía de todo tipo proveniente de varios rincones del mundo.

Sus primeros habitantes sostenían que su nombre, Puerto Gallina, se debió a la inmensa cantidad de aves plumíferas que pernoctaban en las embarcaciones surtas en el puerto, mientras continuaban rumbo a otras localidades y provincias para comercializar sus mercancías. Este pueblo estaba lleno de casas hechas de barro, caña brava, techos de tejas y paredes de gran altura, con colores intensos y vivos, vibrantes y alegres.

Las rústicas construcciones que lograban cautivar a propios y extraños, contaban con grandes ventanales y anchas rejillas, que permitían refrescar el interior de sus habitaciones. Las calles vestidas de piedra transportaban a los tiempos de la colonia, y todavía se podían observar carretas tiradas por mulas, motos de triciclo, y bicicletas que servían de transporte público. Sus hombres eran alegres, respetuosos, trabajadores y

serviciales, y las nativas amables mujeres hermosas que hacían del lugar un sitio acogedor y familiar. Transcurrido mucho tiempo algunas cosas habían cambiado, y ahora tenían vías de comunicación y telefonía, además de planta eléctrica, escuelas, un pequeño hospital, y hasta un departamento policial.

—No se diga más, ¡así será! Te voy a enviar las cosas con uno de los trabajadores para que no tengas que ir al pueblo, aunque creo que te haría bien ir, pues así podrías ver a Dionisia, tu sirena, tu primer amor, y al niño Andrés, el producto de tus visitas de carnaval, cuando ibas a los bailes de disfraces que en esos tiempos celebraban.

Ambos echaron a reír. Mientras se despedían, la luz de las lámparas empezó a parpadear anunciando que algo iba a suceder, e inmediatamente quedaron a oscuras, la electricidad dejó de fluir en la casa y dejaron de funcionar los faroles.

—¡Ahora sí me voy!, dijo algo angustiado Inocencio, dirigiéndose a la salida. (Era costumbre ya, que el servicio eléctrico cesara frecuentemente desde hace varios años). Se montó en su camioneta, encendió el motor y arrancó con rumbo desconocido.

Makumasay quedó en tinieblas, en su casa, solo acompañado del siempre fiel Kasutay, representado en una bola de nieve con dos antorchas encendidas que reflejaban su furia desgarradora. Aquella bestia salvaje, traicionera, que podía desgarrar y desbaratar en un abrir y cerrar de ojos a cualquiera, caminaba de manera lenta, como desfilando — quizás calculando

su embestida – para atacar y devorar con la rapidez de un rayo al extraño que considerara peligroso. Muchos comentaban que estaba poseído por el mismísimo demonio, debido a que en las madrugadas aullaba continuamente, como si pretendiera anunciar la llegada del rey de las tinieblas. Nadie podía acercarse a su amo, sin que el perro fingiera desinterés mientras se aproximaba lentamente ganando distancia, y al hacerlo fijaba su mirada profunda y asesina impregnada de su furia de ataque. Entonces mostraba sus colmillos, marcando territorio y desafiando al forastero.

Habían pasado varias horas ya, y el servicio eléctrico no retornaba. Era casi medianoche y el hombre sin sombrero seguía frente a su casa envuelto por una brisa suave, que lo arropaba en medio de la oscuridad como si fuera un manto sagrado, protegiéndolo de cualquier espíritu o mensajero oscuro que pudiese infiltrarse. Decidió tomar otro tabaco criollo a medio fumar, guardado para el ahorro. Lo encendió, y procedió a inhalarlo profundo y expulsar el humo lentamente, despidiendo la típica fragancia que sus vecinos detestaban. Parecía locomotora en bananera, botando por la boca el resultado de las inhalaciones. Miraba al cielo escudriñando las estrellas, esperando quizás alguna respuesta o algún mensaje. De repente, una lluvia de meteoritos iluminó el firmamento, haciendo que expresara de manera muy rápida y firme: «¡Esto es lo que me faltaba!».

Hacía muchos años su bisabuelo, de ascendencia africana, había llegado a esas costas arrastrado por el

oleaje, producto de un naufragio. Decidió radicarse en el para entonces minúsculo caserío donde le tendieron la mano, formando parte de sus escasos habitantes, y esforzándose por asimilar otra cultura. Le contó a sus hijos que se dedicaba a fumar la cachimba con la candela para adentro, y luego a leer las cenizas e interpretar el mensaje que sus antepasados querían transmitir a los vivos. Ese mismo viejo alto, negro, de contextura robusta, sin cabello y con poca dentadura, había comentado que cuando se ven estos fenómenos, el resultado es la proliferación de enfermedades, epidemias, desgracias, atrasos y malos augurios.

Con este recuerdo presente en su mente, el viejo piache se hizo la señal de la cruz, pidiendo a Dios y a las tres Divinas personas que lo librasen de todo mal. Una vez más se dijo a sí mismo: «no es como creen algunos, que al observar una estrella fugaz, tenemos que pedir tres deseos. Lo que debemos pedir es tres protecciones para que no nos pase nada».

Cansado de esperar de vuelta la electricidad en plena oscuridad con su inseparable mascota, decidió levantarse pensando que el de mañana sería otro día y ya habría tiempo de averiguar qué estaba causando los dolores que ahora tenía en todo el cuerpo. «Creo que me están saliendo los años, por algo dicen que no pasan en vano», se lamentó.

Entró a su casa, cerró la puerta y se dispuso a dormir. Tenía la costumbre de levantarse siempre muy temprano, junto al plumífero cantor. Eran casi las tres de la mañana cuando se escuchó varias veces los primeros

«versos quiquiriquí» del amanecer. La brisa mañanera soplabla suavemente, con frío, moviendo las ramas de los árboles. «Mantequilla» se había convertido en el guachimán emplumado, que cada día preparaba su gañote para deleitar a los que escuchaban su canto, que minutos después incrementaría en frecuencia.

Lejos de allí, a unas cuantas calles, se encontraba la humilde vivienda de María y Ceferino. Ellos estaban acostumbrados a levantarse temprano, y más aún por el concierto de las cinco de la mañana, auspiciado por «Mantequilla». Desde un árbol de almendrón afinaba su garganta para arrancar y deleitar a todos con su jarana. Era muy atrevido, echado pa'lante y dispuesto a todo, pero antes que nada, caballeroso. Bien trajeado, de plumaje blanco y pintas amarillas, con tono marrón cenizo, de buen pedigrí en comparación a muchos otros. Nadie se atrevía a retarlo, ya que más de una vez hizo correr a unos cuantos por pretender alborotar su condominio. De cresta pronunciada, un color rojizo oscuro y con espolones como lanza de llanero o cuchillo de carnicero, sus contrincantes al verlo huían de pavor, evitando cualquier tipo de confrontación en un escenario callejero, que podría convertirse rápidamente en un río de sangre.

Mientras tanto, María daba vueltas en su cama, junto a Ceferino, como queriendo buscar pelea. Él, por su parte, se acercaba y la tomaba entre sus brazos, pretendiendo domarla y controlar sus movimientos para consumir el «mañanero» antes de levantarse. Esto era maravilloso, pues se despertaban felices con

ganas de comerse al mundo, y esbozando una sonrisa pícara hasta llegada la noche nuevamente.

Habían transcurrido pocos minutos, cuando escucharon ruidos en la habitación de al lado. Su hija menor Anastasia, despertó y al levantarse fue directo a buscar el interruptor de la lámpara, dándose un golpe con una de las sillas que su madre, la noche anterior, dejó atravesada entre el pasillo y la cama. No le quedó otra opción a Ceferino que levantarse y suspender el encuentro cuerpo a cuerpo que empezaba a tener con su mujer. Había perdido la oportunidad, llevaba días inquieto, con alta temperatura corporal, de mal humor, y a la vez lujurioso y desenfrenado. Estaba desesperado por tener entre sus brazos a quien había escogido para que lo acompañara por siempre, pero por razones inexplicables, solían ocurrir eventos que desbarataban sus pretensiones, hasta el punto de quedarse dormido sin cumplir su objetivo, y emitiendo fuertes ronquidos que asustaban a todos en la vivienda.

Anastasia había ido hasta el pasillo, y ahora se encontraba frente a la puerta de la habitación de sus padres. Tocó varias veces mientras llamaba a su mamá, hasta que María abrió la puerta y le dijo sonriente:

—¡Hija, buenos días!

—¡Buenos días, mamá, bendición!... ¡Bendición, papá!

—Dios la bendiga, contestaron ambos casi al unísono.

—¿Qué pasó hija?

—Mamá, no consigo la falda, ni las medias del colegio.

—Tienen que estar en la gaveta de la mesa de noche.

—Ya las busqué allí, y no están... Por cierto, ¿A qué hora llegó la electricidad?

—A media madrugada, respondió María. ¡Ah! Ahora recuerdo, dejé tus cosas en la pieza de Luis. Déjame despertarlo y buscarlas.

Luis era el mayor de los hijos varones. Iba a ingresar a los estudios universitarios, pues quería una profesión relacionada con la agricultura. Siempre le había llamado la atención la siembra, las semillas, el ganado, los animales, la tierra dónde cultivar la comida y garantizar el pan nuestro de cada día. Pero ante todo, quería ayudar a la gente, socorrerla, ser solidario. Pensaba irse a la ciudad para alcanzar sus sueños y ayudar a sus padres.

—Luis, hijo, ábreme la puerta, gritaba María mientras golpeaba con sus dedos la madera para entrar a la habitación. Sabía que interrumpiría su sueño, pero necesitaba lograr levantarlo de la cama. Rápidamente se abrió la puerta:

—¿Qué pasa, mamá?

Aún con sus ojos hinchados de tanto dormir, levantó sus brazos y sacó el pecho estirándose como queriendo doblegar al espíritu dormilón y expulsarlo de su cuerpo, junto a sus ganas de seguir durmiendo.

—¡Bendición!

—¡Dios te bendiga! Ay mijo, ayer arreglando una ropa en tu habitación, dejé olvidada unas prendas de tu hermana y tiene que arreglarse para ir a clases.

—Pasa y búscalas mamá, seguro estarán por los lados del escaparate, o encima de la silla. La solícita mujer procedió entonces a recoger la ropa y llevarla a su hija.

María era una hermosa mujer de piel blanca, cabellos negro azabache, ojos color café, con buena apariencia y rasgos autóctonos propios de la región. Formada como era, había recibido clases en el «Convento de las Carmelitas descalzas», donde obtuvo el título de maestra artesana. Era humilde, trabajadora, de buena casta y del hogar. Muchos años habían transcurrido, pero ella aún recordaba cuando sus padres la llevaban a la congregación a aprender de la mano de las religiosas, quienes impartían clases de formación integral. Recordaba también que todos los domingos iban a misa, y su papá siempre llevaba cualquier ofrenda al sacerdote: una gallina criolla, o frutas como naranja, papaya, maracuyá, mangos, maíz en mazorca, queso prensado y hasta un chivito macho. Todo formaba parte de un ritual familiar que por generaciones habían practicado, en agradecimiento por las cosas aprendidas y disfrutadas, pero también por la devoción a Dios y la Virgen amada que nunca los abandonó.

Anastasia se estaba preparando para salir al centro educativo; solo faltaba desayunar y salir con su padre. Ceferino la acompañaba al colegio junto a otros niños, tardando generalmente veinte minutos para llegar al salón de clases. Ese día al entrar se encontró con la maestra de su hija, la profesora Clara Díaz, con quien durante varios años coincidió en clases de diferentes asignaturas, las cuales manejaba al dedillo, pues poseía un conocimiento extraordinario en diferentes y muy variados temas.

Clara tenía dos títulos universitarios, era doble borlada, apasionada por la informática, las matemáticas y la logística gerencial. Era egresada de la universidad Dr. Régulo Vélez Maestre, donde las altas calificaciones le permitieron alcanzar la mención *suma cum laude*. Se dedicó a formarse con la idea de impartir clases y ser a su vez formadora de nuevas generaciones de ciudadanos ejemplares, sabiendo que tarde o temprano, estos contribuirían a impulsar la patria en áreas básicas para el desarrollo y crecimiento económico del país. Siempre dedicada y enamorada de su oficio, seguía estimulando a sus alumnos a estudiar mientras ella, de manera pedagógica, utilizaba diferentes tipos de metodologías para lograr sus objetivos, incorporando de manera activa a sus estudiantes en las asignaturas, y ayudándolos a alcanzar sus metas. «Para mí no fue fácil», era una de las expresiones de Clara cuando se dibujaba en su pasión, de forma contundente. «Dios me dio el don de enseñar, de transmitir conocimientos a los demás, eso me llena, me hace feliz, reconforta mi alma, mi espíritu, y el Todopoderoso sabe que lo hago con todo el amor del mundo. Lo hago de corazón, y mi mayor satisfacción es conseguirme en la calle exalumnos que me saludan con cariño y afecto. ¡Ahí va mi profesora! ¡Ella sabe mucho!, dicen... y esas palabras me llenan de orgullo, haciéndome cada día tener mayor compromiso conmigo misma y con mis alumnos. Estoy convencida de que el ser supremo nos da la sabiduría, la sapiencia, pero para triunfar, nosotros debemos dar organización a nuestra vida».

Al dejar a su hija en el colegio, Ceferino continuó rumbo a su trabajo. Se había dedicado desde joven a la albañilería y la construcción de obras civiles. Toscos hábitos, su corpulencia y la ordinariez en el trato, lo hacían ver como un hombre de pocos amigos. Sin embargo, su comportamiento era juguetón, vivaracho y con muchas ocurrencias, rasgos típicos de los hombres de estas tierras calientes. A su esposa le escribía poemas, le componía versos, pues según Ceferino, es una de las maneras de mantener encendida la llama del amor, como farol a gasoil en invierno largo. Era propio de él la jocosidad y echar chistes, cuentos, fábulas. Le gustaba la espumosa «vestida de novia», o el Chirrinchi, y hasta la historia del pirata Morgan la contaba. Igualmente era asiduo bebedor, pero ante todo responsable y trabajador. Refería como anécdota los pasos que tuvo que dar para conseguir el amor de su vida; la madre de sus hijos, su compañera, amiga y confidente. Con ella llora cuando fracasa, pero también ríe y celebra cuando triunfa en sus proyectos; es con quien comparte el día y la noche, consintiéndola, amándola ante cualquier adversidad.

Sin embargo, este último aspecto muchas veces rozaba los límites del peligro, por la frescura que predominaba en el ambiente donde se desenvolvía la pareja. Relataba que todo comenzó una tarde, cuando salía de su trabajo y se consiguió de frente a una joven muy bella. Su hermosura era tal, que se detuvo para observarla y contemplarla tiernamente. Su corazón comenzó a palpar como queriendo salirse del

pecho, para correr tras ella cual caballo desbocado saltando del establo. Esa tarde se fue pensativo y flechado, diciéndose a sí mismo que eso no se quedaría así, pues nunca le había pasado algo similar. Siguió caminando como lo hacía todos los días hasta la parada del transporte público, donde abordaba alguna vieja camioneta o camión con barandas y techo de lona, que servía de medio para llevarlo a su casa. A estas unidades las llamaban chirrinchera quienes las usaban, durante varios minutos de su recorrido.

Al llegar a su casa rápidamente se puso a pensar en la manera de dar con esa muchacha. Se le ocurrió entonces, escribirle algo para sorprenderla y enamorarla. Comenzó a inspirarse, buscó la musa (como diría él) y le vino a la mente de manera natural – como gotas de lluvia caídas del cielo – la descripción de ese ángel que había visto y lo mantenía emocionalmente inestable, y de pronto sus labios pronunciaron:

De las mujeres preciosas,
que a este mundo enviara Dios,
eres tú la más hermosa rosa,
que me ha flechado el corazón.

El siguiente día, a la misma hora y mismo lugar, coincidieron nuevamente. Él se detuvo y le lanzó ese verso, como si se tratara de un dardo impregnado de amor, y así comenzó la historia de su amorío. Tiempo pasó para que ella le diera el sí, después de tanta insistencia y versos hechos para alcanzar su romance. Él era meloso, la hacía reír en todo momento con sus ocurrencias, a tal punto que logró conquistar su corazón en menos

del tiempo esperado. Él siempre decía estas palabras: «El que espera lo mucho, espera lo poco».

Después de varias semanas, le tocó ir a hablar con los padres de María Labrador por petición de ella misma, para que le dieran permiso y consentimiento de poder visitarla en su casa, de manera formal. Transcurridos muchos meses, ellos seguían viéndose, salían juntos para todas partes, parecían dos tórtolos. Vivían planificando las cosas que pensaban hacer, salían a fiestas, con amigos y familiares, pero también se perdían con rumbo desconocido, buscando la miel en lo más profundo de sus almas, para encender la llama que los quemaría en instantes de placer y felicidad. Con el tiempo se casaron, y de esa relación nació su primer hijo, Luis Torres, el retoño producto de ese amorío. Recordaba que un dieciocho de noviembre a las 8:00 de la mañana, tuvo que salir corriendo con ella, pues había roto fuente. Estaba nervioso, desesperado y como loco, cuando fueron al dispensario de El Lucero. No había transcurrido mucho tiempo cuando un hombre con traje quirúrgico, salió a preguntar por los familiares de la parturienta.

—¡Ahí está ese muchachote!, fue la expresión del médico que atendió el parto de María. Ese varón, indio, noble, valiente, que representaba la sangre guerrera de la familia en ese momento, pesó 4.1 kg, con una talla de 52 cm. Ceferino estaba emocionado por la llegada de esa criatura de Dios y con lágrimas en los ojos, sin conseguir palabras para expresar el sentimiento que lo embargaba. Su voz se quebraba ante

la alegría, hasta que respiró profundamente y dijo en medio de sus ocurrencias populares:

Desde el cielo me han enviado este regalo de Dios
capullo de nuestro amor, que su madre ha traído
y recuerdo aquellos versos,
que a María le escribí, y ahora los tengo aquí,
adornándolos con besos.

Saltando de felicidad, ese día fue de parranda, cantos y chistes; de tomar chirrinchi sin descanso, celebrando la llegada de su vástago. María se encontraba bien de salud, estaba en plena recuperación, pero el niño había presentado un cuadro respiratorio leve. Su madre, al saber de su condición, se lo ofreció a la Madre de Dios, Virgen del Rosario, a la cual le tenía mucha fe y era devota de la misma, al punto de colocarle el nombre de Luis Chiquinquirá, en honor a su Virgen Morena. Al día siguiente los médicos solo le dieron el alta a ella, ya que el pequeño se encontraba en una incubadora, recibiendo las atenciones correspondientes.

Ya en su casa, María no dejaba de pedirle a la Virgen Morena. Fue a encenderle velas, colocarle flores y rezar por la recuperación de su niño. Ya había transcurrido tres días de ir y venir al centro médico; su padre llevaba los enseres y medicamentos que pedían para el tratamiento, y ya eso se había convertido en cotidianidad, pues los familiares de enfermos y hospitalizados debían llevar sus propios insumos para poder salvar la vida a sus seres queridos. Los galenos y enfermeras los atendían, pero sin la instrumentación necesaria y los medicamentos, no le podían garantizar la permanencia en este mundo a nadie.

Así ocurrió el día que parió María, pues hasta agua potable tuvieron que llevar para que el doctor pudiera atender el parto, pues también del vital líquido carecían. Era inhumano lo que se veía en esos centros de salud, cuyas instalaciones e infraestructura se encontraban destruidas. Estaban casi desmantelados, en ruinas, sin las mínimas condiciones de salubridad; esa era la triste realidad que día a día vivían quienes trabajaban ahí salvando vidas, y quienes les tocaba utilizarlas. Sin embargo, ese espíritu del personal era de guerreros apegados al más profundo juramento hipocrático, luchando constantemente para vencer a la muerte y darle un nuevo respiro a quienes acudían en su ayuda, buscando una nueva esperanza y luz al final del túnel.

Transcurrido el cuarto día, los médicos le anunciaron que al siguiente podrían llevarse al infante a su casa. Su madre lloró de emoción y corrió a la pequeña capilla donde se encontraba la imagen de la Virgen, se arrodilló, y con lágrimas en los ojos le expresó a su patrona: «Madre, Virgen Morena, gracias te doy por haberme escuchado, tú que todo lo puedes, yo a tu lado siempre estaré en mi fe que es infinita. A ti bella madre-cita, te ofrezco mi corazón con profunda devoción. Te adoro Virgen Chinita, me comprometo a traerlo siempre a tu altar, rindiéndote pleitesía, con mi hijo entre mis brazos, demostrándote mi amor. (Para refrendar esta promesa, colocó en la muñeca de su brazo izquierdo un hilo rojo que sostenía una semilla de peonía). Gracias, mil gracias Madre, mi Madre Virgen María». Santiguándose, se levantó y marchó con Cefe-

rino tomados de la mano y juntos fueron caminando a la botica a comprar los medicamentos recetados en el dispensario. Entraron a la droguería, le entregaron la receta al boticario, quien muy gentilmente los atendió, y compraron todo lo que buscaban. Habían tenido suerte, pues no era normal conseguir todos los remedios en un solo lugar en esos tiempos. Ya rumbo a su casa, en plena vía, de repente se detuvo un vehículo de la policía. Era un carro casi nuevo, pero destartado producto de su uso, con cuatro llantas a menos de media vida. Se veían en sus franjas alambres saliendo como si estuvieran botando el tripero de su interior. El gobierno había adquirido muchos vehículos policiales y militares queriendo mantener la seguridad en todas partes, pero además para contener el descontento de la población por la cantidad de problemas que estaban atravesando en aquellos días.

Ya orillado y detenido por completo, el oficial conductor les preguntó para dónde iban con el niño, y ellos le dijeron que terminaban de salir del Dispensario, y que iban con dirección a la casa. Gentilmente se ofreció a llevarlos, y ambos hombres se presentaron estrechándose la mano.

—Bueno, mucho gusto, mi nombre es Juan Morales, soy capitán de la Policía; estoy en el comando del pueblo, me trasladaron para acá hace unas semanas. Tengo también un niño varón que lleva mi nombre, mucho mayor que el de ustedes.

—Mucho gusto, me llamo Ceferino, y ella es mi esposa María.

Transcurridos varios minutos de recorrido en la patrulla, la conversación entablada se tornó amena, hasta que fue interrumpida cuando se escuchó un llamado por la radio central: «Adelante unidad 6, informe su ubicación, por favor». El oficial contestó: «Me encuentro en Zapara 10, central». «Diríjase a la carrera 23, posibles disturbios». «Copiado central, oficial al sitio», respondió el capitán.

Estaban llegando a su destino, cuando en medio de la conversación que tenían, Ceferino le indicó al oficial cuál era su casa. El carro se detuvo mientras ellos se despedían. Rápidamente, bajaron de la unidad policial y entraron en su humilde hogar. La pareja no sabía qué estaba sucediendo y no lograron descifrar esos códigos de comunicación.

Seguidamente, el vehículo oficial tomó rumbo al sitio, para abordar lo que estaba pasando. Juan estaba conociendo mediante su trabajo, cada calle, avenida, barrio, urbanización, lugares céntricos, sitios públicos y por supuesto tratando a sus habitantes y compañeros de trabajo; o sea, estaba en lo que le gustaba. Él venía de familia de policías; su padre y abuelo fueron funcionarios de ese cuerpo, por lo que su apego y amor a la institución de las armas los llevaba en sus venas. Faltaban pocos minutos para llegar cuando por el vidrio del vehículo observó a lo lejos gran cantidad de humo gris y negro como cortina, buscando encontrarse con las nubes. La gente cerró la calle y estaban quemando llantas en desuso acompañadas de basura y viejos troncos de árboles.

Se estacionó, tomó el radio y se comunicó con la central de la comandancia, para informar: «Aquí unidad 6, estoy en el sitio, voy a entrevistarme con los ciudadanos a ver cuál es la novedad». «Entendido unidad 6», respondieron. Bajó del vehículo policial y se dirigió a donde estaba un grupo de personas, donde la mayoría eran mujeres y niños. Juan dio los buenos días y de manera amigable se acercó buscando tener contacto visual y proximidad física con quienes se encontraban en el lugar, y les dijo:

—¿Cuéntenme, qué es lo que sucede? Todas comenzaron a hablar al mismo tiempo. Entonces retomó la palabra y les dijo:

—Pero hable una sola, pues todas están hablando al mismo tiempo, y así no nos vamos a entender. Vamos a ver quién es la líder de la comunidad. Rápidamente, gritó una de las mujeres:

—Aquí todos somos líderes, pues estamos sufriendo por lo mismo: la falta de agua. Llevamos meses sin que nos llegue el preciado líquido, y para colmo todas las noches se nos va la electricidad. Las demás mujeres comenzaron a murmurar...

—Eso es verdad, dijo otra. Siempre dicen que nos van a resolver los problemas, y todo es mentira. ¡Hasta cuándo! No tenemos agua para hacer comida, ni los biberones de los niños. Ya no aguantamos el calor y la comida se nos daña en los *freezer* apagados, ¿hasta cuándo tanto abandono?, tengan piedad del pueblo. Seguimos sin electricidad y nosotros somos pobres, la plata no nos alcanza para comprar una planta eléctrica.

Juan entonces se dijo a sí mismo: «Bueno, esta gente tiene razón, pero el país está convulsionado por los problemas que está atravesando.

—Voy a comunicarme con la central para informar, le dijo a los manifestantes, dando unos pasos para ir hasta la unidad policial. Tomó la bocina: «Central, los ciudadanos están en la calle solicitando servicio de agua y electricidad». Central: «Informe a los vecinos que vamos a comunicarnos con el burgomaestre, para que ubique a los funcionarios de los organismos que les compete resolver la situación». «Entendido, Central».

Se dirigió nuevamente a la multitud para informarle que vendrían unos funcionarios para atenderlos.

—¡Vamos a esperarlos! dijeron los vecinos.

Él podía ver y escuchar a los niños llorar pidiendo su tetero, con su carita sucia, sin franela, solo con un pantaloncito corto y otros en interiores estampados con caricaturas. Las mujeres con ropas rotas, desteñidas, ojos hundidos por el hambre, y su piel reseca por el intenso sol; igualmente sus labios secos, pero llenos de ira y frustración por la negligencia gubernamental. Seguían reclamando sus derechos elementales como ciudadanos. Esta era solo una de tantas cosas que la gente estaba padeciendo, y él mismo las vivía en carne propia, pues en su barrio tenía los mismos padecimientos y calamidades. Era un calvario lo que vivía la gente, frente a la desidia y abandono de parte de quienes dirigían el país.

Los días seguían transcurriendo en medio de la inestabilidad social, pero la vida continuaba y no podía detenerse, debido a que el trabajo duro era una de las herramientas que tenían para poder salir adelante. Por eso Inocencio llevaba días levantándose muy temprano, para abrir la comercializadora LA CABRA, donde vendían todo tipo de mercancía, pues su hermano, quien la atendía y la administraba, se había ido de viaje a la capital. Fue buscando un préstamo de millones de pesos para invertirlos en la finca que su padre les dejó, después que decidió retirarse de sus actividades ganaderas, agrícolas y avícolas.

Esta finca se convirtió en la base económica de la familia. Sucede que pasó por varias generaciones de la misma sangre, que fueron construyendo sus instalaciones a punta de hacha y machete, hasta lograr convertirla en un lugar de tierras productivas generadoras de riqueza. A través del sudor, dedicación, esfuerzo y constancia, había permitido servirle y producir alimentos para cada uno de los coterráneos en su mesa. Unas dos mil hectáreas abarcaban la inmensidad de este territorio, distribuidas en varios potreros con siembra de pasto para ganadería doble propósito.

Aproximadamente 600 cabezas distribuidas en diferentes razas: cebú, limonero, pardo suizo. Unas destinadas al engorde y otras al ordeño para la venta de leche y elaboración de queso. Asimismo, había amplias extensiones dedicadas a la siembra de plátano macho, cambur, yuca, auyama, maracuyá y papaya. También se dedicaban a la recolección de posturas de ave en

inmensos galpones, todos repletos de gallinas ponedoras. Quienes tenían la suerte de ver la inmensidad verde de las tierras, quedaban deslumbrados y se detenían a contemplar esos predios productores de alimentos y trabajo, quedando enamorados del paisaje.

Al entrar a estas tierras bordeadas por el río Kalairra, a unos cuantos kilómetros de la serranía Macuira, se observaba la espesa vegetación que la convertía en un verdadero paraíso de innumerables bellezas naturales. En ellas se encontraba lo mejor del país en composición orgánica. Podríamos entonces decir que sobre su capa terrena se cosechaba cualquier tipo de rubro, debido a sus riquezas en componentes minerales, de color negruzco, con textura suelta y lombri-cienta. Esta condición la convertía en un manjar para la producción de cualquier vegetal.

CAPÍTULO II

LAS RAÍCES

Ya encontrándose frente al negocio, metió su mano al bolsillo y sacó un manojo de llaves, entregándosela a uno de sus trabajadores para abrir las puertas, y poder entrar con el resto del personal. Esperaban desde muy temprano frente al local, tres gandolas que le surtirían arroz, azúcar y pasta, y de su finca le iban a enviar 200 cajas de huevos, 800 libras de queso, 150 litros de leche, también 40 sacos de yuca, 220 libras de papaya y 85 racimos de plátano macho verde, para cubrir la demanda de compradores.

Transcurrida media mañana, mientras descargaban la primera tanda de arroz, Inocencio recibió varias llamadas para notificarle que una gandola fue saqueada por los pobladores de Río Seco, y la otra no pudo salir a despachar, por falta de combustible. Solamente esperaban que llegaran las provisiones desde la finca, que siempre eran escoltadas por un grupo de funcionarios militares para evitar los piratas de carretera. Estos acechaban en el trayecto para secuestrar los vehículos de carga y luego pedir rescate, o en su defecto, vender la mercancía más adelante a precio de gallina flaca a delincuentes de camino.

Llegada la hora de almuerzo, Inocencio seguía en el almacén recibiendo y despachando víveres o provisiones a los distintos negocios y bodegas que surtían.

Existía escasez de algunos productos, debido a que los proveedores no tenían existencia para cubrir la demanda. Sin embargo, con arduo trabajo ante la escasez lograban vender lo que conseguían en el mercado, pues la situación no era nada fácil en una economía semiparalizada que estaba inmersa en una especie de adinamia, producto de medidas económicas tomadas por quienes dirigían los destinos de la República.

De todas maneras, la lucha se mantenía en el negocio, donde toda la familia se involucraba para tratar de mantener a flote lo que con el tiempo les había costado mucho esfuerzo mantener de pie, para seguir dándoles la posibilidad de una vida digna, cubriendo las necesidades básicas y un poco más. En Puerto Gallina existían muchos sitios donde se expendían artículos de consumo masivo, pero la mayoría presentaba el mismo cuadro de escasez. Se observaban largas colas de personas, tratando de comprar alimentos para poder abastecer su despensa. En aquellos locales donde se conseguía algo, los clientes se empujaban, insultaban y hasta a las manos se iban por el simple hecho de querer comprar algún artículo.

Un día Inocencio, buscando precios en otros negocios, decidió caminar varios trayectos largos queriendo competir con sus rivales en el costo final del producto. Sin embargo fue infructuoso su esfuerzo, pues la mayoría de ellos tenían los anaqueles vacíos. De regreso le tocó pasar por la plaza de Las Muñecas, nombre este dado por la cantidad de hermosas mu-

jeres que todas las tardes la tomaban para caminar y hacer ejercicios aeróbicos, y así mantenerse en forma y poder mostrar su encantadora figura.

Además, el lugar había tomado otro rumbo, porque en horas de la noche pernoctaban travestis que la usaban como sitio de encuentro y paseo, para luego ser recogidos y llevados a deleitarse con las estrellas más allá del universo. Causaba impresión las vestimentas que usaban a diario para coquetearle a propios y extraños, que de una u otra manera, les tocaba transitar por ese lugar.

En algunas ocasiones celebraban de manera repentina actividades de pasarela, con la participación de todas quienes se encontraban presentes, demostrando sus cualidades en vestimenta, peinado, aretes y coloretes que lucían para la festividad. Buscaban imponer su majestuosidad, carisma y liderazgo, profundizando su fama en ese evento callejero bautizado por ellas como «La noche de las copas rotas». Quienes resultaban ganadoras, se convertirían en las figuras mejor cotizadas para prestar sus más delicados romances de alcoba. Eso corría en esos ambientes de bajas pasiones, donde se había hecho costumbre asaltar a altas horas de la noche.

Era un lugar pintoresco con viejos árboles de roble, bancas coloniales y la estatua de Filomena Palmar. Con su cabellera erguida y un báculo en su mano derecha, señalaba el horizonte del camino real por donde ingresaron los conquistadores, a someter las tribus de valientes aborígenes que lucharon a muerte por su libertad, para no ser sometidos. Querían mantener sus costumbres y

preservar su vida, frente a los voraces ataques perpetrados en aquellos tiempos contra un pueblo indefenso, soñador, defensor de las bellezas naturales que Maleiwa les dio en el momento de su creación.

Tiempo después, nacería el caserío en cuyos alrededores construyeron viviendas de la época que aún se mantenían en pie, muchas de ellas descoloridas y agrietadas por el tiempo, ya que sus habitantes no poseían los medios económicos para repararlas o darles una mano de pintura, y lograr recuperar su antigua belleza. Otras estaban en ruinas, cubiertas de árboles y ramas. Sin embargo, algunos jóvenes en la noche, frente a sus casas, y en medio de ventanales, tenían la costumbre de grabar o tomar fotos con sus teléfonos móviles para tener las imágenes de los que paseaban por dicha plaza, pero además, esperando algún rescate en medio de las sombras nocturnas.

Era normal que llegaran vehículos de todo tipo, modelo y año, en busca de compañía extramarital. Cuenta el viejo Dimas, después de haber sido nombrado comisario comunal de Puerto Gallina, que un día comenzó a patrullar la zona, aunque nunca pensó dedicarse a esas funciones para ponerse al servicio de sus propios coterráneos. A él le habían comentado en diferentes reuniones de vecinos, que existía un lugar llamado «El Viejo Almacén», donde se reencontraban, al ritmo de la música y el canto de despecho, entre copas de aguardiente de todo tipo. Un buen día, al comisario cansado tras la jornada laboral, se le ocurrió visitar en horas de la noche ese sitio.

Aquel viejo antro, sin lugar a dudas se convertía en el espacio de amoríos solitarios y tertulias sentimentales de almas perdidas, que buscaban una válvula de escape para demostrarle al resto del mundo que eran útiles, y que tenían un don divino en sus almas extraviadas, según muchos, complaciendo a quienes le seguían en silencio. Luego de haber tomado varias horas de reposo, decidió ducharse, comer algo y cambiarse de ropa, tratando de reencontrar sus fuerzas para continuar la rutina que el destino le deparaba. Estaba decidido a conocer el lugar del cual le hablaban muchas veces; eso lo motivaba, pero al mismo tiempo lo ponía inquieto.

Decidió entonces salir frente a su casa, miró al cielo observando la luna en su mayor esplendor iluminando la calle, (oscura por falta de alumbrado público y faroles quemados, y se dijo: «Voy a ir a ese sitio antes que la electricidad se vaya»). Entró nuevamente a su casa, buscó las llaves del carro policial que le habían asignado, así como una vieja pistola con un peine de recarga, se la colocó en la cintura, tomó una chaqueta de cuero y se marchó.

Después de haber recorrido varias calles y pasar por casa de su madre, llegó al lugar, se estacionó junto a otros vehículos que se encontraban parqueados, se bajó, respiró profundamente y caminó rumbo hacia la puerta principal del establecimiento, donde se escuchaba un zumbido ensordecedor de una vieja planta eléctrica que mantenía iluminada la zona. Empujó la puerta, entró al lugar, y un sujeto se le acercó para darle la bienvenida e invitarlo a pasar y sentarse.

Seguidamente, Dimas se identificó con su chapa y credencial. El mesonero que muy cordialmente le atendía, entendió su mensaje, y le comentó:

—Déjeme llamarle al administrador, a lo que el comisario respondió:

—Me parece muy bien”.

Luego de unos minutos, se presentó a la mesa un hombre obeso, de ojos verdosos y risa sarcástica, con un timbre de voz que dejaba percibir cierto nerviosismo al hablar. Mostrando un saludo, de tantos que daba diariamente a la hora de atender estos menesteres, le expresó:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Solo pasaba por aquí, y quería conocer el sitio, —respondió Dimas.

—Bueno, ya que está aquí, venga para que conozca los diferentes ambientes.

Lo llevó a la barra, atendida por dos hombres y una dama. El salón era amplio, con unas cuantas mesas y sus correspondientes sillas, una pequeña tarima con un tubo en el medio pegado al techo y con varias luces de colores en las esquinas, gruesas cortinas que dividían los baños para damas y caballeros, así como un pasillo que conducía a un pequeño salón cubierto por persianas de colores, y donde podía divisarse una puerta con un cartel que decía: «Oficina. Prohibido el Paso».

Luego lo condujeron a una de las mesas donde tomó asiento, junto a unas sillas vacías y en desorden. El administrador amablemente le dijo:

—Puede quedarse cuanto tiempo desee, pásela bien y ordene lo que quiera, que hoy todo corre por cuenta de la casa.

Dicho esto, se retiró dejándolo solo, sin que la intención de Dimas fuera quedarse ahí. Siempre los viernes trataban de hacer algo distinto y satisfacer el alma, pero además el cuerpo y la mente exigían distraerse un poco. Al rato llegó nuevamente el mesonero con una bandeja, y en ella una botella de escocés, agua con gas, hielo, vasos y gaseosas. Se escuchaba música y varios de los asistentes bailaban y se divertían. Así transcurrieron las horas, y pasadas las 11:00 de la noche y con varios tragos actuando en su sistema nervioso, fue al baño y regresó, pero en el recorrido escuchó que varios decían a viva voz: «Faltan pocos minutos para presentar el show».

No sabía de lo que se trataba, pero bajo los efectos etílicos sonaba bien al oído. Se entusiasmó, aunque había pensado que no eran ciertos los comentarios de los vecinos – en las innumerables reuniones a las que había asistido – donde hablaban de grandes fechorías y derrapes que se presentaban entre esas cuatro paredes. A todas estas, seguía con sus copas. Estaba entrando en temple el licor, logrando su cometido, cuando de repente encendieron las luces para iluminar la tarima e iniciar el esperado espectáculo. La mesa se encontraba muy cerca de donde iban a presentarse los artistas esa noche, y eso le daba emoción a su espera, acompañado de los tragos.

De pronto, apareció una hermosa rubia alta, vestida de negro y lentejuelas, de sensuales labios rojos y tacones muy pronunciados que la hacían ver exuberante, bella y sexi. En su muñeca izquierda tenía un bra-

zalete dorado, y en su mano derecha un micrófono; al fondo, se escuchaba la música. Comenzó a cantar con voz un tanto aguda, pero dulce y cautivadora. Mantenía el ambiente movido, alegre, y se fue acercando lentamente al tubo para bailar a su alrededor abrazándolo fuertemente, haciendo movimientos sensuales mientras danzaba con su cuerpo desprovisto de pudor, suplicante de caricias y propinas.

Los presentes aplaudían enardecidos, entusiasmados. La mente de Dimas se puso en blanco; observaba en total silencio pero dentro de sí había algo diciéndole que esa voz la había escuchado en otro lugar. Sin embargo, no lograba recordar a esa persona, y continuaba pensando, tratando de visualizar en el tiempo, echando cabeza. Buscaba descifrar aquel enigma, y todavía con la duda, se levantó y acercó a la tarima en medio de la oscuridad, queriendo identificar su rostro. Estaba ahora a muy poca distancia, observando sus movimientos corporales en el escenario; cómo batía su cabellera sin parar al ritmo de la música, meneando de manera circular su cabeza. Impulsaba su pelo de tal manera, que el mismo terminó desprendiéndose y cayendo fuera de la tarima. Quedó descubierto entonces parte de su rostro frente a todos, mientras aplaudían, reían y gritaban emocionados.

Dimas quedó sorprendido, pues al levantar bruscamente su frente aquella rubia, descubrió que quien realmente estaba brindando el show, era nada más y nada menos que su primo Ramón. Nunca se le hubiese ocurrido pensar que en su entorno familiar

pasaran esas cosas. Se puso la mano en la boca, y asombrado salió sin mirar atrás ni despedirse de sus amables anfitriones. Llegó rápidamente hasta su vehículo, sacó las llaves y lo encendió, para dirigirse a toda velocidad a su casa.

Al día siguiente fue muy temprano a visitar a su vieja para echarle el cuento, pero ocurrió que para ella no fue nada novedoso, pues en boca de todos corría el rumor de que en diferentes ocasiones, lo habían ido a buscar por la noche en la plaza de las Muñecas, para salir a retozar un rato, buscando complacer los más bajos instintos cargados de placeres ocultos. Entonces, resignado se dijo: «Bueno, el cuerpo es de él. ¿Cuál es el motivo para sufrir, si a quien le da placer o dolor no es a mí? Que continúe con sus gustos, pues al fin y al cabo su vida es propiedad suya». Solo que no estaba preparado, para tan sorprendente descubrimiento.

Lejos de ahí se escuchaba el canto desgañitado del guardián cantor, en su penúltimo concierto antes de amanecer y ver la llegada del astro rey. María tenía la costumbre de levantarse muy temprano. Era sábado y por ser fin de semana, sus hijos no tenían clases. Había ido al fogón, y ya frente a él miró a un rincón, tomó unos trozos de leña, los puso sobre el piso de concreto, y con unos cerillos encendió el fuego para montar un poco de café, costumbre esta cotidiana en la mayoría de sus habitantes.

Por las pequeñas ventanas se veía salir el humo de la madera que ardía, desprendiendo esa fragancia, ese aroma estimulante de la almendra molida cuando

hierva el agua, haciendo revivir el alma de quienes la beben cada mañana. Ella se había levantado muy sonriente y feliz, mientras Ceferino se encontraba en su cama atravesado, como cansado y agotado, fingiendo estar desmayado. Semi arropado hasta las piernas como Dios lo trajo al mundo, estaba mostrando sus cualidades varoniles. Esa noche los astros se habían alineado entre sí, y todo se conjugó para que esas almas se reencontraran, como lo diría Makumasay.

A pesar de los efectos emocionales y de distracción que generaban las serenatas mañaneras de Mantequilla, con su orquesta levantaba a quienes lo escuchaban. Pasadas unas horas entró nuevamente a su habitación, buscó entre sus cosas una toalla, ropa interior, y se dirigió al baño. Después de un rato salió, tomó del escaparate una de sus mantas, de esas que ella misma elaboraba; y bajó la mochila que se encontraba guindada de un oxidado clavo en la pared. Agarró un cofre de madera, lo abrió, contó unos pesos, se los guardó y se acercó a la cama donde estaba Ceferino. Lo miró, y riéndose le dijo: «Mi amor, voy al mercado a comprar unas cosas». De seguidas, lo besó en los labios y salió de la habitación.

María había decidido salir muy temprano de su casa después de aquel encuentro; quería ir al bazar, el cual estaba retirado del caserío donde vivía. Tenía días planificando salir; cerró la puerta y caminó dos calles para esperar ahí una chirrinchera que la llevara al lugar donde pensaba adquirir lo que hacía falta para empezar ese proyecto que le entusiasmaba, y poder

buscar todos los implementos necesarios que iba a utilizar para tal fin. Días atrás, había sostenido una conversación con su esposo, en la que acordaron en vista de la situación económica dura que atravesaban, iniciar un emprendimiento familiar.

Iba a elaborar Susuu (mochilas), chinchorros y wayusheim (mantas) para ayudarse, pues la plata no estaba alcanzando para nada, y de una u otra manera, tenía que contribuir para la manutención del hogar. Además, necesitaba producir en el área que se había formado. La situación laboral para Ceferino no estaba buena, la construcción y obras civiles descendían cada día por la situación reinante, y se encontraba semiparalizada la economía.

Llegando al mercado, bajó de la vieja camioneta cuya radio dejaba escuchar música típica de la región, pero con un volumen ensordecedor. Comenzó a caminar preguntando por el hilo de «guaya» o «tubo», en los pequeños locales. Este hilo sería utilizado para la elaboración de su artesanía. Era el de mejor calidad, y venía en variedad de colores que no se desprendían a la hora de lavarlos. De material resistente y matices fuertes, vivos e incandescentes. Era además, típico de esa cultura ancestral, que con amor y dedicación durante décadas lo había fabricado con lana de oveja o llama, proveniente del altiplano y las Cordilleras que unen a estos pueblos.

En el proceso de confección del hilo, procedían a teñir las hebras con un pequeño parásito llamado cochinilla, que anida en los cactus y nopales. Es de as-

pecto blanquecino, mas luego se convierte en la pizca milagrosa que hace resaltar la hermosura de las futuras piezas. Sin lugar a dudas, se convirtió en el mejor aditivo como colorante de la época para las prendas a confeccionar, dándole vistosidad y belleza. Estaba cansada de caminar y preguntar en lugares distintos, por lo que se vio en la obligación de comprar en diferentes sitios, debido a la escasez de hilos con variados tintes, y además, porque los precios variaban de acuerdo a marca y calidad.

Compró hasta donde le alcanzó el dinero, para de esta manera, comenzar la delicada tarea de confeccionar un chinchorro que unos viejos amigos le encargaron días atrás. Mientras terminaba de comprar, se acercó una niña con unas bolsas en la mano, mal vestida, con su carita sucia y cabello desarreglado, calzando unas guaireñas, pidiéndole algo de comer para llevar a sus hermanitos. Se le partió el corazón en dos pedazos; al verla se le vino a la mente por unos segundos, Anastasia.

Triste por la escena que veía, metió la mano en el bolso, sacó unos cuantos pesos y se los dio, consciente de que eso no iba a resolver el problema, pues así como ella, deambulaban muchos niños en las mismas condiciones. Agotada por el trajín, pero complacida de conseguir lo que había ido a comprar, comenzó a caminar hasta la esquina donde se encontraba un frondoso árbol de ceiba. Este abría sus ramas como brazos simulando un paraguas que interfería con los implacables rayos del sol, que castigaban sin miseri-

cordia, azotando permanentemente a quienes andaban por aquellas calles. Bajo esa sombra se detuvo buscando abordar un camión o camioneta con barandas que le llevara de regreso.

Varios días habían transcurrido y durante ese tiempo su esposo logró improvisar una pequeña enramada, (hecha con horcones, varas de mangle y techo de palma), que se convirtió en el refugio de María, quien pasaba horas tejiendo todos los días. Ceferino le colocó un par de listones, uno más arriba que el otro, de forma horizontal, y amarrados con mecates, simulando un telar. Allí su amada se dedicaba a elaborar coloridos y exuberantes chinchorros. Sus movimientos de muñeca, promovidos por sus finas manos, entrelazaban hilo con hilo, logrando combinar diferentes tonalidades; dándole forma, belleza y majestuosidad de manera armónica a la obra. Así lograba que la pieza artesanal tuviera una distribución adecuada de hebras y dibujos con diferentes motivos, para finalmente ser exhibida como prenda única y ser usada dignamente, por grandes jerarcas y señores.

Ella impregnaba su labor con amor, dedicación, paciencia, entusiasmo, fuerza, y la fe que nunca faltaba en su alma, para entregar una pieza bien confeccionada, propia de un artista artesano conocedor de tan loable destreza. Por supuesto que al gusto del cliente, logrando que este se fuera satisfecho y viniera otra vez.

Anastasia le comentó a su madre que la profesora Clara días atrás, en uno de los salones de clase, le preguntó de manera directa si ella conocía a alguien en su case-

río que confeccionara mochilas o susuu, pues tenía la intención de comprar una para ir al encuentro académico anual de docentes. Desde el mes de mayo ella se venía organizando y planificando, y lo necesitaba para guardar sus objetos personales (además de la maleta de mano donde llevaría sus pertenencias), ya que su idea era mostrar lo típico de la cultura. Tales prendas daban realce a la persona que las poseía, dada su elegancia, confort, colorido, y por supuesto, por ser un atuendo que marcaba la diferencia. Eran diseñadas para embellecer a quien las llevaba en su hombro.

Anastasia le dijo que su mamá las hacía por encargo, y que venían en varios tamaños, modelos y colores. De acuerdo a lo que quisiera y cómo le gustara, podría decirle el precio. Clara le comentó entonces que luego le indicaría, pero antes iba a ir buscando el material que debía llevar a la exposición, pues tendría que representar al colegio. Estaba emocionada, y más que eso, entusiasmada, puesto que iba a ver al amor de su vida, que también estaría presente en el encuentro.

Clara lo traía a su mente de una manera casi permanente, hasta el punto de que a cada instante quería acortar el tiempo... halar los días. Sin embargo, se distraía planificando estrategias pedagógicas, junto a sus contenidos y metodologías, ubicando recursos, tips, y por supuesto, buscando innovar en sus diferentes plataformas, todo esto centrado en un enfoque de primera línea, muy profesional. Pero también se reía con picardía al recordar los momentos que había pasado junto al profesor Antonio. Ellos dos, tomados de la mano... así lo pensaba.

Entre ambos había muchas similitudes y coincidencias, debido que a Antonio lo dominaba su espíritu soñador, habiendo dedicado como ella toda una vida a la enseñanza, aferrado a la correcta formación y capacitación de sus alumnos. Seguía su rutina planificando el viaje, cumpliendo con sus labores docentes en el sector público, como también lo hacía en otros institutos privados donde impartía cátedra, al igual que clases particulares los fines de semana. Su motivación era cubrir gastos adicionales que frecuentemente se le presentaban, aunque ella era sola en su casa, pues vivía separada de sus padres y hermanos. No obstante esto, le tocaba ayudarlos financieramente, y más aún, debido al poco poder adquisitivo de la moneda circulante en el momento. Debía apoyarlos en su manutención día tras día.

Todo continuaba su marcha faltando pocos días para el viaje. Anastasia se dirigió a la puerta del salón de profesores buscando a Clara, para entregarle el bolso que su madre le había elaborado con entusiasmo y dedicación. Logró llegar hasta donde se encontraba, la saludó cariñosamente, le entregó el encargo y se marchó a su salón de clases, a seguir con su rutina estudiantil. Estaba cursando su último año de secundaria y pronto tendría que ir a la universidad donde su hermano Luis estudiaba.

Pasaron los días, hasta que llegó la fecha del viaje tan esperado. Todo estaba listo para salir rumbo al Congreso de Docentes, en un recorrido de muchos kilómetros de distancia. Para la profesora se convertía en

un sueño, pues lograría compartir sus conocimientos con los colegas, y eso le parecía fabuloso, pero además, aprendería también destrezas y experiencias aportadas por ellos, cosa que le permitiría ampliar su bagaje pedagógico y enriquecer la información y temas que manejaba. Estaba segura de que esto se convertiría en una aventura que jamás podría olvidar, y más aún, estando junto a su pareja sentimental, al cual tenía tiempo que no tocaba, no abrazaba, ni lo sentía con su tibio calor corporal.

El viaje fue agotador, por lo que rápidamente se dirigió al hotel en el que había reservado habitación, muy cerca del teatro donde se desarrollaría el encuentro. Ahí estarían cara a cara para verse los rostros, impulsar los debates y exposiciones promovidos por las diferentes delegaciones participantes en el magno acontecimiento. Tomó su celular, lo prendió, corrió la pantalla con sus dedos, y marcó ciertas teclas para buscar un número entre tantos que observaba, pero en ese preciso instante entró una llamada.

—¡Aló, Aló!... Antonio, mi amor, ¿cómo estás? Voy llegando, pero súper cansada, aunque feliz porque te voy a ver.

—Trata de comer algo, mi amor, mientras resuelvo unas cosas pendientes y paso a visitarte, respondió él, muy cariñoso y feliz de escuchar su voz.

Clara tomó la maleta, se dirigió al lobby, retiró en recepción la llave de su habitación y se dirigió al restaurante del hotel, buscando almorzar algo ligero, para luego subir a descansar. Se acostó, pero transcurridos pocos minutos tocaron a su puerta. Sin perder

un segundo se levantó emocionada y fue corriendo a abrirla; giró la manilla pensando en su amor eterno, queriendo tenerlo en sus brazos y besarlo apasionadamente. Pero quien la solicitaba era una camarera para entregarle las toallas y el jabón de tocador que solicitó al momento de llenar su ficha de ingreso.

Recibió desanimada las cosas, y dando gracias cerró la puerta, para luego dejar todo sobre la mesa de noche. Segundos después volvieron a tocar a la puerta y pensó que de seguro era nuevamente la señora, regresando por algo que se le había olvidado. Abrió rápidamente, y su sorpresa fue mayúscula al ver un ramo de rosas rojas en manos de su enamorado Antonio, quien acostumbraba a este tipo de sorpresas. Traía con él, además, su equipaje de mano. Ambos se miraron con ternura a los ojos de manera sostenida, y con pasión se abrazaron fuertemente. Con sus labios humedecidos por la pasión, parecieron ir devorándose uno al otro lentamente, en un beso que logró hacer sonar las campanas del éxtasis.

Ella lo tomó de la mano y fue cerrando la puerta mientras lo acariciaba y caminaban hasta la cama, y como si se tratase de un ritual, fueron despojándose pausadamente de cada prenda que cubría sus cuerpos. Él besaba su cuello, al tiempo que acariciaba su espalda baja y el cabello, para luego tomar sus manos y apretarlas fuertemente. Sentado sobre la pequeña mesa de noche pudo someterla entre sus piernas, logrando encender un voraz apetito que ansiaba sumergirse en la profundidad de las húmedas paredes cargadas de

energía, sentida en lo más profundo de la fuente de vida. Mientras, ella se mordía los labios, acelerando su respiración, generando en su mirada desgarradores destellos, que desencadenaron una explosión de lujuria y ardiente pasión desenfrenada, haciendo que brotara fuego por los poros de sus cuerpos envueltos en frenesí, con el propósito de aparearse y perderse en el infinito estelar durante horas.

Fueron transcurriendo esos días de jornadas, al igual que las noches donde se envolvían en el deseo, la atracción carnal y la fogosidad que les hacía apetecer con desenfreno comerse mutuamente. En el día, se exponía y se debatía, dejando en alto el nombre de la institución tras sus intervenciones. Estos pocos amaneceres serían inolvidables para ambas almas, que sacaban de lo más profundo de su ser el anhelo y la felicidad compartidos en esos momentos inolvidables.

Las deliberaciones se tornaron interesantes con la temática abordada en las jornadas académicas, y las exposiciones llevadas por Clara a las mesas de trabajo tuvieron muy buena acogida, a tal punto, que le otorgaron un reconocimiento por haber sido la mejor exponente en el área relacionada con el fortalecimiento del sistema educativo, a pesar de estar este sector en medio de una profunda crisis. El citado reconocimiento fue merecido por su desempeño didáctico y las excelentes cátedras magistrales dictadas a sus colegas, provenientes estos de diferentes provincias y departamentos del país.

Así finalizó el encuentro, y todos regresaron a sus destinos de origen. Nuevamente se reencontrarían

estudiantes y profesores en las aulas de clases, para retomar sus actividades cotidianas. Luis Torres seguía asistiendo de manera formal desde años atrás, y aprobando las materias con buenas calificaciones. Sin lugar a dudas, estaba convencido de obtener el título, pero al mismo tiempo, trabajaba en las tardes para ayudarse y lograr apoyar a su familia, debido a la apremiante situación vivida en su hogar. Además, estaba cargado con una buena dosis de compasión y solidaridad, por lo que sentía impotencia ante tantas calamidades que atravesaba la gente. Había casos entre sus amigos y compañeros de estudio o trabajo, que asistían a su faena diaria con los zapatos rotos, y muchas veces sin comer durante todo un día. Algunos hasta tenían familiares postrados en una cama, sin la posibilidad cierta de adquirir un medicamento para contrarrestar cualquier patología que estuviera padeciendo. Ver a sus amigos en esa situación lo llenaba de frustración y tristeza... siempre se ponía al lado del más necesitado.

Muchas veces se dormía tarde pensando, buscando un rumbo, tratando de hacer lo correcto, pues había decidido participar en la escogencia de las autoridades universitarias mediante el voto del centro estudiantil. Pensaba que estando allí, podría ayudar de alguna manera a los compañeros que tanta falta le hacía conseguir reivindicaciones estudiantiles.

Un buen día, le comentó a su padre que observó cerca de su trabajo a una señora con unos niños, revisando algunas bolsas de basura, esculcando sin des-

canso, buscando algún resto de alimento que pudieran llevarse a la boca, para mitigar el hambre. «No se justifica, decía, que estas cosas estén pasando en un país lleno de tantos recursos». No sabía aún cómo hacerlo, pero tenía claro en su mente que las cosas tenían que cambiar, porque quienes vivían en esas latitudes se merecían algo mucho mejor.

Desde muy joven era un apasionado de la lucha social, le gustaba ayudar al prójimo, a sus paisanos; siempre le animaba la idea de un cambio, de buscar un futuro mejor para todos, pues su única satisfacción era brindarles una mano amiga y apreciar su sonrisa frente al mundo que les adversaba. Quería ayudarlos a recuperar su esperanza, su fe, y verlos alcanzar sus objetivos de manera digna, ante las adversidades de la vida. Esos que padecían su propia vulnerabilidad, pero al mismo tiempo se mantenían bajo unas líneas de exclusión, donde existían pocas alternativas que pudiesen presentársele al más necesitado. Siempre existen sobradas razones para querer ayudar a la gente y ponerla en el camino correcto, eso le fue enseñado en su casa. Pero también en las diferentes cátedras de la facultad hacían referencia a la necesidad de dedicarse a la producción agrícola como herramienta indispensable de bienestar.

Él hacía mención de la importancia de trabajar unidos, con vista a un solo objetivo, para lograr y obtener resultados satisfactorios, más aún si se trataba de producir alimentos que permitieran garantizar una dieta balanceada en la mesa de los ciudadanos. Mucho se hablaba en los pasillos de la facultad sobre estos temas.

Meses después tuvo que ir a la finca Sincelejo, la cual les prestaban para algunas prácticas de campo. Infinidad de lotes se observaban en plena producción, desarrollados con el talento pasante. Siempre asistían a esas tierras para aprender el hermoso arte de la producción agrícola y dedicarse a elaborar semilleros, para luego trasplantarlos y ver crecer cada brote hasta su adultez. Esta actividad era altamente gratificante para ellos.

Recordó que el profesor Palmar les había enseñado los pasos y procedimientos para la selección de semillas, con el fin de obtener un rendimiento óptimo en la germinación de las mismas. También les inculcó que a la hora de hacer los trasplantes al campo, es necesario instalar un buen sistema de riego que permita alcanzar una mayor producción de lo sembrado.

Esa vez como prueba piloto se tomó la decisión de seleccionar la variedad maradol de lechosa, típica de la región y muy apetecida por su dulzura y color, cuyo sabor se mantiene en el paladar por largo rato, característica que sobresale cuando está madura. Su piel es amarillenta, y su pulpa rojiza anaranjada. En una clase de campo de esas que con relativa regularidad tenían, decidieron recoger algunas muestras maduras, y degustaron plácidamente de una papaya sumamente sabrosa, producto de su esfuerzo y trabajo. Ese día se dieron un banquete, sabiendo que sus manos eran las responsables de haber desarrollado el agradable manjar natural.

Decía el profesor que «la tierra es la que da de comer, es uno de los tantos regalos que el Creador ha puesto al

alcance de nuestras manos. Por tal motivo, Dios se inspiró y la hizo en el primer día, según testimonio bíblico». Esas eran palabras que no dejaba de repetir en clase, queriendo inculcar algunos principios religiosos.

Recordó igualmente, que en una oportunidad arrancaron un tallo de yuca para evaluar la cantidad de libras por mata, y medir el nivel de rentabilidad de la cosecha. Además, probar la calidad del tubérculo a la hora de cocinarlo, controlando el tiempo de cocción. Mientras esto sucedía, continuaban las clases a cielo abierto, observando la calidad de los suelos y el tipo de pasto que sembraban para el forraje de vacas y toretes, alimento esencial para el desarrollo de este vasto sector. El heno en este caso, sería portador de muchas propiedades calóricas para el desempeño y crecimiento de los rumiantes.

En este clima tropical todos seguían con la rutina caminando y evaluando, pero el sol mantenía su furia implacable. Su intensidad se sentía en los sombreros que luchaban contra él, desafiándolo ante la arremetida de los rayos incandescentes. Los brazos de los participantes estaban cubiertos con viejas franelas manga larga que arropaban la piel deshidratada y reseca, producto de horas de insolación y trabajo, pero mantenían el paso con las botas cubiertas de polvo. De la frente manaban gotas de sudor, mojando la ropa que los vestía. Ese proceso permitía expulsar las toxinas del organismo.

Continuaron la faena rumbo a la cocina (o fogón, según fuera el caso). Ahí se encontraban algunos peones

junto a su capataz, con algunos cántaros llenos de leche, producto del ordeño. Desde las primeras horas de la mañana los obreros se disponían a elaborar queso, y tenían preparado el cuajo para tal fin; otros colaban café mientras cocinaban raíces de yuca, y viendo todo eso se les volvió agua la boca, sin poder disimular.

Minutos después les llevaron queso y una buena ración de yuca en un gastado plato de peltre, junto a un aromático café caliente aun desprendiendo vapor, en una pequeña totuma de tapara. Adicionalmente, les sirvieron suero y crema de leche. Ese banquete propio, originario de esos lugares, mereció degustarlo hasta su último bocado. Sintieron su cremosidad, sabor y textura, mientras el olor a campo se impregnaba suavemente a través de las fosas nasales, llegando hasta los más profundos intersticios pulmonares. Este manjar de campo fue cocinado en leña, en un improvisado fogón hecho de barro, piedras y ladrillos.

Se encontraban agotados, y ya casi finalizando la práctica. Las nubes parecían acariciar – para despedirlo – al sol que caía lentamente vestido del tenue color del ocaso, y comenzaron a preparar el retorno despidiéndose de la arboleda que vestía el paisaje. Supieron entonces por el aviso de uno de los peones, que el autobús había llegado. Unos cuantos caminaron hasta esconderse detrás de un frondoso árbol, para orinar antes de emprender el viaje de regreso.

Fue una experiencia gratificante haber compartido entre compañeros de clases de manera activa, así como la interrelación con los peones, al tiempo que

aprendían cosas nuevas haciéndolos crecer como ciudadanos, y permitiendo ser más humanos, solidarios y sensibles frente a los demás, además de llenarlos de fortaleza para vencer las dificultades. Por tal motivo, su mamá le decía siempre que «la universidad más grande por la que pasamos es la de la vida, el día a día, acompañado siempre por el amor al prójimo».

Siempre recordaba cuando se sentaba a acompañarla y hablaban mientras ella tejía o bordaba cualquier pieza que tuviera que entregar. Le inculcaba que los estudios eran el instrumento de superación del hombre para sacarlo de la pobreza y profundizar el cambio del ser humano. Repetía, que no existe algo más importante para una persona que estudiar, formarse, tratar por encima de todo, de ser un buen ciudadano.

Al regresar a la casa, dejó sus cosas en la habitación y, corrió a darse un baño; el cuerpo se lo exigía. Mientras la oscuridad se dejaba ver en las afuera de la casa, su querida madre preparaba la cena, y su papá ayudaba a organizar la mesa para que junto a Anastasia, pudieran compartir la deliciosa comida que estaba preparando. Ella quiso sorprenderlos con un delicioso jurricha (fritche), producto de un sofrito de vísceras de ovejo o chivo que le habían traído después de la matanza que siempre hacía su compadre Saiwuá para vender la carne. Lo acompañaban con arepa asada, queso y buena chicha de maíz. Era su comida preferida, Anastasia se deleitaba el paladar al ver esos platos llenos con el exquisito menú. Esta había pasado todo el día acostada en su habitación, sin salir, pues no acostumbraba ha-

cerlo, y en vista de que no llegaba a cenar, su madre fue a buscarla. Tocó la puerta, entró y le preguntó:

—¿Hija, qué tienes? Te noto triste, apagada, cuéntame... ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

—Mamá, no sé qué decirte, me da pena y tengo mucho miedo.

—¿Por qué dices eso?, preguntó María.

—Me da pena. No sé por dónde comenzar.

María se sentó en la cama, sobó su frente hasta llegar a la cabellera con mucha delicadeza y mostrando afecto, persuadiéndola para que le contara.

—Dime con toda confianza... recuerda que soy tu madre.

—Es que esta mañana al salir del baño comencé a botar sangre por «mis partes», y eso me tiene aterrada...

María la abrazó fuertemente contra su pecho, hablándole al oído, susurrándole:

—No tengas miedo mi majayura... yo estoy contigo. La tomó de la mano, la levantó, y fueron juntas a cenar. Al terminar de comer, María procedió a lavar los platos en compañía de Ceferino. Sus hijos se levantaron y se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Ese fue el momento oportuno para comentarle a su esposo lo sucedido y ponerlo al tanto.

Después de conversar tomaron la decisión de ir a hablar con Makumasay, pues consideraron necesario que los ayudara. Él tenía vinculaciones familiares con Ceferino desde hacía muchos años, debido a los encuentros amorosos que había tenido con su hermana, y de ese romance nació un niño. Este ya tenía 12 años y correteaba por los pasillos de su casa, manteniendo viva

la llama de la alegría en la vivienda. Subía a los árboles a agarrar frutas, era meloso, juguetón, pero también, a su corta edad, era muy asertivo al momento de decir las cosas. Muchos se asombraban al escucharlo y algunos decían que tenía los dones de su padre.

Era necesario entonces hablar con Makumasay dado que dentro de sus tradiciones y rituales, necesitaban conseguir varias yerbas, entre ellas, una llamada «cutena» o «indio desnudo». Así como también kasuul, una amarga raíz de un arbusto que solo puede arrancarse en verano, siempre y cuando sea por la tarde, en esas tierras sedientas donde se ubicaron por primera vez sus ancestros hace miles de años, y construyeron sus primeras rancherías.

De igual manera, era preciso conseguir una pequeña piedra llamada “paaliksa”, la cual se muele con poca agua, para ser luego tomada por la iniciada, y así limpiar su organismo. Solo el chamán tenía en su poder esos elementos necesarios para el desarrollo y ejecución de la ceremonia, que debían hacer siguiendo sus tradiciones. Es costumbre en su cultura que cuando las niñas se desarrollan se da inicio al «blanqueo», llevándolas a una pequeña choza construida con barro y palma. Ahí las mantienen aisladas del resto del mundo por un corto o largo período, dependiendo de la casta o familia a la cual pertenezca.

Mientras permanecen en cautiverio, se bañan con hierbas a las 5:00 a. m. y 10:00 p. m., pudiendo visitarlas solo su madre o abuela, para alimentarlas con chicha caliente. Allí entre esas cuatro paredes, apren-

den el arte de tejer, bordar, elaborar chinchorros, cocinar, limpiar y le cortan el cabello, pero además, le enseñan todo lo relacionado con los oficios del hogar que habrá de desempeñar como mujer.

Se acostumbra también que el día que salen del encierro, se hace una fiesta a la que viene toda la familia para participar en una eekawua (comilona). Por ello sacrifican animales para elaborar los alimentos, y además beben licor y bailan la “yonna”, convirtiéndose en un gran reencuentro familiar. Ese mismo día, les entregan algunas prendas de oro y plata, collares y pulseras de coral, como herencia de la madre y las tías, para luego presentarlas a la sociedad.

Todo ese ritual ceremonial sería el camino que transitaría Anastasia, para luego seguir con su vida cotidiana: continuar con sus estudios, visitar a sus compañeras, y chatear con algunas amigas de su generación, que por cierto, tenía varias. Tenía amigos de ambos sexos mucho mayor que ella, pues consideraba que teniendo esas amistades podía aprender cosas nuevas y participar de otros ambientes.

Ese era el caso de Miguel Ángel, hermano de la profesora Clara, con quien chateaba en ocasiones por las redes sociales. Sin lugar a dudas, esto se había convertido en un novedoso instrumento de comunicación rápida y en tiempo real en el mundo, permitiendo la fluidez de la información en cualquier parte del planeta.

Así funcionaba el enlace amistoso entre Miguel Ángel y Anastasia. Él cursaba los últimos años de Comunicación Social, entregado a sus estudios y apasio-

nado por la divulgación de narrativas construidas por él mismo. Además se desenvolvía sin miedo escénico al momento de pararse frente a un público, para transmitir sus ideas. Era analítico y crítico, con espíritu incansable en los momentos de trabajo estudiantil en beneficio de su Facultad y promotor del boletín informativo «Laureles Académicos», donde mensualmente se registraban los temas de mayor trascendencia, dentro del recinto universitario.

De esa manera, lograba promover proyectos y doctrinas que permitirían expresar las diferentes corrientes del pensamiento. Ese órgano de información mantenía informado a propios y extraños en temas nacionales e internacionales, tanto así, que en su última edición del mes publicó un artículo sobre la peligrosa epidemia descubierta en el país asiático con mayor población del mundo, donde las personas morían a consecuencia de una terrible gripe, que venía amenazando la existencia de la especie humana. Sin embargo, muchos afirmaban que tal enfermedad nunca llegaría a estos predios, debido a la distancia existente entre un continente y otro. Pero algunos científicos especialistas en la materia tenían una tesis totalmente distinta, y por ello el profesor Palmar, catedrático de la Facultad de Alimentación y Agricultura, mantenía el criterio de que hasta la producción de alimentos iba a estar en riesgo, pues muchas semillas, insumos, fertilizantes e implementos del campo proceden de esas latitudes.

Había que esperar los resultados de la investigación que se desarrollaba en diferentes laboratorios del mun-

do, donde pudiesen encontrar una cura a tan terrible virus. Algunos especialistas coincidían en que esa peste había llegado para quedarse y no irse nunca más. Los efectos que causaba en el cuerpo humano eran devastadores, los síntomas más habituales eran fiebre, tos, cansancio, pérdida de gusto u olfato; sin embargo, otros manifestaban dolor de cabeza y garganta, dificultad para respirar, dolor en el pecho; pero en cualquier caso, se corría el riesgo de perder la vida.

Este tema se debatía entre profesores y alumnos en cada pasillo del recinto universitario. Se había convertido en lo más controversial para el momento, a tal punto que el profesor Antonio estaba organizando una serie de foros, conversatorios, conferencias y simposios, para mantener a la colectividad informada y preparase para cualquier desenlace que esto pudiera generar. Mantenía el criterio que mientras se divulgara la información de los investigadores de manera correcta, se podría combatir mediante la prevención, evitando cualquier tipo de contagio y así el daño sería menor. También habría suficiente tiempo para conseguir la cura y desarrollar medicamentos.

Había mucha polémica sobre la epidemia, nadie en el mundo poseía la verdad absoluta sobre la misma. Las contradicciones abundaban entre quienes estudiaban los primeros cadáveres y pacientes, para determinar las causas reales que originaban el gran número de decesos por un lado, y contagios con alta incidencia viral por el otro. El terrible cuadro clínico altamente contagioso atemorizaba a los países donde iba lle-

gando de manera repentina. Todos querían pensar en que no iban a ser presas de contagio, y en otras cosas lejos de tan calamitosa desgracia epidemiológica que amenazaba al planeta entero.

CAPÍTULO III

LA ESPERANZA

Ese día, se escucharon truenos y relámpagos fulminantes detonando su furia. Había caído la tarde, e Inocencio estaba organizando las facturas y órdenes de despacho para continuar entregando los pedidos a sus diferentes clientes al día siguiente. «La Cabra», nombre del negocio que fungía como comercializadora, estaba dando pasos firmes en la asociación estratégica con proveedores internacionales que fletaban para los muelles de Puerto Gallina sus variadas mercancías.

Se había logrado después de mucho insistir, el pago de una cantidad grande de dinero que él daba por perdido, pero que sin embargo sabía que tarde o temprano llegaría a sus manos para recuperarse y recapitalizar la empresa. Duró varios minutos revisando la fecha de vencimiento de algunos productos, para luego dirigirse a la puerta del local.

Salió al frente; su cabello se movía sintiendo la brisa fría que reinaba en el ambiente, y comenzó a visualizar la gran cantidad de nubes grises con tonalidades oscuras en el horizonte, ahí donde se unen la tierra y el cielo. Se podía observar un manto inmenso, y por encima de este se escuchaban los truenos, y se veían las centellas y los relámpagos que de manera portentosa, parecían estar librando una batalla entre ellos – como si fuesen dos ejércitos – con el objeto de apoderarse del mundo, representando el bien y el mal durante sus enfrentamientos con designios apocalípticos.

El viento acometía con furia las ramas de los árboles, tratando de someterlas sin piedad. Las lámparas del negocio titilaban como queriendo enviar un mensaje encriptado, tratando de anunciar el desarrollo de la batalla, traducida en la llegada de la temporada de lluvia. En medio de este ambiente tormentoso e inesperado, pensó que no había muchas cosas que hacer, solo esperar que pasara el repentino chubasco.

De repente, sintió el estruendo de un rayo que cayó tan cerca de donde se encontraba, que sus oídos le retumbaron, y le pareció que había caído en su propio galpón. Entró rápidamente, se hizo la señal de la cruz, y en ese mismo momento comenzaron a caer una tras otra sobre el techo, ráfagas de gotas empapando todo lo que conseguían a su paso. Prefirió esperar, mantenerse bajo techo, hasta que escampara. Además, al llover muy fuerte como ahora, las calles se convertían en ríos mientras que las quebradas se rebosaban llenándose de basura acumulada, y obstruyendo los canales de desagüe.

Todo era el resultado de la poca atención que la municipalidad brindaba en materia de recolección de desechos sólidos. La basura que normalmente produce todo asentamiento humano, sea urbano o no, cuando se encuentra en abundancia genera moscas, malos olores y enfermedades. Algunas personas se dedicaban a quemar esta basura tratando de aliviar el problema sanitario latente, pero derivado del humo que se desprendía durante la incineración, causaban otro aún más terrible como son las enfermedades respiratorias.

Seguía lloviendo y la noche se acercaba lentamente. El sistema eléctrico dejó de funcionar como era costumbre, la intensidad de la lluvia fue disminuyendo, pero las calles se mantenían inundadas por el índice de pluviosidad. Decidió esperar otro rato, dando oportunidad a que llegara la electricidad para proceder a cerrar con candados las puertas del local. Les comentó a sus trabajadores que dadas las circunstancias, los llevaría a sus respectivas casas.

Cara de mapa se encontraba entusiasmado pues muy temprano había recibido una llamada de su hermano, que se encontraba en la capital tramitando algunos asuntos relacionados con la empresa. En la conversación telefónica le notificó la aprobación en la entidad financiera, de un préstamo que había sido solicitado por ellos, con el fin de invertirlo en la finca Rancho Grande, propiedad de la familia. Se sonreía pensando que los «bañitos» recomendados por Makumasay estaban dando sus resultados.

Tras varios minutos de espera, y en vista de que no llegaba la electricidad, activó la lámpara de su móvil, y comenzaron a cerrar las puertas de la comercializadora para luego salir a llevarlos, como habían acordado. Eran varias horas de trayecto, el recorrido que debían hacer para llegar a casa de cada uno de sus empleados se hacía dificultoso, debido a la gran cantidad de huecos que presentaban las vías por donde tenían que transitar, aunque los niveles de agua descendían paulatinamente y esto ayudaba a esquivarlos.

Cuando solo faltaba dejar al de mayor confianza, le

dijo que creía que deberían ir a comer algo antes de llevarlo, para poder dormir con tranquilidad, pues no pensaba llegar a pedirle a su esposa que le preparara cena, más aún después de este aguacero que inundó la ciudad. Rápidamente cruzó a la izquierda, dirigiendo su camioneta con rumbo a la «calle del hambre», donde vendían unas succulentas arepas rellenas de chicharrón, carne ahumada, queso frito, vegetales y una salsa blanca exquisita que deleitaba el paladar, transportando a quien la degustara a otra dimensión en el nivel gastronómico. Después de haber disfrutado el rico manjar, tomaron nuevamente su camino con miras a terminar la jornada, para luego ir hasta su casa y dormir.

Seguían los truenos y relámpagos pero sin llover de nuevo, y en «El Molino», pequeño caserío o barriada donde vivía el hombre sin sombrero, se escuchaban voces dentro de la vivienda. Había ido a visitarlo una de tantas personas que pernoctaban en su casa, en busca de un respiro y paz espiritual, lo cual encontraba cada vez que visitaba la humilde morada.

—Hoy no va a ser posible que hagamos nada, dijo Makumasay. Este mal tiempo acompañado de tormentas eléctricas no me permite invocar a los hermanos, pues está terminantemente prohibido hacer algo bajo estas condiciones climáticas. Así son las reglas y en eso soy muy respetuoso — afirmó de manera rotunda y contundente. — Mejor hablemos un rato, así me acompañas a preparar unos polvos para montar unos trabajos pendientes que debo hacer en estos días. Se levantó y caminó, buscando sobre unas repisas en

la pared frontal, varios frascos de raíces de diferentes hierbas y otros contentivos de variedad de aves, entre ellas murciélagos, y una muy exótica conocida como colibrí o zunzún, todas cuidadosamente disecadas.

Los otros recipientes estaban repletos de pétalos de rosas, mariposas, semillas y piedras de varios colores y tamaños provenientes de mares, ríos, montañas y llanuras. Agarró un viejo mortero de piedra que se encontraba en otra repisa de la misma pared, agregó una buena cantidad de pétalos secos y comenzó a triturarlos. Todo lo que introducía en ese machacador pétreo, desde las raíces hasta el pequeño pajarillo que va merodeando de flor en flor en busca de néctar, era vuelto polvo, pues todo tenía un fin muy específico.

El tiempo seguía su curso bajo techo, mientras los relámpagos mantenían su furia. En un rincón de la fría casa se encontraba durmiendo kasutay; de vez en cuando medio abría los ojos, atento a la conversación de su amo, pero temeroso de los truenos, que hacían palpar su corazón de manera acelerada. Se mantenía inerte e indefenso ante la incalculable cantidad de estruendosos cañonazos que se desprendían de las alturas. Makumasay continuaba con sus labores, clasificaba y etiquetaba los recipientes para sus conjuros. Él se había comprometido a ayudar a una buena amiga que le comentó sobre la mala racha que atravesaba, en el ámbito amoroso. Su compromiso se convertía en ley, pues le había dado su palabra de ayudarla a salir de la infelicidad sentimental que atravesaba.

El día que lo llamó por teléfono para llorar un rato y desahogarse contándole lo sucedido a su vida, en me-

dio de la conmoción de su amiga la interrumpió para decirle que no botara más lágrimas, que se calmara y se quedara tranquila.

—Cuando vengas, tráeme un velón de doble pareja, de color rojo intenso, para montarte un amarre y poder atraer al hombre que tienes en mente. Debes traerme su nombre escrito de tu puño y letra en un papel.

—Así lo haré Makumasay, tal como me lo indicas.

—Te voy a explicar algo para estimularte a invocar tu estoicismo. Estas figuras en cera van embalsamadas con gotas de amor, esencia de «todo lo puede», miel de abeja y polvo de pétalos de rosas, más una copa de vino tinto y cinco tabacos. Pero algo sí te voy a decir mi amiga, te lo voy a poner a tus pies, después no me vayas a pedir que te quite a ese hombre de encima. Además te voy a preparar una tuma consagrada.

Ella echó a reír a carcajadas, para luego despedirse y terminar la conversación con el hombre sin sombrero. Las nubes continuaban jugueteando en el cielo, manteniendo un dilema entre romper en lluvia o retirarse a otro lugar impelidas por la brisa. Mientras, los techos de zinc sonaban retorciéndose en sus puntas afiladas, buscando desprenderse de sus captores clavados en listones de madera vieja, pero que aún aguantaban la arremetida de los fuertes vientos. Mantenían la presión sobre el techo, soportando la ventisca que los azotaba sin clemencia alguna.

Continuó la conversación con el visitante, mientras seguía organizando los enseres de trabajo en aquel improvisado laboratorio de alquimista, y como de

costumbre, fumaba su respectivo habano criollo. Envolvía el ambiente con un denso humo inhalado y expulsado desde los sacos alveolares de sus pulmones, pasando por la garganta, y logrando aromatizar el espacio donde se encontraba. Quedaba muy poca colilla y decidió entonces salir al frente de su casa para ver cómo se encontraba el tiempo, y además, revisar unos cuchillos en cruz y sal que había colocado muy temprano en el fondo de la casa, para que no lloviera.

El tiempo seguía cambiado, la noche caía sin mayores pormenores, y su amigo quería marcharse. Sin embargo, era muy tarde y en la zona donde se encontraba, los niveles de inseguridad suelen muy altos. El hombre sin sombrero le ofreció alojamiento esa noche en su humilde hogar, para refugiarse de la delincuencia, pero también de la oscuridad que seguía cayendo en la medida que transcurrían las horas.

Decidió entonces pasar la noche ahí, y seguidamente le pidió prestada una silla para sentarse en el frente de la casa un rato, y poder contemplar la brisa que estaba fluyendo sin parar. Pasaba la mano acariciando su corta cabellera, que se movía con el vaivén del viento. Rápidamente tuvo a disposición una silla de madera y se sentó, mirando al cielo donde se divisaban algunas estrellas que titilaban permanentemente, como hablándose entre ellas. También se observaba la tímida silueta de la luna, que entre una nube y otra, se dejaba visualizar.

El chamán de la serranía, como también lo conocían, había entrado a buscar otra silla, pero en la otra

mano traía un plato lleno de algunas vísceras y sobre las mismas, tenía rociado un aceite amarillento hecho de semillas de palma, así como algo blanco granulado como especie de algún condimento parecido a la sal. Caminó varios pasos llevando la silla que traía, y la colocó pegada a la pared de la vivienda; subió su pierna sobre ella y luego la otra, y se apoyó fuertemente. Mientras, levantó el brazo donde sostenía el plato, lo colocó sobre el techo y ahí lo dejó mirándolo fijamente, mientras cuchicheaba frente a él. Se bajó, llevándose la resistente estructura de madera que le había soportado, para luego acompañar a su viejo amigo y conversar un buen rato.

La oscuridad se acentuaba a medida que avanzaba la noche; la soledad se sentía, mientras el silencio y el sueño se iban apoderando tímidamente de ellos, sintiendo la pesadez en los párpados, mientras su mirada ya casi era vencida por la modorra que los iba sometiendo lentamente. Decidieron ir a dormir, cada quien tomó su silla y entraron a la oscuridad de la casa iluminada solo por el reflejo de un velón encendido, que acompañaba algunas imágenes, pues el servicio eléctrico aún no regresaba.

El anfitrión se dirigió a la habitación más grande, donde estaba colgado un par de chinchorros, y cada quien tomó el suyo para acostarse y descansar cómodamente. Después de algunos minutos, en la pequeña pieza se sentía el desesperante silencio del encierro al que estaban sometidos, así como el fugaz y profundo respiro de su amigo, que hacía notar que esa noche

alguien lo acompañaba. Trataba de conciliar el sueño, se mecía en la hamaca apoyándose con su pie en el piso, pero resultaba infructuoso, se había disipado el sueño de manera repentina. Sin embargo, muy cerca de ahí se escuchaba un gato que con su insistente maullar, hacía pensar que estaba perdido, pidiendo perdón en la oscuridad.

Esas cosas pasaban muy poco por esos lugares, debido a que nadie en su vivienda acostumbraba tener este tipo de animal. Se hacía extraño escuchar tan desgarrador llanto. Varias veces se había levantado kasutay de donde estaba echado, y se percibía inquieto, como atemorizado. Salió del cuarto sin rumbo, tratando de huir a la parte de atrás de la vivienda. Él percibía que algo estaba por suceder. De repente comenzó a aullar locamente varias veces, como tratando de evitar algo. Regresó al cuarto donde se encontraba su amo, y se echó debajo de él buscando protección.

Las horas seguían transcurriendo mientras el silencio se adueñaba del sitio cada vez con más fuerza. Sin embargo, lentamente se fueron escuchando algunos suaves movimientos que rozaban las viejas láminas de zinc. Se oían los ruidos a cada instante, acentuando la sensación de que alguien las arañaba. Maku-masay, que se mantenía despierto, pensativo y alerta ante lo que estaba sucediendo, decidió levantarse rápidamente, despertó a su amigo y caminó deprisa hacia detrás de la puerta, donde mantenía guardado un afilado machete. Lo tomó en sus manos y fue hasta la entrada principal acompañado de su amigo; abrió

suavemente, y salieron velozmente tratando de sorprender a quien se encontrara sobre el techo.

Quedaron paralizados por segundos, observando una figura como especie de una gran ave, vestida de negro, suspendida en el aire, sobre el plato que horas antes había colocado. Levantó el machete, moviéndolo en el aire en varias direcciones y gritando de manera fuerte y contundente: «¡Iyami, regresa a tu lugar, vete a lo más profundo de donde hayas venido!». La figura se movió dejando caer algo, y desprendiendo de sus ojos una luz intensa como antorchas encendidas, para desaparecer de inmediato entre la tenebrosa oscuridad.

El perro seguía ladrando, queriendo echar al intruso que los había visitado repentinamente en medio de la lobre-guez. Su amigo no encontraba palabras qué decir. Asombrado tartamudeaba, pareciendo por instantes que la conexión entre lengua y cerebro se encontraba obstruida o distorsionada, impidiéndole hablar de manera coherente. Entonces el hombre sin sombrero le dijo:

—No te preocupes, tranquilízate, ya pasó lo más complicado; ese espectro es la genuina representación de la perfidia. Quiero decirte que la maldad, desde que el mundo es mundo, ha existido. El hombre siempre ha de querer esclavizar a la humanidad, hasta el extremo de borrar su existencia de los más recónditos espacios de este mundo. No sería honesto de mi parte el contarte la verdad de cómo las Iyami han ido conquistando al mundo, ante la mirada complaciente de quienes prefieren ser espectadores silentes, volviéndose partícipes solo cuando de lograr sus in-

tereses se trata, sin importarles lo más sagrado que es la preservación de la especie, como símbolo de amor en el universo creador.

Hace muchos años, cuando tu tatarabuelo no había llegado a este mundo, en una latitud muy distante de donde nos encontramos hoy, comenzó a librarse una gran batalla entre el bien y el mal, representados por el día y la noche. También podríamos decir, entre las legiones que creían en la libertad y las legiones de la muerte cargadas de odio. La batalla hasta vencer o perder la vida en el intento, fue en aquellas montañas vestidas de nieve, bordeadas por majestuosos bosques llenos de inmensos árboles de gran altura, que impedían la entrada de los pocos rayos de sol. Permitían de este modo generar vida en el inhóspito territorio, controlado además por una atmósfera fría que congelaba las pocas gotas de agua que podían atravesar la vegetación, azotada por las inclemencias del gélido clima.

Esas tierras eran llamadas Sibelia por sus pocos pobladores. Ahí las casas resistían los embates de la nieve, motivo por el cual eran construidas con piedra y madera. Tenían poca ventilación y una espaciosa chimenea para generación de calor. En esos campos, se libraron las más cruentas, feroces y despiadadas luchas para el sometimiento de la humanidad. Fue en esas tierras donde las iyami fun fun y dun dun se enfrentaron con el propósito de conquistar el mundo, dando inicio a la esclavitud ideológica como herramienta para someter al hombre.

En estos encuentros los ejércitos del mal, que vestían atuendos negros y una cinta roja para diferenciarse

de sus adversarios, lograron triunfar, sometiendo a las tropas del rey fun fun. Algunos sobrevivientes decidieron huir a otras tierras en lejanos continentes, para reencontrarse con sus familiares y miembros de los linajes de la época, buscando reunificarse con el objeto de preservar sus principios consagrados en las leyes de la creación. El sometimiento del hombre era lo más humillante, pues no aceptaba ser encadenado como bestia salvaje para ser explotado, produciendo para sus captores, y convirtiéndose en simple máquina humana. Sus sueños eran poder caminar entre la inmensidad de la naturaleza, como Dios lo había enviado a este mundo, para ser libre, útil, prosperar y reproducirse para preservar su especie.

Esos combates donde desestabilizaban a sus oponentes para satisfacer sus ansias de sangre, dejaban sembrada en lo profundo de arenas y rocas, la fulminante impresión de rastros humanos producto de la victoria dun dun. Eso traería como resultado apoderarse del botín, esclavizando a mujeres y niños, ancianos y hombres, para ponerlos al servicio de su proyecto. Pero todo no quedaba ahí, pues la instauración de ese modelo perverso y criminal, duraría décadas irradiando, hasta llegar a recorrer otras tierras lejanas. Sin lugar a dudas en lo más alto de las montañas y en esos altiplanos donde también buscaron engrandecer su imperio de miedo, esas prácticas milenarias habían llegado a la garganta boscosa, donde se conjugan los grandes males de la tierra zigzagueada de agua dulce, que brotaba de los manantiales atravesando de un

extremo a otro, para reconciliarse con los cristales de ponto que se encontraban distantes, pero frente a frente uno del otro.

Sin embargo esta lucha nunca terminará, pues los fun fun también tienen dominio de sus reinados y están prestos a no ceder ni un milímetro de su tierra y espacio, y a la vez, los principios de dignidad apegados a la libertad junto a sus fieles creencias protegiendo a los suyos. Esto es lo que muchos debemos tener presente en nuestra vida hoy en día. No podemos ser esclavos de otros encantadores, para desvirtuar ese principio sagrado que desde lo más profundo del universo, se rige como ley Divina. Dichas estas palabras, fueron a descansar del trago amargo pasado con esta inoportuna visita.

Varios meses transcurrieron y en la Facultad de ciencias agrícolas, al igual que en el resto del recinto universitario, se promovían los nombres y candidaturas de quienes aspiraban a ser sus representantes en las diferentes instancias estudiantiles. Luis Torres (o LT, como muchos lo llamaban de manera afectiva), andaba de aula en aula y de pasillo en pasillo, llevando al colectivo estudiantil el mensaje y propuestas de un plan programático alternativo, buscando ganar espacios e impulsar nuevos proyectos con ideas innovadoras que generaran el espíritu de cambio dentro de la casa de estudios.

Diversidad de acuerdos y alianzas con muchos movimientos con el fin de ganar dicha contienda, pero además, mantenía encuentros y reuniones con profe-

sores de diferentes Facultades, encontrando nuevos aliados en el área académica que ayudaban a impulsar importantes líneas estratégicas, para el crecimiento y transformación que promovía en ese proceso. La evaluación y seguimiento se hacía permanente con el solo propósito de mantener el pulso y corregir algún error que se pudiese estar cometiendo. El día de las elecciones desde muy temprano, todos buscaban y llevaban compañeros de clases a votar. El ambiente concurrido y el afecto que recibían, demostraba el liderazgo que estaba naciendo ese día en las aulas, donde acudían a sufragar.

LT y sus aliados afinaban los últimos detalles evaluando diferentes escenarios a pocas horas para concluir el proceso. Todos lucían tensos pero sus rostros a su vez transmitían la sensación de alegría y confianza, dado el extraordinario trabajo desplegado por cada uno de sus integrantes. Culminada la jornada electoral, se dio inicio al conteo en cada uno de los lugares donde se sufragó. De manera democrática y transparente, abrieron las cajas y comenzaron a contar las boletas. Previo a esto se revisaron los cuadernos electorales para corroborar la cantidad de personas que había acudido a ejercer su derecho, y además saber cuántas papeletas quedaron, procediendo a anularlas definitivamente. Después de haber cumplido todos esos procedimientos establecidos en la norma, decidieron ir al pizarrón y lo dividieron en varios bloques y casillas con la intención de anotar los nombres de los candidatos y los votos que iba obteniendo cada uno.

Pasados algunos minutos se comenzó a ver la significativa ventaja que el candidato del cambio llevaba sobre su contrincante, algo así como ocho a favor y dos en contra. Esta relación se mantenía en la Facultad donde él estudiaba y en el resto de sus aliados pertenecientes a otras carreras, la diferencia era menor pero relevante, garantizando el triunfo en toda la universidad e imponiéndose la fórmula en la cual Luis participó. Esa noche después de conocer los resultados oficiales divulgados por la autoridad comicial, todo se tradujo en felicidad para quienes de una manera u otra contribuyeron a garantizar esa victoria transparente, contundente y con participación masiva.

Se planteaban nuevas interrogantes y compromisos. Y por supuesto, cumplir la palabra empeñada era prioridad, dando respuesta a quienes habían confiado en él. Ahora la responsabilidad era mayor, pues los retos por venir significarían el impulso de su carrera como luchador social y conductor de masas. Se había convertido en el nuevo presidente del centro estudiantil de la Facultad más grande y con mayor población educativa de su provincia. Eso decía el oficio que le entregaron el día que recibió el nombramiento, de manos de las autoridades que condujeron la contienda de manera loable.

Tras varios meses de trabajo y frecuentes reuniones con diferentes sectores universitarios públicos y privados, logró que se aumentaran las becas de estudio y mejorar el transporte para la movilidad de los estudiantes, permitiendo incrementar la matrícula de sus miembros. Así

mismo concretó un convenio con empresas prestadoras de salud y asistencia sanitaria, donde los estudiantes solo cancelarían el 50 % del costo por atención y gastos médicos. De igual forma, con el sector empresarial y agrícola acordó la donación de alimentos, con el objeto de aumentar el número de platos servidos en el antiguo comedor de la institución.

Después de muchos aciertos y desatinos lograron firmar un acuerdo con una empresa de telecomunicaciones y las autoridades decanales, para instalar la red de internet, beneficiando a todo el estudiantado. Aún mantenía su ritmo acelerado de trabajo enérgico y efervescente, puesto que la misma dinámica asumida, exigía tener presencia en los distintos escenarios en los que se desenvolvía. En la ciudad se había comenzado a sentir nuevamente el malestar de sus habitantes por los innumerables problemas que estaban atravesando. En muchos lugares se presentaban protestas, conatos y choques entre la fuerza pública y sus pobladores. La inestabilidad y descontento se generaban por la falta de atención y los malos manejos del tesoro público, según comentarios cotidianos. En los pocos medios que mantenían vigencia sin haber sido censurados aún, temían que todos estos elementos se convirtieran en caldo de cultivo para fomentar cualquier desenlace violento.

Nadie podía predecir en qué terminaría esto. Sin embargo, la gente seguía en la calle exigiendo soluciones que nunca llegaban, aumentando el malestar entre quienes vivían la pesadilla de no tener electricidad,

transporte, salud, alimentación, agua, seguridad, etc., y enfrentando una inflación que anulaba el poder adquisitivo. Aun cuando los principales embalses alimentados por los ríos provenientes de la sierra estaban en su máxima capacidad, ese recurso natural no fluía en las tuberías para aliviar la sedienta necesidad de la colectividad. LT a pesar de su corta edad y poca experiencia, tenía el don de poseer buen olfato social, y su alta motivación hizo que en varias ocasiones se acercara a acompañar a los protestantes que cerraban calles y avenidas, como medida para hacerse escuchar por quienes detentaban el poder.

Afirmaba que esa situación era inadmisibile. No se justificaba, según él, ver tanta desidia e injusticia sin recibir respuesta alguna de las autoridades. Era desesperante el comportamiento gubernamental, por lo que se preguntaba para qué estar en el poder si no se van a tener los más mínimos síntomas de humildad, solidaridad, respeto al prójimo y disposición a buscar soluciones. Sostenía que «el gobierno debe ser para impulsar el desarrollo y progreso de sus ciudadanos, y promover mecanismos que le garanticen el mayor nivel de felicidad y calidad de vida posibles».

Creía haberse equivocado al pensar que solo desde su enfoque, desde donde se discuten las ideas y nacen las luces, podría patrocinar los cambios ineludibles y necesarios para la gente. Había descubierto en medio de aquella incertidumbre colectiva, que tendría que transitar un camino escabroso lleno de dificultades impensables y atravesar ese túnel oscuro que no se le

ve final. Representaba el desafío donde menos luz se visualizaba, y eso pudiera desencadenar experiencias poco halagadoras para los que transitaban esos caminos llenos de sufrimiento, generando un profundo dolor para cada esperanza llevada en el alma.

Y precisamente su alma estaba agotada de tanta desgracia junta, como compañera. Pensaba entonces que sus pensamientos siempre han estado puestos al servicio de quienes menos tienen, de aquellos que son vulnerables debido a las condiciones que los mantienen excluidos, por no tener las mismas posibilidades que los demás, dado que su condición social y económica no les permite ser competitivos frente a los que más tienen. Esto mayormente se debe a los desequilibrios que puedan existir, pero también es producto del ambiente donde se desarrollaron.

Es necesario enseñarles a pescar y no regalarles el pez; que sean verdaderos emprendedores para que entiendan el valor de las cosas y el esfuerzo que debe hacerse para conseguirlas. Pero además, puedan mantenerse en el tiempo generando felicidad, progreso y estabilidad. Se debe creer en el hombre libre de ataduras, el que Dios envió a este mundo, deslastrado de odios, rencores y despojado de la violencia que pueda contribuir a contaminar su mente, haciendo de su alma esclava de cuanta frustración pueda tener su espíritu. Esto último pudiera convertir su corazón en un desierto árido donde no florece la solidaridad, el amor por sus hermanos y mucho menos la sabiduría que cada día debemos cultivar para hacernos grandes.

Debemos pedirle al Creador que nos permita reconocer los errores y tener claridad, al momento de tomar las decisiones correctas y conseguir el camino para poder guiar a quienes nos acompañan, por un sendero menos tortuoso. Siempre hay que dar el ejemplo para que quienes nos siguen, puedan sentirse orgullosos de caminar a nuestro lado con la mirada en alto, sin nada que los avergüence.

Esas fueron las ideas que aquella noche le transmitió al equipo donde se encontraban profesores y estudiantes, pero además, entre ellos estaban los de su entorno y círculo más cerrado. Así lograron comprender cuáles eran sus ideas y por supuesto las razones de la inquebrantable lucha. Varios de los que participaban en esa tertulia coincidían con él. Pero el objetivo que buscaba era generar una lluvia de ideas que les permitiera a todos reflexionar, sacar conclusiones, pero también propuestas que sirvieran para seguir captando adeptos a tal propósito.

Miguel Ángel era parte de ese entorno y había sido electo como figura estudiantil en su Facultad. Además, era fiel creyente de impulsar el acompañamiento a quienes desde la calle reclamaban sus derechos vulnerados permanentemente, debido a la situación atravesada por el pueblo. Eso era algo que él vivía a diario en su propia casa. Como todo joven apasionado lleno de vigorosidad y romanticismo, creía en la mediación, el diálogo y la concertación como herramientas indispensables para abordar y resolver las dificultades en cualquiera de las instancias.

Creía que lo importante era dar la cara de manera responsable, asumiendo de forma pacífica los problemas, para alcanzar los objetivos propuestos con resultados satisfactorios. Así mismo la profesora Clara y otros docentes que participaban en dicha reunión, mantenían el criterio que el problema más grave que estaban atravesando sin duda alguna era la pérdida de valores. Esto no significaba otra cosa que la crisis educativa, aunada a la deserción del talento humano por la poca remuneración, la falta de apoyo y estímulos de profesionalización, circunstancia que se traducía en abandono de las aulas. Asimismo había que sumar otras variables, como por ejemplo el germen del egoísmo, enquistado en lo más profundo del tejido social, contribuyendo a la descomposición que estaba viviendo en el momento la sociedad.

Algunos pensaban que necesitaban formar parte de algún grupo de vanguardia existente para el momento, donde el resultado de esa lucha había desencadenado incalculables problemas más profundos, junto a la pérdida de vidas inocentes y la separación de muchas familias, producto del reclutamiento y secuestro forzado para ser parte de sus filas. Otros preferían participar en un movimiento propio distinto a los ya existentes, que pudiese marcar una ruta totalmente diferente a la promovida por los actores de siempre, buscando un verdadero acuerdo social y de convivencia mutua.

Indiscutiblemente sobraban las ideas, pero también las justificaciones y argumentos para querer construir una nueva propuesta transformadora. Se hacía nece-

sario enrumbar al pueblo por un camino distinto y lleno de progreso. Se generaban en el seno de este movimiento muchas sugerencias, sin embargo el debate se había extendido hasta muy tarde, y ya agotados, pensaron que era hora de marcharse. Además el encuentro había logrado resultados, pues el equipo cada día estaba más cohesionado en su engranaje, manteniendo la unidad de criterios para definir la estrategia a seguir. Debían construir entonces una hoja de ruta bien definida en torno a esa visión de vocación de poder que todos compartían.

En ese encuentro acordaron mantener el acompañamiento a las protestas que venían suscitándose en los diferentes espacios de la ciudad. La idea era instaurar la presencia permanente de cada uno, para poder dar apoyo a los habitantes de los sectores donde se presentaban estos movimientos sociales, con el objeto de solidarizarse con ellos. Sin embargo, los enfrentamientos entre la fuerza pública y sus pobladores no pasaban desapercibidos, y muchos sabían que entre los que participaban había infiltrados promotores de violencia y caos, pero también agentes gubernamentales de civil que se encargaban de recopilar información de los organizadores, logrando obtener nombres, direcciones de habitación, y hasta primeros planos de ciertos rostros para luego ser buscados y apresarlos.

Les elaboraban un sinnúmero de falsas acusaciones y les fabricaban delitos, con la finalidad de criminalizarlos e imputarlos, manteniéndolos callados ante los medios de comunicación. A la vez, hacían esto a todo

aquel que promoviera la expresión del descontento colectivo que se venía gestando hacía tiempo ya.

Días atrás, LT se reunió con su padre para conversar sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad, pero además tocaron un tema de trascendencia y costumbres ancestrales relacionado con su familia, pues faltaban pocos meses para sacar los restos mortuorios de su abuelo, el padre de su papá. Es costumbre dentro de la cultura wayúu, que después de determinados años de fallecido, al difunto se le haga un segundo velorio para conducirlo por el camino a Jepirra, ritual en el que participan todos sus familiares.

Ese día llegó Nicanor (Makumasay) acompañado del comisario Dimas, quien lo había llevado en el vehículo oficial asignado a su investidura. El encuentro tenía días planificado por Ceferino, sin embargo su hijo estaba ahí por coincidencia. Entraron a la casa, y LT exclamó con cierta jocosidad:

—¡Mi tío!, ¿cómo está? El hombre sin sombrero le contestó que bien, y ya en la enramada de la casa, agregó:

—Conozcan al comisario Dimas, amigo de toda la vida.

Se estrecharon la mano, dando cada quien su nombre en señal de presentación. Dimas sonrió de manera fría y pensativa preguntándole al joven:

—¿Y tú que haces?

Quería estar seguro de que se trataba de la misma persona. LT le respondió:

—Estudio en la universidad y soy presidente del centro de estudiantes. El policía volvió a sonreír, se sentó, y comenzaron a planificar todo lo que tenían que hacer

y buscar para viajar con lo necesario y lograr cumplir el ritual, en ese segundo velorio que tendrían que hacer al inolvidable amigo que partió hace años al otro mundo. En medio de la conversación que tenían, María les llevó café recién colado en pocillos plásticos. El aroma se sentía aun al aire libre, mientras los labios se quemaban al momento de tomar un sorbo.

La tertulia se tornaba interesante y entretenida, todos hablaban, opinaban, dándole cada quien su toque personal tratando siempre de mantener esas costumbres culturales con mucho respeto a sus difuntos. Sabían que Maleiwa, el dios del cielo, los cobijaba en su paraíso celestial. Todos estaban emocionados porque aun siendo de castas diferentes, al final todos eran wayúu. Y aunque ellos estaban ayudando a organizar todo el ritual, esta responsabilidad era de las mujeres de la familia materna del difunto. Aprendieron de sus abuelos la costumbre de extraer la osamenta y limpiarla con licor, colocándola luego en un cofre pequeño para ser depositada en los osarios de la familia.

Pero además, esos días compartían entre todos los asistentes, sacrificando animales para preparar su comida tradicional, y tomar las bebidas típicas. Todo esto simbolizaba el regreso de ese espíritu que venía nuevamente a reencontrarse con familiares y amigos, para así continuar finalmente su camino por aquellas tierras cubiertas de cactus y cujíes, donde la brisa conduce a las almas buscando el camino de la luz eterna.

Terminada la reunión se despidieron, no sin antes Ceferino ponerse a la orden del comisario. De igual

forma Luis Torres le expresó que por la universidad estaban para servir y ayudarlo. Dimas muy amablemente contestó que si ellos eran familia de su hermano Makumasay, entonces también eran su familia. Se dieron la mano, y montaron en el carro buscando entrar a la vía que los conduciría a la ciudad. Tras varios minutos de recorrido, Dimas decidió abrir la boca mordiéndose los labios para comentarle a su compañero de viaje una inquietud.

—Tengo que confesarte algo sobre ese muchacho, como hermano mío que eres. (Esa hermandad había nacido hace muchos años, en tiempos de su juventud, pero aún perduraba manteniéndose intacta a pesar de los sinsabores de la cotidianidad, que muchas veces se presentaban de manera inesperada ante la vida de cada uno). Sin embargo, lograron reencontrarse en el camino después de tanto tiempo y aún continuaban unidos.

—Dios sabe lo que hace, hicimos muchas travesuras, participamos en infinidad de parrandas, viajes, amoríos con tantas mujeres bonitas, teniendo tú más suerte con ellas que yo. Por cierto ¿qué pasó con aquella muchacha que vivía en la ranhería La Estrella? Tuviste varios años con ella.

El hombre sin sombrero le respondió:

—Con ella tuve un hijo que por cierto se graduó de médico y se fue del país buscando nuevos horizontes. ¿Recuerdas aquella vez hace muchos años que no conseguía trabajo en ninguna parte y fuiste tú quien me ayudó? Estaba desesperado, no sabía qué hacer. Ese día me dijiste que me hiciera esos baños con yer-

bas, miel de abeja y aguardiente. Debo confesarte que no creía mucho en eso, pero lo hice con fe, y fíjate... tengo veinticinco años trabajando en el mismo cuerpo de seguridad. Ocupo hoy el cargo más alto y todo eso te lo debo a ti.

El piache lo escuchaba detenidamente sin interrumpirlo, como adivinando cada expresión que diría, o mejor dicho, como si estuviera leyendo la mente de su amigo. —Déjame decirte algo, le contestó Makumasay. Muchos son incrédulos con esas cosas del más allá. Hace aproximadamente dos años volvimos a encontrarnos, y para mí es una satisfacción seguir compartiendo contigo algo tan sagrado como la amistad, pero solo Dios sabe por qué volvimos a vernos y cuál será la misión que el santísimo tiene destinada para nosotros en su suprema voluntad. No debe ser otra que servirle a las indefensas almas que transitan este mundo, como simples mortales del universo. Y a continuación preguntó: —A todas estas, cuéntame... ¿qué pasa con el sobrino? —No sé cómo decírtelo, respondió el gendarme, pues la información que manejo es confidencial, mejor dicho, clasificada... muy delicada. Te comento: Hace unos días me convocaron a una reunión urgente en compañía de otros jefes de las fuerzas públicas, a raíz de las protestas que se vienen suscitando debido al descontento de los ciudadanos por lo que sucede continuamente en el país. Dejándote dicho que la gente tiene razón, sin embargo, los de arriba quieren tapar todo mandando a detener y metiendo preso a quienes participan en ellas, o mejor aún, a los cabecillas de las revueltas callejeras...

—Ahí se acordó abrir una averiguación con la Dirección de Inteligencia, para indagar los nombres de quienes participan de forma directa e indirecta en esos acontecimientos. Propusieron hacer un seguimiento a todos los dirigentes estudiantiles de la universidad, porque se estima que quienes están detrás de todo esto son ellos, más un grupo de personas de diferentes zonas que se ha dedicado a promover actos anárquicos y desestabilizadores, al margen de la ley...

—En ese encuentro presentaron algunas fotografías, entre las cuales está la de ese muchacho. Con esto no quiero decir que sea así, mejor dicho, que sea culpable o responsable, sino que debe andar con mucho cuidado. Es más, me atrevo a decirte que siempre debería estar acompañado de algún amigo cuando ande en la calle. Trata de hablar con su papá y explícale para que lo ponga al tanto, y no lo tomen por sorpresa. Makumasay medio inquieto le comentó:

—Ese es un muchacho sano, de familia trabajadora, estudioso... lo conozco desde niño.

—Me dio la impresión que es buen muchacho y te creo todo lo que me cuentas. Pero eso es así, mi hermano, él tiene que estar alerta ante lo que te conté.

El malestar e incomodidad social seguían manteniendo un ambiente de rebeldía permanente; los meses seguían transcurriendo en medio de los vaivenes cotidianos, traducidos en descontento y los niveles de acecho y persecución se acentuaban por parte de quienes administraban el poder.

CAPÍTULO IV

EL ENCUENTRO

Era media tarde de aquel viernes cuando Dimas dispuso junto a un grupo de gendarmes bajo sus órdenes, salir a patrullar las cercanías del puerto. Allí también se encontraba parte del casco colonial y algunos establecimientos comerciales que luchaban entre sí para mantener sus puertas abiertas, consecuencia de la profunda recesión económica que venían atravesando.

El comisario se montó en su vehículo oficial, y los demás en sus respectivas motos, y desde la sede salieron rumbo al sitio acordado. El día anterior en la mañana, habían sido convocados todos los Jefes de los cuerpos de orden público a una reunión secreta, tal como se había hecho cotidiano. Ahí se giraron instrucciones precisas de poner en práctica una serie de estrategias para garantizar la seguridad ciudadana. Pero al mismo tiempo, desmontar los movimientos populares que se venían suscitando, y que generaban disturbios y alteraciones en la vía pública. Se hacía necesario abortar todo aquello que desestabilizara el desempeño del poder.

A todas estas, se requería neutralizar a quienes dirigían o encabezaban dichas movilizaciones sociales, privándoles de su libertad y argumentando cualquier señalamiento fuera de lo común y sin lógica alguna. Con el simple hecho de sacarlos de la calle y congelarlos tras las rejas, o con alguna medida judicial o falso positivo,

lograrían este cometido. El objetivo estaba muy claro, no era más que limpiar la calle y mantener la paz social por encima de cualquier cosa.

Estando muy cerca del sitio disminuyeron la velocidad para ir detallando minuciosamente el área que recorrían. Buscaban cualquier situación irregular que pudiese llevarlos a actuar de manera inmediata. Sin embargo, todo transcurría normalmente. Para los agentes, desplazarse era parte de la rutina, tratando de encontrar a quien estuviese infringiendo la ley. Hicieron un recorrido por el área histórica, donde solo se sentía la brisa que movía las hojas en los árboles, pero el silencio se interrumpía al escucharse los motores de los vehículos donde se trasladaban cumpliendo a cabalidad las instrucciones.

El patrullaje continuó tal cual lo tenían planificado en agenda. Siguieron con la rutina, hasta llegar a un pequeño local donde expendían granizados de diferentes sabores, llamado Maleiwachón. Se estacionaron para comprar y disfrutar de los deliciosos y refrescantes raspados. Luego de hacerlo, decidieron continuar con sus labores, y tomaron rumbo hacia el puerto, donde aún faltaba revisar.

Estando en las inmediaciones del mismo, observaron a tres individuos en actitud sospechosa. Dos de ellos traían en su poder unas bolsas de papel, mientras que el tercero usaba una chaqueta y gorro de mariner. Les dieron la voz de alto para que se detuvieran, pues se notaban apurados. Al detenerse, ipso facto se les ordenó que se identificaran, siguiendo el protocolo al

dar las horas y llamarlos ciudadanos. El de la chaqueta respondió con acento extranjero, lo que dejó saber que no eran oriundos de estas tierras.

—Oficial, andamos indocumentados pues mis compañeros y yo dejamos nuestra identificación resguardada en el barco, por temor a extraviarla en la calle.

—¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre de pila es Sebastián Morell, capitán del barco Doña Sofía, de bandera española, y mis compañeros son Diego María de La Vega, primer piloto, y Alejandro Santamaría, jefe de máquinas.

—¿Todos son de nacionalidad española?, preguntó el jefe Dimas.

—Somos de Sevilla, España, vivimos allá, respondió el capitán Morell, para luego preguntar él: —¿Por qué quiere saberlo?

—Están sin documentación y sin los permisos respectivos. Debería saber que al desembarcar, es obligatorio llevarlos con ustedes, pues de lo contrario incurren en infracción de la ley. Tendré que llevarlos a la comisaría, por no cumplir los convenios internacionales.

¿Cuáles eran esos acuerdos marítimos? El propio comisario no los tenía claros, solo había escuchado a unos buenos amigos que los mencionaron en una oportunidad. Pero frente a sus subalternos no podía presentarse como un desconocedor en la materia, dada la habilidad y astucia de los hombres de Puerto Gallina. Había una especie de gen social colectivo que hacía llevar en sus venas a los pobladores la típica viveza que tenían. Esgrimían una ingeniosa respuesta

como salida a cualquier situación presentada, con el fin de resolver algún inesperado problema.

Tenía presente que él también se desempeñaba como palabrero (usando con destreza la mediación entre las partes para conseguir de manera amigable una solución pacífica de algún conflicto), de manera que después de haber conversado algunos minutos con los extranjeros, al capitán se le ocurrió la idea de invitar al comisario y a los demás agentes al muelle. Quería que conocieran el barco, surto muy cerca de donde ellos se encontraban, y tener la oportunidad de subir a buscar la documentación y mostrársela.

El comisario palabrero accedió a la propuesta queriendo ser consecuente y solidario, y mientras caminaban, el capitán mantuvo una conversación amena y cordial, logrando romper el hielo que los separaba. Pero el objetivo siempre sería hacer amistad con los tripulantes, buscando unir lazos de solidaridad con culturas distantes, pues la filosofía transmitida por sus ancestros, radicaba en que el mundo da muchas vueltas, y no es posible saber en cuál de ellas le tocará a él necesitar de los demás.

Sebastián subió a buscar su documentación, mientras que el resto de la tripulación lo esperaba junto a los gendarmes de la fuerza pública. Frente a aquel coloso de acero, que se encontraba atracado en las azules aguas serenas aquella tarde, las aves llegaban buscando algunos granos regados sobre el rústico piso de concreto para alimentarse, más allá de los numerosos contenedores que cubrían la superficie por-

tuaria. Transcurridos unos minutos descendió Morell acompañado de un ayudante, que traía una caja de mediano tamaño.

Mostró al comisario su respectiva documentación y la de sus compañeros, subsanando el *impasse*. Seguidamente introdujo la mano en la caja, y sacó una botella de *scotch* con la imagen de un hombre de edad avanzada, dándosela al jefe mientras este sonreído por el inesperado obsequio, le daba la mano como forma de agradecimiento. Pero además, el resto de los uniformados recibió cada uno, una botella de otra bebida. El capitán le hizo una señal a Dimas para hablar en privado y él se acercó al marinero, quien lo invitó a almorzar al día siguiente, pidiéndole que escogiera el lugar. El comisario sonrió de nuevo, y le respondió que no se preocupara, que se encargaría de buscar un buen restorán.

Acordaron que lo recogería al mediodía en el muelle para compartir almorzando y celebrar que había nacido una nueva amistad. Añadió con jocosidad que mañana no fuera a salir sin sus documentos, lo que produjo hilaridad en ambos, que sonriendo se dieron la mano calurosamente. Al día siguiente tal como estaba pautado y a la hora acordada, Dimas pasó a recoger al español para llevarlo a comer algo típico, delicioso...

Decidió que irían a Kaichon, un lugar acogedor con varias enramadas y algunas plantas ornamentales que colgaban y otras que adornaban el lugar en grandes macetas. La instalación estaba cubierta por frondosos árboles frutales que al llegar la primavera se vestían de amarillo,

haciendo del sitio un paraíso familiar. Había además jaulas de variados tamaños en las que podía apreciarse diferentes especies de aves exóticas y tropicales.

El colorido resaltaba en su plumaje, y podía verse un antiguo molino con aspas de diferentes matices, que al rotar impulsadas por la fuerza del viento bañaban de colores los alrededores, estimulando a las aves silvestres a posarse en las ramas y darse un baño refrescante, para luego dejar escuchar los armónicos cantos que trasladaban a los visitantes a un reservorio dentro de la ciudad, en un ambiente muy acogedor. Allí se respiraba paz, tranquilidad, armonía, y se comía muy sabroso, con una atención espectacular. Al llegar fueron recibidos por los empleados, ofreciéndoles el menú y la especialidad de la casa: ovejito guisado, o como diría Morell, un buen estofado. Pero además el ovejito asado en brasas era una *delicatesse*, y venía acompañado de una bebida refrescante producto de la molienda y cocción del maíz, para producir la buena chicha.

Estando ahí llegó Makumasay, también a comer algo. No se percató que retirado de donde se sentó, en otra enramada, estaba su amigo de toda la vida. Desde pequeños se conocían, pues estudiaron en la misma escuela, por ser vecinos de la misma barriada, aun cuando pertenecían a castas distintas. Al notar su presencia se acercó a los dos hombres reunidos. Dimas, al verlo, se levantó y lo abrazó, diciéndole:

—Mi hermano, ¿qué haces tú por aquí...?

—Bueno, tratando de no perder la costumbre, como buen guajiro, de comerme un ovejito, y ver si tienen friche. Aquí lo preparan muy sabroso.

Enseguida Dimas lo presentó al capitán, a quien le dijo que se trataba de un hermano que le dio la vida. Morell se levantó estrechándole la mano, y lo invitó a sentarse con ellos. Los tres hombres comenzaron a conversar y reír con las historias que cada quien contaba, haciendo muy ameno el encuentro, pero además, esperando la comida que habían ordenado. En esos minutos de tertulia intercambiaron sus números telefónicos, correos electrónicos y toda aquella aplicación o plataforma que les permitiera comunicarse y estar en contacto.

Después de almorzar, el trío comentó que la comida estuvo exquisita. Sebastián opinó que el estofado estaba «de la madre», y sus dos acompañantes preguntaron qué significaba tal expresión.

—Como dicen en España, «fuera de control», en cantidad, calidad y sabor. Todos rieron y siguieron conversando un buen rato, hasta que se hizo presente un mesero con una botella de licor y unos pequeños vasos de madera, para servirles la bebida ancestral de la etnia, como estimulante para aligerar la digestión y despertar del letargo en que estaban sumidos, producto de la ingesta. A cada uno les llenó el recipiente y juntos brindaron, exclamando al unísono: «Por una larga amistad». Dicho esto se lo llevaron a la boca y de un solo sorbo, vaciaron los pequeños envases.

El marinero preguntó qué licor tan sabroso y consistente era ese. Enseguida Makumasay le respondió que ese producto es herencia cultural de la etnia wayúu y lo denominan Chirrinchi. El navegante asombrado expresó que nunca lo había tomado.

—Hoy conocí un nuevo alimento para el alma, y esto hace que indudablemente nos unamos más ambos pueblos. ¿Quién podría imaginar cuando nuestros ancestros se encontraron en este continente, que ahora nos tocaría a nosotros conocernos? Este reencuentro es bueno siempre y cuando sea para degustar unos buenos platillos y estrechar lazos de hermandad. Entonces el hombre sin sombrero comentó:

—El mundo da muchas vueltas, y no sabemos en cuál de ellas podremos volver a encontrarnos.

—Bueno mis amigos, los dejo, voy a continuar con lo mío, expresó Nicanor. Les estrechó la mano, se dirigió hasta la caja y canceló lo consumido por él. Dimas hizo señas al mesonero solicitándole la cuenta, y enseguida este se acercó para informarle que su amigo había cancelado la factura. El español reaccionó:

—¡Pues, la cuenta la iba a cancelar yo, que fui quien invité! Bueno, será en otra oportunidad, mi amigo, ya tendremos tiempo de compartir otra vez. Por ahora, creo que es hora de irnos pues mañana temprano debo zarpar con rumbo a mi patria. De inmediato se marcharon para continuar con sus responsabilidades.

Pasaron los meses y la comunicación se mantuvo fluida entre ellos a través del correo electrónico. Cada vez que el «Doña Sofía» atracaba, se encontraban para compartir, comer y beber, y también jugaban dominó. La amistad se fue consolidando hasta el punto de amanecer muchas veces de parranda en cualquier casa, recibiendo al astro Kai con una buena sopa de costilla de carnero, para así calmar un poco la borrachera.

Un día sábado el capitán Morell regresó a Puerto Gallina. Se había escrito varias veces con el comisario para que lo llevara a comer esos succulentos platillos propios de su cultura. Acordaron ir a casa de María Labrador, prima lejana por parte de madre. (Por costumbre étnica, generalmente todos terminan siendo parientes por uno u otro motivo). Al día siguiente fue a buscarlo, pues el encuentro estaba pautado para ir temprano a degustar el delicioso manjar preparado por ella, que según muchos, era el mejor de la región.

El comisario le había explicado que el lugar estaba algo retirado del puerto, al otro extremo de la ciudad. Al llegar los recibió Ceferino, quien acto seguido los invitó a pasar a su sencilla y humilde vivienda. Fueron hasta la enramada donde había varias sillas y un chinchorro de incontables colores, colgado en el borde más sombreado del tinglado. Esta obra maestra de la artesanía wayúu le llamó poderosamente la atención al visitante ibero, por la diversidad de hilos con que estaba elaborado.

Preguntó si podía usarlo para recostarse un rato, a lo que Ceferino respondió de inmediato que claro que sí, que se acostara con toda confianza y se sintiera como en casa. Procedió entonces Morell a abrir la colorida prenda colgante y con algo de timidez se sentó. Seguidamente los demás tomaron sillas para sentarse frente a él, y comenzaron a hablar. A los pocos minutos, María salió a saludarlos y ofrecerles una taza de café, gesto que agradecieron. La conversación

se desarrollaba con fluidez mientras la mujer de la casa junto a su hija adelantaba algunas cosas en la cocina, para honrar la visita de aquel hombre de tan distante procedencia.

Él continuaba disfrutando del vaivén que le brindaba el cómodo y espacioso tejido, con los más hermosos prismas resaltando su belleza. Aún tomaban café manteniendo la entretenida tertulia que los ocupaba. Eran historias, cuentos y anécdotas que relataban, generando risas y carcajadas.

Transcurrido un largo rato Anastasia y su hermano comenzaron a sacar unas mesas y varias sillas para organizar lo que sería el almuerzo ese día. El humo y el olor a carne asada se sentían en el ambiente, envolviendo el olfato de los comensales. Fueron apareciendo los platos y todo tipo de utensilios de mesa para utilizar en el festín gastronómico wayúu. Luis le dijo:

—Papá, pueden pasar a la mesa, mamá va a servir...

Se levantaron y dirigieron a ocupar cada quien su silla, mientras la patrona de la casa y sus hijos llevaban, desprendiendo aún vapor y aromas estimulantes del apetito, los platos que faltaban. Estando todos sentados, Ceferino rompió el protocolo para presentar formalmente al navegante. Sus dos hijos sonrieron en muestra de respeto y amistad, iniciándose de esta manera el disfrute de la comilona. María Labrador, buena anfitriona al fin y al cabo, le colocó al español un plato con *jurricha* como entremés. Esto es el producto del sofrito de la sangre fresca del animal sacrificado, sazonada con sal, cebollín y algo de ají dulce para repotenciar su sabor.

Los primeros bocados despertaron la atención del hombre de mar, quien mantenía la mirada sobre el platillo que degustaba. Con el paladar impregnado de la típica delicia culinaria, miró a María y expresó:

—Usted tiene manos milagrosas... ¡esto está muy rico!, ¿vale?

—Muchas gracias, honor que usted me concede...

—Solo a mi abuela le había comido algo parecido, tan sabroso. Recuerdo que ella me contó que siendo aún joven, su mamá le enseñó a prepararla y después que se casó con mi abuelo, siguió haciéndolo, hasta que él cayó preso y las cosas cambiaron radicalmente para la familia. (A pesar de los cambios, su dignidad se mantuvo intacta hasta el final). El dictador Franco fue implacable con quienes lo adversaron, fueron tiempos de persecución y muerte. En los calabozos la tortura era la compañía inseparable de quienes se mantenían tras las rejas; mi familia sufrió mucho, por eso la libertad no tiene precio y es el tesoro de mayor valor que puede tener cada ser humano. A mi abuelo se le podía notar en su cuerpo las marcas y cicatrices producto de la tortura y los terribles maltratos físicos y mentales a los que fue sometido junto a sus amigos. Para ellos, fueron tiempos muy tristes...

Bajó la mirada y se mantuvo en silencio por unos instantes, tratando de recordar los episodios que sus ascendientes narraban con horror. Luis, viendo la tristeza en su rostro, reaccionó para decirle:

—Lo lamento mucho, capitán, pero bueno...

—Este asado está en su punto... excelente, agregó Dimas interrumpiendo al muchacho, mientras los

demás movían la mandíbula, castigando con sus molares la jugosa carne que hacía momentos había abandonado la parrilla sobre leña para ingresar a la boca de los presentes.

Continuaron ocupados degustando la comida entre descripciones y elogios, y se entabló entonces una informal conversación que fue tornándose interesante a medida que avanzaba, pues los más jóvenes querían saber cómo era la vida en Europa, específicamente en la tierra donde nació el navegante. Seguía el diálogo y las expectativas crecían con todo lo que escuchaban, cuando Morell preguntó dónde podía comprar un chinchorro. De inmediato, María le respondió diciéndole que ella los elaboraba...

—¡No puede ser!, expresó asombrado el extranjero.

—Y también tejo mochilas susuu, mostrándole la suya.

El ibero quedó encantado con el diseño, confección y buen acabado, además de la elegancia que transmitía como prenda.

—Quisiera uno de estos y un chinchorro...

—Los confecciono por encargo. Usted me indica cómo los quiere: tamaño, modelo y colores, y en poco tiempo se los entrego.

—Me parece bien, dijo el europeo, y aprovecharé para cancelarlos de una vez. Comisionemos a Dimas para que me mantenga informado y al estar listos los haga llegar al barco. Así concretaron el negocio entre ellos, afianzando la amistad.

El día se hizo largo, pero entretenido, pues el tiempo fue pasando sin que lo notaran preguntando, respondiendo

y contando anécdotas e historias. Decidieron partir entonces, pues estaban algo retirados del muelle, donde el «Santa Sofía» aguardaba que su capitán lo abordara.

En medio de las dificultades que estaban viviendo los habitantes, LT continuaba con sus estudios, buscando obtener buenas calificaciones pero además seguir trabajando con el fin de ayudar a su familia. Por tal motivo había logrado organizar su horario académico al igual que el laboral, aun cuando el pago no era atractivo donde desempeñaba sus labores, pero la necesidad lo obligaba. Estaban a mediados de año y la crisis seguía arrojándolos. Entre los vaivenes de la incertidumbre, siempre en el puerto se observaba la llegada de algunos buques de distintas nacionalidades, ondeando su bandera con la refrescante brisa del mar que siempre acompañaba a la ciudad.

El «Santa Sofía» con su estandarte había dejado de atracar, producto de la crisis, en aquellas aguas serenas que bordeaban la pequeña metrópolis. Los mensajes iban y venían, haciendo que los amigos siguieran en contacto permanente. Morell había tenido que ir a otras tierras lejanas, lejos de su suelo natal, y aún no tenía fecha de regreso a buscar las prendas artesanales, hechas con la destreza manual de María. El encargo estaba listo, solo faltaba entregarlo a su dueño.

Después de un tiempo, Dimas recibió un mensaje del navegante, en el que le decía:

Amigo mío, extraño esos días donde compartimos
en familia.

Espero estar muy pronto por allá.

Sin embargo, cada quien se mantenía en sus labores diarias, atendiendo lo que correspondía. Cerca del penúltimo mes del año, se organizaban las fiestas religiosas para venerar la sagrada imagen de la Madre de Dios, Patrona de aquellas tierras y de sus habitantes. La figura religiosa con su hijo en brazos representaba para su feligresía la esperanza, el amor y la devoción, pues eran muchos a quienes les había concedido favores y hasta milagros. Le solicitaban ayuda para sus hijos y familiares en momentos de dificultad, orando y pidiendo con fe.

Ese mes dedicado a la festividad, se esperaba la llegada de turistas y forasteros, y aunque en menor cantidad que en anteriores años, también era esperado el arribo de algunas embarcaciones donde sus tripulantes fueran a brindar veneración, pero además a dar las gracias y orar llevándole obsequios y presentes a la Virgen como forma de pago por un favor concedido.

Llegada la fecha, y en plena celebración de los actos litúrgicos, el capitán y su nave llegaron nuevamente a las tierras donde el mestizaje permanece latente, profundizando la cultura irreverente impuesta en estas latitudes. Al día siguiente el comisario se dispuso a buscarlo, siendo que Morell le había manifestado en uno de sus mensajes la inquietud de salir a conocer algún sitio tradicional para distraerse un poco del estresante viaje que tuvo debido a las tormentas inesperadas, que enfrentaron en altamar. Pero además, deseaba tomarse unas copas y compartir junto a sus amigos de tierra firme, para alegrar las pocas horas de estadía antes de partir nuevamente.

Decidió entonces llevarlo a un lugar donde presentaban música en vivo con artistas de la región, en un ambiente medio bohemio. Ahí Dimas se concertó con su hermano de toda la vida (el hombre sin sombrero), y compartieron toda la tarde y parte de la noche. Se juraron lealtad, hermandad, confianza y amistad, entre tragos, risas y algunas tapas (como las llamaba Morell), que no era más que el producto del plátano frito aplastado, cubriendo un guiso con abundante salsa.

El encuentro continuó siendo muy emotivo, sin embargo la noche seguía su curso sin detenerse, y los cuerpos comenzaron a padecer los efectos del etanol que circulaba por sus venas. Aunado a esto, Dimas tenía que estar a primera hora en la comisaría y el español en la tarde debía zarpar, poniendo el timón rumbo a su destino en aguas de otras naciones.

Cancelaron el monto de lo consumido, se levantaron y caminaron hasta el vehículo. Dimas abrió la cajuela para sacar una mochila grande y pesada que entregó al viajero, la cual contenía el producto del trabajo artesanal de María. Encendió el vehículo y tomó rumbo a dejar a Makumasay en casa de una de sus amigas sentimentales y continuar al muelle, donde dejó a su otro compañero de tragos.

En el trayecto Morell comentó que la travesía y el intercambio convencional tendía a reducirse un poco, debido a la pandemia que estaba apareciendo en el mundo, pero además los fenómenos climáticos por el calentamiento global, hacían que cada día la actividad

en la obtención de materia prima y elaboración del producto final terminado, bajara su demanda. Esta situación hacía reducir el envío de cargas a diferentes puntos del mundo, contribuyendo así al incremento de la pobreza, ya que coartaba posibilidades a los más vulnerables, sumergiéndolos aún más en un mundo de desigualdades. Para ellos, no existía posibilidad alguna de resistir la crisis que se había ido generando en el planeta.

CAPÍTULO V

EL VIAJE

Cara de mapa venía planificando desde hace días realizar un viaje a la finca para evaluar los niveles de producción en sus predios. La familia le había inyectado una suma significativa de pesos con la intención de impulsar y consolidar esta unidad de producción, y esta venía dando sus dividendos. Las cosechas se incrementaban día a día, la producción de leche y queso mantenía su ritmo y su tendencia era a elevarse, lo que se traducía en ganancias y al mismo tiempo incrementaba sus rebaños.

Las cosas en la familia se notaban en franca mejoría en comparación a otros hatos que denotaban desolación y abandono. Sin embargo, la empresa tenía definido que se haría mensualmente una revisión muy exhaustiva, para detectar cualquier falla que se estuviese presentando y corregirla a tiempo. Era costumbre que todos los fines de semana, alguien de la familia fuera a Rancho Grande con el propósito de cancelar los sueldos de los peones, llevarles comida y combustible para el tractor, además de alimentos concentrados y medicinas para los animales.

Consideraban asimismo la posibilidad de cualquier otro aspecto que pudiese presentarse y que debiera atenderse, para mantener las cosas en su justo lugar, pues cada dos días enviaban desde la finca queso, plátanos y leche a la comercializadora. Cara de mapa es-

taba afinando los detalles a fin de llevar lo necesario y no tener ningún tipo de contratiempo para realizar esa travesía en la fecha prevista.

En una de las visitas realizadas de manera fortuita a la vivienda de Makumasay, le solicitó que protegiera las tierras para librarlas de cualquier tipo de brujería o maleficio que pudiese poner en peligro sus cosechas, nacimiento de animales y robos, e innumerables invasiones que nunca faltaban, promovidas por grupos de «terrófagos» apoyados por personeros vinculados a altas esferas del poder.

Mientras, al hombre sin sombrero lo estimulaba solo la idea de despejar su mente, relajarse, buscar otro ambiente, reencontrarse con la naturaleza, respirar aire limpio, alejado de toda la contaminación que en la pequeña ciudad afloraba por el monóxido de carbono, circulante de manera permanente en los espacios donde se desenvolvía. Además, para él se hacía oportuno el viaje, pues en la serranía conseguiría en determinados lugares, el árbol sagrado y algunas raíces misteriosas de plantas que muy pocas veces lograba encontrar, pero que en ese sitio todavía existían. Para él estas eran fundamentales a la hora de elaborar sus trabajos y conjuros, manteniendo esos ingredientes ancestrales con los cuales practicaba la hechicería, apegado a los más elementales orígenes del fun fun.

Esta misión había sido practicada por sus descendientes y transmitida por generaciones hasta sus últimos días de existencia, respetando los pactos hechos con quienes se encontraban en el más allá, enviando

mensajes de esperanza y brindando soluciones a todas aquellas personas que buscaban respuestas a sus desaciertos, por razones que nadie podía entender en la vida, y que no conseguían satisfacer su felicidad plena, debido a que consideraban que el fenómeno del infortunio atravesado en su diario destino, no permitiría cambiar el rumbo de su suerte.

—Así pensaban muchos, pero la verdad es que todos venimos a este mundo marcados desde el Cielo a cumplir cada quien una misión específica asignada por el Todopoderoso. Podemos decir que no todo el mundo nació para ser un humilde servidor de Dios en la figura de sacerdote, ni como médico para salvar vidas y llenarse las manos de sangre en el desarrollo de una cirugía, o ser abogado, ingeniero, o presidente de un país. Hay almas que pueden haber tomado el camino de la prostitución, o el de la homosexualidad, de tal manera que muchos fueron enviados a este mundo sin la posibilidad de procrear y tener descendientes, así como la facultad para negociar con la muerte, o expulsar un demonio del cuerpo de alguna indefensa alma poseída por los más dañinos dun dun esclavizadores de espíritus.

A través de un mandato Divino, todos sin excepción tenemos un propósito en este mundo. Miremos los árboles: todos no tienen la propiedad de darnos frutas para alimentarnos, algunas plantas se pueden consumir pero otras no, algunas hierbas son el vehículo para curar enfermedades, mientras otras son para producir sustancias venenosas que conllevan al

aniquilamiento de los seres humanos. Todo en la vida tiene una lógica o esotérica explicación.

Estas eran las palabras que el alquimista le daba a Inocencio como respuesta cuando tomaron rumbo a las montañas de la espesa selva. En ese territorio se encontraba la finca adonde iban a pernoctar. Él quería saber por qué motivo se dedicaban a hacer el mal, como mecanismo de maléfico propósito. El viaje continuaba y la carretera se hacía larga y cansona, agotadora, mientras la piel comenzaba a mojarse producto del sudor que brotaba, como pequeño manantial que paría gota tras gota, humedeciendo el rostro. El calor se intensificaba mientras que las montañas se veían muy lejos de donde ellos iban en el recorrido.

En el trayecto, se observaban grandes galpones desmantelados sin techo y algunos trozos de vigas de acero que aún sobresalían de la superficie arenosa. Asimismo a lo lejos se visualizaba algunas paredes de bloque donde algún día existió una vivienda. En la inmensidad del terreno solo podía percibirse innumerables yerbas silvestres que lo adornaban y según lo contado por los pobladores, había sido una de las fincas más prósperas en la producción de ganado vacuno, pollos y gallinas.

Todo había desaparecido como por arte de magia después que tomaron por asalto las instalaciones dedicadas a producir alimentos y garantizar la seguridad alimentaria.

—Esto es lo que no quiero que me pase, decía Inocencio, pues muchas fincas como esas que viste, las saquearon y hoy son solo ruinas. Imagínate todo lo

que cuesta levantar y poner a producir para generar bienestar, alimentos y riqueza a quienes nos dedicamos a este arduo trabajo del campo, para que venga un grupito de desadaptados a saquear lo tuyo con el aval de altos jerarcas. Pues déjame decirte que a todo el mundo no le gusta dedicarse a la tierra, a la siembra, a los animales, que es lo que me comentabas hace un rato, hay quienes no nacieron para esto, somos muy pocos los elegidos para tal fin.

Bueno, podría decir que Dios me consideró para esa lista de productores del campo. Es una emoción ver cuando una vaca pare, agregando uno más a la manada, haciendo crecer los lotes de ganado. Y da alegría ver florecer los árboles para luego de unos meses saborear la fruta que nos brinda la naturaleza, despertando esa esperanza que nunca se puede perder, pues la fe es la herramienta más poderosa que podemos cultivar, para engrandecer el espíritu de superación que tenemos guardado en lo más profundo de nuestro ser. Solo nos toca regarla todos los días y luego recoger el producto del esfuerzo y constancia. Nada llega solo en la vida, todo es producto del trabajo y la perseverancia.

Después de un largo recorrido podían contemplar el río fluyendo rápidamente entre cantidad de grandes rocas encontradas en su trayecto, antes de atravesar un puente de concreto a poca velocidad. Continuaron el viaje y a medida que iban avanzando se apreciaba a simple vista el cambio de vegetación. El clima se tornaba más agradable a medida que la humedad cedía y bajaba la intensidad del calor, haciendo el via-

je más llevadero. Faltando pocas millas para llegar, se detallaban inmensos árboles que cubrían ambos lados de la carretera, formando una especie de paraguas que bloqueaba los rayos del sol que luchaban intensamente para penetrar el espeso ramaje. Estas ramas saboteaban al astro rey en su empeño de acariciar con su influjo el áspero asfalto que los guiaba en su largo recorrido.

Según Inocencio, la finca estaba muy cerca. La hermosura de las cadenas montañosas cubiertas del gran verdor que exhibían, se podía divisar a lo lejos, simulando una inmensa grama de jardín. El vehículo fue bajando la velocidad y más adelante se encontraron con un portón indicando la entrada a la unidad de producción familiar muy bien conocida por los lugareños.

Cara de mapa bajó de la camioneta cargada con todo tipo de enseres, estiró sus piernas y brazos y se dirigió a abrir la puerta hecha con barrotes de hierro. Metió su mano y deslizó el pasador dejándolo libre para que las bisagras hicieran el resto del trabajo. Desde ahí hasta donde se encontraba la casa, había una trilla de arena y piedras por donde tendrían que transitar. Se embarcó nuevamente y siguieron su rumbo, y ya frente a la casa estacionó, apagó el motor y bajaron ambos con deseos de descansar. Era ya media tarde, y el capataz los recibió junto a su mujer y dos perros que movían la cola dándoles la bienvenida.

Makumasay metió la mano al bolsillo del pantalón y sustrajo un puro que encendió de inmediato. Respirando profundamente, exclamó dando gracias a Dios

por haber llegado. La tarde comenzaba a despedirse muy lentamente pero el cansancio permanecía. Minutos después llegaron unos peones y junto al capataz comenzaron a descargar la camioneta, bajando todo lo que había, excepto el equipaje que minutos después cada dueño tomó para dirigirse a la respectiva habitación donde pasarían la noche. Estando dentro de la suya, el hombre sin sombrero abrió el maletín y sacó una toalla, un pantalón, ropa interior y una camisa junto a las cotizas de goma.

Salió luego al corredor y pidió a la señora la ubicación del baño, buscando refrescarse un poco y mitigar el agotamiento. Quería sentarse recién duchado, a respirar aire puro para despejar la mente y superar el estrés del viaje, en medio de aquel verdor que transmitía paz y tranquilidad a su alma. Pasado un corto tiempo, escuchó una voz que lo llamaba para que fuera a comer, y caminó en dirección al comedor. Al entrar, se encontró con Inocencio esperándolo para cenar.

Habiendo comido, cada quien se acostó a reposar en un chinchorro. Solo los ronquidos y el cri cri de los grillos lograban romper el silencio. Aún en oscuridad, pasadas unas cuantas horas, comenzó a escucharse el canto de los gallos junto al murmurar de los peones, mientras saboreaban una taza de café caliente para iniciar la faena del día.

Makumasay estaba acostumbrado a levantarse muy temprano, y ese día no iba a ser la excepción. Aun cuando la noche anterior el agotamiento lo había dominado totalmente, despertó y se activó con rapidez, salió de la

habitación y se dirigió a la cocina donde la llama producida por la madera seca ardía resplandeciente en el fogón, alumbrando el pequeño cuarto donde se cocinaban las exquisitas comidas típicas del campo y/o la cacería. Minutos más tarde el sol comenzó a ser irradiado por los árboles saturados del rocío mañanero. Este fenómeno deslumbraba la vista de quien se detenía a observar la belleza y esplendor del acogedor lugar.

Contemplando el hermoso espectáculo que evidenciaba el poder supremo del Creador dándonos muestra de su infinita grandeza, la señora le había ofrecido un café caliente, para terminar de despertar el cuerpo. Inocencio no había aparecido, y el hombre sin sombrero tertuliaba con los peones, escuchando algunas historias suscitadas a lo largo y ancho de aquellos lugares apartados de la civilización.

Esa mañana, en medio de los oficios cotidianos ejecutados por Simonia, quien era la esposa del encargado, esta comentaba mientras preparaba unas arepas de maíz pilado, que dentro de la finca aparecía en las noches una luz que se movía en varias direcciones. «En algunas oportunidades he escuchado que esa especie de lámpara encendida la han visto en el camino a la serranía; otros comentan que se esconde entre los troncos de los árboles más frondosos, para que nadie descubra quién es el que la lleva. Siempre se escuchan todos estos relatos por estos sitios», agregó, mientras seguía con sus labores gastronómicas.

Su edad era algo avanzada (algunos mechones de canas en su cabello la delataban), lo que podría inter-

pretarse como símbolo de seriedad en lo que estaba narrando. Todo indicaba que conocía muy bien esos lugares, pues la cara redondeada y los pómulos pronunciados, resaltaban sus rasgos indígenas. Además, usaba la vestimenta típica: una manta colorida con estampados que los nativos de la zona usan diariamente, junto a las guaireñas tejidas con suela de caucho producto de la inventiva para calzarse y poder proteger sus pies de la arena, piedras, o algún golpe que pueda sufrir en sus dedos.

La conversación se había hecho amena e interesante, pues esos temas al chamán le despertaban suspicacia, y si en esas tierras se presentaba este tipo de visiones paranormales, seguramente estaban ante la presencia de una guaca de morocotas o artículos de gran valor. Debido a esto, él seguía escuchando con interés las historias, pero al mismo tiempo preguntaba por algunos aspectos de interés personal. Es por eso, que se dirigió a la señora:

—Dígame una cosa, mi señora... me comentó el patrón que dentro de la finca se encuentra un árbol de semillas de zamuro. ¿Usted lo ha visto?

Ella echó a reír...

—Ja, ja, ja. ¡Claro que sí!, pero está en lo profundo de la selva y por esos lados asustan. Dicen que sale un espanto en pena... bueno, eso es lo que dicen los peones.

Los minutos transcurrían mientras la mujer seguía conversando muy afable y preparaba minuciosamente el desayuno, cuidando cada detalle para acompañar los huevos revueltos, además de la cuajada aliñada

con cilantro y cebollín picado en pequeños trozos, sin dejar a un lado el aromático café que en ese lugar cultivaban, por lo que se había convertido en el más fiel compañero de vida de los pobladores.

Inocencio ya se había alistado para desayunar junto a su compañero de viaje. Fueron hasta la mesa donde los esperaban varios platos con diferentes exquisiteces, y donde cada quien podía servirse a su gusto. La comelona matutina estuvo bien balanceada, para comenzar con buen pie el día.

Después de comer y tomar más café, Makumasay decidió encender un habano con el argumento de digerir la comida y relajarse un poco, mientras conversaba y planificaba lo que vino a hacer en esas tierras. Él le había dicho a Inocencio que necesitaría algunas cosas tales como maíz en granos, miel de abeja pura, varias monedas de diferentes denominaciones, algunas botellas de aguardiente o chirrinchi, del producido en esa zona a granel y de muy buena calidad. Por su parte, en su bolso traía algunas velas de diferente color, más otros implementos y polvos mágicos preparados, a ser usados en los rituales que tenía pensado ejecutar, de acuerdo a la consulta previa que había realizado días antes a sus oráculos y guías ancestrales.

Estos espíritus le habían recomendado llevar a cabo una serie de ceremonias, y la intención era comenzar desde ese mismo día a realizar las obras que se habían marcado en la consulta espiritual. Ahí se ordenaba trabajar en los cuatro puntos cardinales de la inmensa propiedad de su amigo. La vista se perdía a lo lejos entre árboles y montañas adornando el paisaje.

A media mañana, el jefe de jornaleros regresó montado en su caballo con un saco de fique traído en el lomo de la bestia azabache, atado a la silla con una fina cuerda. Desmontó y bajó el saco, indicándole a su patrón que había traído todo lo que le pidió. El hombre sin sombrero lo miró detenidamente, pues sabía que en esa bolsa estaban los materiales restantes, para poder iniciar cada ceremonia en los trabajos pendientes que venía a cumplir.

—Creo que debemos iniciar esta misma tarde para que podamos adelantar y ganar tiempo. Comenzaremos por la puerta de entrada de la finca para que todo se desarrolle de manera armónica y positiva, y que los hermanos puedan llegar desde el más allá. Ellos van a acompañarnos para que todo salga bien, dijo Makumasay.

Nadie entendió a qué hermanos se refería. El tiempo fue transcurriendo y la tarde llegó sutil y acariciante con quienes esperaban el momento oportuno para asistir a la ejecutoria del ritual. No eran muchos los elegidos para participar, pues el ser reservados y la privacidad son determinantes para que algún extraño pueda conocer los pasos y procedimientos utilizados.

Acordaron dar inicio a las tres de la tarde, y cuando Makumasay llegó, el capataz tenía rato en el sitio y ya había cavado un hoyo de 50 cm de profundidad por 30 cm de ancho. En el lugar se sentía el aroma fresca de la vegetación, pero también del chimó que expulsaba con fuerza y buen volumen de saliva, producto de esa espesa pasta pura y negra que en el campo

utilizan para mantener activo el cuerpo, y alejar las malas influencias. Esta mezcla de tabaco, especias y saliva contribuye también a alejar una que otra serpiente que pudiese presentarse de manera inoportuna sin anunciar su llegada.

Makumasay revisó detenidamente el hoyo y dio su aprobación de manera muy amable al bracero. Le instruyó para que se retirase a unos cuantos metros de la camioneta para evitar la visualización del encuentro. Como de costumbre, encendió un tabaco y le manifestó a Cara de mapa que lo acompañara a fumar un rato, pues necesitaba aglutinar la mayor energía cósmica posible para limpiar y despojar ese portal de comunicación espiritual. A medida que se consumía el tabaco, iba pidiendo que los caminos se despejaran, pero además tomaba buchets de aguardiente para luego rociarlos en la profundidad del lugar destinado a consagrarse en los misterios mágicos que solo él conocía.

Se hizo la señal de la cruz, encendió tres velas de diferentes colores, las colocó alrededor del hueco y comenzó a murmurar en una lengua que nadie logró entender. Las nubes comenzaron a moverse de un lugar a otro, alineándose, buscando cubrir el sol lentamente, al tiempo que la brisa se iba deteniendo. Mientras, los pequeños cirios encendidos mantenían su llama denotando energía y poder, frente a quienes observaban expectantes sin parpadear. Todo seguía su curso, el piache comenzó a depositar en lo profundo del agujero lo que traía en su poder, y la ceremonia continuaba al ritmo de los rezos y plegarias

muy cerca de ahí. A pocos metros, se escuchaba el relinchar del potro, mostrando inquietud y recelo por lo que sucedía en rededor.

De repente se sintió una voz quebrada, pero como un trueno, que gritó: ¡*Virgen del Carmen!* Makumasay, sabiendo lo que estaba sucediendo, expresó:

—Cálmese paísa y cierre los ojos, que lo más fuerte está pasando. Quédese tranquilo, no los vaya a abrir...

Una brisa apareció repentinamente tratando de apagar las velas, pero estas se mantuvieron encendidas aunque bajaron su intensidad. En medio de lo que estaba sucediendo, Makumasay se conservaba firme, expresando con voz recia y contundente: ¡*Debes irte, tu tiempo terminó... tu lugar está en otra parte. Te ordeno que te vayas en paz!* Su cuerpo se mantenía rígido, mientras el brazo le temblaba, impidiéndole llevar el tabaco a sus labios. Sin embargo, después de varios intentos logró hacerlo y luego de inhalarlo varias veces, este se abrió en dos partes, dando señal de que los caminos estaban abiertos en demostración de victoria, para el progreso y vencimiento de todo obstáculo.

Inocencio estaba de pie y se mantenía firme ante la arremetida de lo que estaba aconteciendo en el momento. El hombre sin sombrero continuaba con todos los pasos que faltaban para finalmente concluir, por lo que tomó una pala llena de arena y comenzó a tapar el orificio para dejar sepultado todo aquello que había sido utilizado en el ritual, más las tres luces encendidas. De esa manera se daba por hecho que ese día se había firmado un pacto entre el más allá y este mundo terrenal.

El piache, conocedor como era de estos extraños fenómenos sobrenaturales, respiró profundamente y se acercó al jornalero mirándolo a su rostro.

—¿Qué te pasó?

Pálido aún de susto, en medio del nerviosismo, rápidamente le respondió:

—¡Hombre!... ¡Usted como que me quería enviar pa'l otro mundo! Eso fue muy feo, hasta el caballo se asustó...

—¿Por qué dices eso?

—Imagínese que en los años que llevo trabajando en estas tierras, nunca me hubiese imaginado ver a un fulano sin cabeza montando a caballo con un uniforme muy raro. Siempre he escuchado el cuento de que por estos lares sale, pero pensé que era mentira; ahora puedo decir que mentira no es. Bueno mi tío (así suelen dirigirse a las personas mayores), eso es para que entendamos que debemos respetar estas cosas.

La tarde agonizaba mientras recogían y guardaban lo que había sobrado, disponiéndose a regresar a la casa. Makumasay e Inocencio se embarcaron en la camioneta, mientras que el capataz ordenó con las riendas al inquieto animal que lo llevara de retorno para reencontrarse con su compañera. Después de las amargas horas vividas, solo quería verla para contarle todo lo sucedido.

Al llegar se sentaron en la enramada situada en la parte posterior de la casa, cuyas gruesas paredes de barro y caña brava, mantenían el frescor durante todo el día. Su techo se apoyaba en resistentes horcones que sostenían las viejas tejas que lo conformaban, ya

opacas producto de la constante exposición a la lluvia y el sol, a lo largo de los años que tenían soportando estas inclemencias naturales. Era una de las primeras construcciones realizadas, después que el hombre decidió irrumpir en la virginidad de esa inhóspita geografía en aquellos tiempos difíciles.

La cena estaba servida en la mesa con la intención de que fueran a comer y luego a dormir temprano, como es costumbre en las zonas montañosas. Mientras cenaban, decidieron salir muy temprano. Makumasay dio instrucciones al encargado para que haciendo uso de equinos, buscara las provisiones necesarias que permitieran soportar el recorrido, hasta llegar a los restantes puntos. En cada uno de ellos sembrarían las ofrendas a la madre tierra, con el propósito de conseguir el equilibrio necesario y la armonía esencial, para estabilizar los elementos que de ella brotan. Esto brindaría como resultado la prosperidad, traducida en ganancias y bienestar para quienes explotan esos predios.

La noche pareció pasar fugazmente, ante la profundidad del sueño reparador después de la agotadora jornada. Esperando la llegada de la aurora, todos estaban reunidos en la cocina tomando café. A lo lejos, se escuchaba el relinchar de las bestias en las caballerizas, preparadas ya para emprender la travesía del día. Inocencio regresó a la habitación a buscar su arma de fuego, previendo cualquier situación adversa que pudiera presentarse, en la que esta los ayudara a salir ilesos. Cada uno montó el equino que lo llevaría a través de matorrales y manantiales hasta los puntos

extremos del predio, y el hombre sin sombrero se dispuso a llevar consigo el morral donde guardaba sus enseres y provisiones de carácter místico.

El jornalero jefe amarró a la silla de Relámpago (así llamaba a su caballo), una pala y varios utensilios junto a un envoltorio donde iban algunos suministros para soportar el inclemente viaje selva adentro. Buscando orientación cardinal para llegar de manera precisa, (pues como baquiano conocía casi a perfección el área), fueron cabalgando para llegar a los linderos. El sol apenas comenzaba a mostrar su grandeza, trayendo con sus primeros rayos la claridad necesaria para ver el camino con mayor facilidad y sin tropiezo alguno.

Tras horas de recorrido, y muy cerca ya del primer destino del día, se detuvieron bajo sombra sin apearse. Durante algunos minutos los tres jinetes conversaron amenamente sobre el paisaje y las bellezas que iban descubriendo en la medida que avanzaban. Pero además, coordinaban para tratar de organizarse de manera efectiva para cumplir los objetivos preestablecidos. Estando en el sitio donde empíricamente ubicaron el este (para acceder a la siguiente puerta cósmica), se observaba el lienzo a pocos pasos de distancia. Tomaron como punto de referencia un gran árbol de guayacán coincidente en el sitio, como si el mismo hubiese estado esperándolos desde hace mucho tiempo.

Ahí en ese lugar, decidieron despejar el espacio para llevar a cabo su misión. «Debemos hacerlo aquí, donde estoy marcando con el pie», expresó el guía espiritual mirando al jinete que montaba a «Relámpago».

El jornalero jefe, diestro en el uso de sus herramientas de trabajo, comenzó rápidamente a cavar el profundo orificio para llevar a cabo la ceremonia que les había traído hasta ese escogido lugar. Por su lado, el patrón ayudó a descargar algunos insumos para luego desayunar, pues terminar el hoyo llevaría algún tiempo. La incertidumbre y el temor embargaban a los acompañantes del experimentado hombre místico, y cada uno de ellos se mantenía en silencio, mientras él procedía de forma rigurosa, a poner en práctica los conocimientos transmitidos por sus ancestros.

No obstante, todo se desarrollaba con total normalidad. Pero a unos pasos de donde se encontraba el hoyo, uno de ellos estaba siendo presa de una crisis de pánico. Le temblaban los labios, sentía escalofríos en todo el cuerpo y mantenía los ojos cerrados cubriéndolos con sus manos, lo que impedía que la luz pudiese entrar para iluminar sus retinas. Finalizado el ritual comenzaron a recoger y empacar todo lo sobrante para continuar al siguiente destino, no sin antes degustar unas succulentas arepas con suero y un vaso de buena chicha de maíz para recuperar las fuerzas perdidas en aquella traumática faena.

Continuando su travesía, a lo lejos pudieron divisar el pico de una montaña rocosa a la que llamaban Cerro Cascabel, debido a la cantidad de serpientes habidas en sus espacios. Más allá de ese cerro, quedaba el siguiente punto de destino. Los caminos por donde iban se tornaban intrincados y pedregosos, y tras los árboles de variado tamaño se podía visualizar los di-

ferentes senderos. Una variadísima cantidad de seres vivos hacían posible la hermosura de la naturaleza, en aquel ecosistema lleno de alucinantes ambientes y paisajes exuberantes.

El canto de las aves silvestres anunciaba la presencia de los forasteros que inesperadamente irrumpieron en esa especie de paraíso agreste. Se podía escuchar al mismo tiempo, gruñidos, aullidos, rugidos y hasta chirridos, anunciando la benevolencia del Creador en el hogar que les había concedido. Se dejaba escuchar también el recorrido de las aguas por su cauce, mientras besaban las grandes piedras que permaneciendo estáticas en medio de su camino, parecían testimoniar la grandeza laboriosa del tiempo.

La cabalgata continuaba sin parar, acercándose cada vez más a las orillas del caudaloso Kalairra. El camino bordeaba la ribera, adornada esta con tallos de caña brava y algunas plantas de banano, que sobresalían del matorral. El baquiano y sus compañeros buscaban la parte más angosta y menos turbulenta para cruzar a la otra orilla. Dieron al fin con un paso y comenzaron a ingresar al agua, buscando la parte menos profunda de la corriente fluvial con la que tendrían que luchar, esmero este que se convirtió en travesía exitosa. Ya de nuevo en tierra firme, pero en la otra margen, continuaron la búsqueda del sendero con los pantalones húmedos y envueltos en el aroma silvestre de las yerbas, fracturadas por el roce violento y la presión ejercida por los animales. Buscaban el camino que los conduciría directo al

polvorín levantado por la brisa seca, que se sentía de manera brusca en esa trilla arenosa que los recibía sin vacilación alguna.

Comenzaron entonces a ver vegetación xerófila en campo abierto, con cactus, nopales, dividivis e infinidad de árboles de cují que vestían el paisaje, azotados por el sol inclemente que los acompañaba sin abandonarlos un solo segundo. El trío de viajeros se comportaba como uno solo y tomaba de vez en cuando algunos buches de agua para refrescarse, mientras que por la piel destilaban el sudor producido que empapaba sus camisas.

Las piedras de gran tamaño los vigilaban en la medida que avanzaban buscando la dirección correcta, aun cuando las curvas presentes en el camino hacían más largo el trayecto y dificultaban el ascenso por la topografía. El jineteo continuaba lentamente cuando de manera inesperada el macho conducido por Inocencio (que iba a la vanguardia) comenzó a frenarse, lanzándose a los lados, tratando de no avanzar en su trayecto. Uno de ellos sugirió que desmontaran, pues adelante se veía algo atravesado en el camino. Así lo hicieron y aprovecharon para descansar unos minutos dando tiempo a que pasara la inquietud del equino.

El capataz, buen conocedor, sacó del bolsillo un redondo tarro pequeño, que al abrirlo se podía distinguir algo como una jalea negra y pastosa con olor penetrante. Introdujo el dedo y desprendió con la uña una buena porción para llevársela a la boca, y sin vacilar comenzó a masticar por varios segundos para

seguidamente dar unos pasos y expulsar un escupitajo sobre una piedra como marcando el territorio. No habría terminado de escupir cuando les confesó que había una víbora, y rápidamente desenfundó un machete que traía en su cintura para neutralizar al peligroso reptil, pero ya era demasiado tarde, pues su patrón adelantó el cometido.

Makumasay caminó hasta donde se encontraba la cascabel muerta, la vio detenidamente y dijo: «amiga, usted me cayó del cielo». Nadie comprendió en el momento a qué se refería, pero lo cierto es que le quitó prestada la peinilla a su amigo, que amablemente se la proporcionó. Sin perder tiempo ni mediar palabra alguna, procedió a cortarle de un solo tajo la cola de cascabeles para luego tomar su morral y guardarla en un pequeño envase.

Despejada la vía, montaron nuevamente en los caballos para continuar su peregrinar. Por estos meses del año siempre es posible ver en el día o la noche diferentes tipos de serpientes que salen buscando aparearse para preservar la especie. Su destino se encontraba cada minuto más cerca. Casi a media tarde y después del largo trayecto, lograron ubicar el sitio donde las coordenadas señalaban el punto sur de la finca. Ahí bajaron todos de sus caballos, tomaron varios sorbos de agua para hidratación, y refrescarse después de la agotadora cabalgata.

Solo los árboles y demás vegetación hacían compañía a estas almas insistentes, que buscaban descansar un buen rato mientras las aves observaban desde lo

alto de las ramas, espiando los movimientos de quienes consideraban sus agresores. Revoloteaban continuamente como queriendo expulsar a los extraños seres que alteraban su normal convivencia silvestre. Después de transcurridos varios minutos y recobrar las energías para tomar un nuevo aliento, decidieron bajar y descargar sus pertenencias con la idea de iniciar lo que habían venido a hacer.

El *pañ* comenzó a morder la arena con la precisión y el impulso de los brazos del capataz, perforando el orificio con las dimensiones requeridas. Mientras esto sucedía, el hombre sin sombrero alistaba todo lo necesario para comenzar el ritual, llevando a sus labios un puro, artículo que nunca lo abandonaba en estos menesteres. El chirrinchi nunca faltaba, despertando la presencia de las energías universales, que velarían por el buen desarrollo dando testimonio de haber concluido con éxito el trabajo espiritual. Cada quien estaba en lo que le correspondía, pues de esa manera se agilizaba la conclusión de otro episodio. Las tres velas encendidas titilaban continuamente sobre la arcilla que cubría todo lo sepultado en el hueco, anunciando el fin de la jornada.

El hambre comenzó a hacerse sentir en el estómago de cada viajero. La necesidad de llevarse «algo» a la boca, hacía que rebuscaran para sacar de sus alforjas algunos envases de alimentos, los cuales consumían con voracidad para calmar el accionar de los jugos gástricos, que luchaban para devorar cualquier proteína y/o carbohidrato que entrara en el tubo diges-

tivo. La comida había cubierto las expectativas frente al desbalance alimentario que el cuerpo atravesaba, y la energía comenzaba a recuperarse lentamente, tras unos cuantos minutos.

Tomaron entonces rumbo nuevamente, pero esta vez con dirección a una vieja cabaña muy cerca de ahí, utilizada por los braceros cuando necesitaban reagrupar el ganado disperso en el territorio, para su tabulación en el control de enfermedades y reforzamiento vitamínico. Podía verse a lo lejos el resplandor del techo de la cabaña donde pasarían la noche, pero aún faltaba un largo trayecto para llegar y estar bajo protección, resguardados de la intemperie, mientras la noche transcurriera silenciosamente acompañada por la radiante luna de aquellos días de clima de montaña.

Encontrándose ya frente a la rústica construcción desmontaron de los corceles, que se veían agotados y sedientos por el maratónico recorrido. Muy cerca del lugar, se encontraba un robusto y frondoso árbol de mango del cual algunas de sus ramas se inclinaban hasta casi rozar el suelo, cargadas de frutos. Tomaron unos pocos para endulzar e hidratar los labios secos a causa del sol recibido durante las horas de viaje. El mayoral introdujo su mano en la mochila que mantenía en un costado del cuerpo, y sacó un juego de llaves. Se dirigió a la puerta de madera, abrió el candado y empujó suavemente dejándose escuchar el rechinar de las bisagras que parecieron rugir de dolor. El pequeño refugio contaba con una mesa de madera, tres camas del mismo material cubiertas por cuero de ganado muy

bien tejido, simulando un colchón, y un fogón que pedía le lanzaran algunos trozos de leña, para recobrar sus funciones en la cocción de algún alimento y al mismo tiempo brindar iluminación y calor.

Bajaron sus pertenencias y asumieron el control de la pequeña morada. Recogieron pedazos de arbustos secos para generar la combustión necesaria, garantizando poder cocinar algo. Mientras la madera encontraba su punto máximo para convertirse en tizón ardiente, todos tomaron en sus manos algunas ollas y envases plásticos para traer agua de un riachuelo cercano, y así cubrir las elementales necesidades de aseo. Sacaron de una bolsa plástica unas cuantas libras de cecina que habían traído, y antes de avanzar la noche decidieron preparar un arroz revuelto con la salada carne seca, plato típico de los wayúu.

Se dedicaron a organizar el lugar mientras el baquiano se encargaba del fogón, alistando la cena. Con pocas especias, pero con un sabor irresistible al paladar, pronto estuvo lista la cena. El haberse bañado y comido les permitió retomar su ímpetu para continuar sus tareas, pues a unos cuantos metros del arroyo se encontraba el árbol legendario en el que solo en las madrugadas y bajo la mirada seductora de Kashí, podían recoger sus semillas, consagradas por el universo para montar la más poderosa «contra», protectora y vencedora ante cualquier maleficio. (Kashí es la Luna, que ilumina e influye en los estados oníricos de los pobladores en su constante búsqueda de la verdad y la paz espiritual).

Durante el largo recorrido, Makumasay dialogó varias horas con sus compañeros de aventura, con la intención de ir esa noche al lugar donde se encontraba la planta mística en medio del entorno boscoso. Él había encendido uno de los tantos envoltorios para fumárselo de manera relajada, y paliar un poco el agotamiento que aún persistía en su resistente humanidad. Mientras, Inocencio solo escuchaba callado y muy atento, las historias de las Iyami que asechaban permanentemente en los bosques nocturnos, acariciando la idea de incorporar nuevas almas perdidas a su logia, y seguir dominando así la especie más débil creada por el santísimo.

Mientras el capataz preparaba los implementos que usarían esa madrugada, el tiempo continuó su curso y sin vacilación la noche se apoderó del bosque. Eran pasadas las once cuando comenzó a sentirse una suave brisa fría selvática que congelaba los pies de quienes la recibían. Sin embargo, los abrigos usados cubrían sus rostros, evitando generar algún malestar respiratorio que pudiera convertirse en resfriado. Pero además, tomaban algunos tragos de chirrinchi para calentar el cuerpo y despabilar el espíritu agotado dentro de ellos. Abrieron la puerta para encontrarse con la oscuridad y salir rumbo a su destino.

Seguían caminando guiados por una linterna que los ayudaba a encontrar la trocha hasta la orilla de la quebrada, donde temprano recogieron agua. Con pasos firmes atravesaron sin temor alguno hasta que de repente el guía se detuvo. «Miren esas huellas: son garras

de un felino, debe ser un tigrillo». Se encontraban muy cerca de la orilla, y aún estaban frescas, por lo que era fácil inferir que seguramente el animal tenía sed. Cara de mapa puso su mano en el cinto donde llevaba su arma de fuego, un revólver *Smith & Wesson* calibre 38. Guardaron silencio y continuaron avanzando con precaución; algunos ruidos se escuchaban en medio de la oscuridad existente, generados por la rebatiña de unos micos en celo. Una lluvia de luciérnagas danzaba sin parar entre los robustos árboles que mantenían su mirada fija como guardianes silentes, contemplando a los forasteros desplazarse por la espesa flora.

Sin embargo, la ruta estaba siendo marcada por el fuerte olor que se impregnaba en el suelo cuando su saliva caía, dejando rastros de la expedición, y camuflada en la noche con su color oscuro. Continuaron dando marcha sin descansar, pues él estaba seguro de que pronto encontrarían lo que buscaban con insistencia. De repente ordenó detenerse y apagar el faro pidiendo que se colocaran en cuclillas, pues más adelante se veía una luz que destellaba junto al tronco de algunos árboles.

—¡Deben ser cazadores furtivos que entraron a la finca, vamos a sorprenderlos!, dijo Inocencio pistola en mano.

Un tanto sorprendidos y temerosos, se levantaron escudándose con el grueso tronco de un árbol. Ninguno estaba seguro del desenlace que esta situación tendría cuando pusieran al descubierto a los irregulares.

Probablemente se trataba de cazadores de fieras que asesinan sin piedad para vender la piel de sus presas

en el mercado clandestino, poniendo en peligro de extinción gran cantidad de especies salvajes propias del lugar, y dignas de protección. La incertidumbre se mantenía en el ambiente, mientras se aceleraba la respiración de los hombres que se desplazaban cuidadosamente para interceptar a los asesinos nocturnos que se encontraban a pocos pasos.

Se observaba una luz que iba de un lugar a otro sin destino definido, pero en torno a ella no se distinguía figura alguna que permitiera visualizar la silueta del poseedor de la linterna que desprendía tal luminosidad. (Una forma de círculo que daba vueltas alrededor de un árbol, deteniéndose pocos segundos para luego continuar). Sus movimientos no tenían orientación alguna. Todos miraban fijamente para determinar de dónde provenía la luminiscencia que los mantenía inmóviles, esperando la presencia de quienes jugaban haciendo figuras sin ninguna explicación en la profundidad del bosque, a esa hora de la noche.

Rompiendo el silencio, comenzó a escucharse algo en movimiento. Entre los matorrales y hojas secas esparcidas en la superficie, algo se acercaba hacia donde ellos se encontraban ocultos. Segundos después apareció un animal cubierto de espinas que se detuvo para comer algo encontrado en el camino. El tiempo pareció detenerse por unos instantes y la brisa helada continuó acariciando los rostros de aquellos seres, que esperaban ver lo que sucedería con el roedor cerca de donde permanecían sin parpadear, esperando descifrar el enigma que los ocupaba.

Minutos después el extraño animal seguía mero-deando en busca de frutas y semillas esparcidas para comerlas. Luego de haber consumido lo que encontró, siguió su camino tranquilamente sin ningún atisbo de temor. Esto había tomado otro rumbo, frente a la ausencia de los hombres que no terminaban de aparecer en escena.

Makumasay se encontraba inquieto, y dio unos cuantos pasos hasta ubicarse a muy poca distancia de donde estaba el fenómeno sobrenatural, que los mantenía sorprendidos y desconfiando de todo lo que ahí sucedía. Él nunca en sus años de trayectoria espiritual se había enfrentado a tan inusual acontecimiento, donde los destellos continuaban sin detenerse. En medio del nerviosismo que lo embargaba, decidió fumar un habano que aun cuando estaba guardado en el bolsillo de su camisa, se le hizo difícil encender. La baja temperatura dificultaba la combustión de las hojas de tabaco, por lo que fueron varias las maniobras que debió hacer para lograr su cometido y exhalar las primeras bocanadas del humo envolvente, que por fortuna rápidamente se disiparon en el ambiente.

Asimismo sacó de su pantalón el oráculo (conocimiento transmitido de generación en generación desde su tatarabuelo, para comunicarse con las deidades), que lo acompañaba a todas partes. Rápidamente inició el ritual con una serie de expresiones, invocando a sus ancestros y persignándose tres veces, mientras apretaba fuertemente su mano para impedir que alguna de las figuras redondas pudiese caer. Se

notaba en su rostro la concentración a la cual estaba sometido, pero además su mirada no era la misma, y los movimientos faciales presentaban cambios morfológicos. Incluso su tono y timbre de voz eran del género femenino.

Sus compañeros permanecían perplejos ante aquel cuerpo humano sin que supieran quién era en realidad el que estaba en su interior. Se sentó sobre una roca de buen tamaño indicando con su mano que se acercaran a él (o ella), mientras devoraba el envoltorio de hojas secas de forma cilíndrica que mantuvo en todo momento apretado con sus labios. Mirándose unos a otros, caminaron temerosos rumbo al cuerpo del médium, que indiscutiblemente estaba dominado por un espíritu cuya procedencia desconocían.

De repente comenzó a reírse a carcajadas con intervalos de llanto ante la presencia de los dos hombres aterrorizados, y estiró su brazo para tomarlos de la mano. Apretó ambas para pasarlas por su cabellera, pronunciando palabras en un lenguaje indígena que por suerte el baquiano pudo descifrar:

«Soy Macuira, el bosque de mi padre tashí, aquí ser mi casa. Yo estar en aguas de ríos, lloviznas y nubes.

¿Qué buscas en tierra de padre mío?».

El baquiano con voz temblorosa, tartamudeando, le respondió, diciendo que buscaban una semilla negra, de un árbol llamado zamuro. La india Macuira levantó el brazo, para expresar:

Poco más allá está árbol sagrado, pero prendan llama para poder encontrar árbol, voy a seguir reco-

rriendo montaña junto a hermana que espera en la cascada. Digan a esta materia que siga ayudando a su sangre, Maleiwa lo envió con esa misión a este mundo terrenal.

El vocero tomó la linterna y la encendió mientras el cuerpo poseído comenzó a generar movimientos convulsivos, como si ambos espíritus lucharan internamente, uno con otro. Uno tratando de recuperar su cuerpo expulsando al invasor, y el otro para posesionarse nuevamente.

Esforzándose por volver en sí, inhaló profundamente para luego decir: «aquí estoy de nuevo». (En ese momento, se disipó por completo la luz que los había mantenido inmersos en la duda y el temor). Colocó las manos en sus ojos para aclararlos, como si algo no lo dejara ver con nitidez. Pidió agua para tomar y rociar en su cabeza, diciendo: «¿Qué pasó Cara de mapa?». Este se encontraba asombrado por el fenómeno paranormal que nunca había visto en persona, solo en historias de camino que le habían contado. Respiraba y se rascaba la cabeza, y aun cuando el campesino le narró lo que había acontecido, se levantó pidiendo dirigirse al sitio donde ella señaló que estaba el árbol.

Fueron caminando y efectivamente lo consiguieron, ahí vieron las semillas camufladas entre las hojas regadas en varios sentidos con respecto de la planta. La luz de la linterna bañaba de claridad el lugar, mientras Makumasay recogía las pocas pepas que podían divisar, introduciéndolas en su mochila para luego retornar a la choza a resguardarse calurosamente hasta el

día siguiente, cuando continuarían la ruta para finalizar su cruzada.

La noche agonizante pareció dar paso cortésmente al amanecer. Como era costumbre, los hombres despertaron muy temprano, aun cuando esa madrugada se acostaron tarde debido a los contratiempos. Él se encontraba en el fogón preparando algo caliente para tomar, tal como suelen hacer los pobladores cuando están fuera de casa. Se sentía la baja temperatura, y sobre el techo algunas gotas de rocío cubrían la superficie, mientras las hojas de los árboles disfrutaban del romántico encuentro mañanero, abrazándose para permitir germinar a toda semilla seca que se encontrara cubierta de arena, dándole vida a una nueva planta.

Luego de un buen rato de haber despertado, abrieron la puerta de la pequeña choza. Se sentía el ambiente húmedo y con olor a prado silvestre, debido a los arbustos y algunas hierbas con las que se alimentaban los caballos, resguardados bajo el gigantesco árbol de frutas tropicales. Hasta ese lugar llevaron los aperos para ensillar a los equinos y alistar el viaje.

Nuevamente se inició la cabalgata. A un ritmo moderado, buscaban el camino entre las trillas de barro y agua estancada producto de la llovizna. Luego de recorrer un largo trecho, el sol comenzó a sentirse y los pajarillos cantaban volando de rama en rama alegrando la mañana. Se detuvieron a comer algo que aún guardaban en las alforjas, para continuar luego la búsqueda del sitio que representaba el cierre del ciclo programado.

Al cabo de unas horas, consiguieron la línea de alambre de púas, estantillos y maderos indicando el lindero de la vasta superficie que los conduciría al oeste, punto cardinal por donde el astro rey usualmente se despide. A lo lejos visualizaron un pequeño cerro, que sería el sitio donde sembrarían el resto de las mágicas pociones y polvos conjurados junto a los talismanes que llevaban en su poder. Estos generarían la atracción de energía necesaria para mantener armonía dentro de la vasta superficie. Con el ritual se blindaría cósmicamente el perímetro que la comprendía, derivando en progreso y bienestar.

Estando en el lugar señalado, procedieron a iniciar el encuentro cumpliendo todos los pasos sin obviar ningún detalle, pues de esto dependía la consagración del mismo, garantizando su efectividad en el tiempo. Luego de haber concluido con las últimas palabras que cerraron la conversación con el más allá, dejaron el lugar como si nunca hubiera pasado nada. Cada uno tomó un buche de agua fresca antes de montarse en los caballos, buscando rumbo a la casa donde Simonia los esperaba. El agotamiento los hacía ver demacrados, con alguna presencia de vellos en su barbilla, mientras con su mirada transmitían cansancio, hambre y deseos de dormir por horas.

Había comenzado la tarde y ellos apresuraban el paso tratando de llegar lo más rápido posible. Seguían las trillas arenosas y empedradas hechas en el transcurso del tiempo por jinetes y animales de cría. Estos últimos habían borrado la presencia de cualquier rastro

de vegetación que pudiese encontrarse en el recorrido, despejando la ruta que transitaban. Nuevamente se veía el río que pasaba por uno de los extremos de la finca, realzando su belleza natural. El ocaso reflejaba su presencia en las espaldas, y volteaban de vez en cuando a ver el agonizante colorido crepuscular, que vestía de matices estelares a la lenta despedida de Kai, en su continuo peregrinar sembrando vida en el universo. (Kai, astro rey, el sol)

La brisa ayudaba a suavizar la piel mientras las cabelleras parecían respirar cada vez que los hombres levantaban su sombrero, buscando refrescar el cuero cabelludo. Estaban a pocos momentos de retornar al sitio de partida para poder descansar de verdad con las comodidades respectivas. Al terminar de llegar, Inocencio dio instrucciones a su capataz para que ordenara dar de comer y beber a las bestias, además de buscar un buen ovejo en el corral pues tenía el antojo de comer carne asada en leña. Simonia se puso al frente de la honrosa responsabilidad gastronómica para complacer a su patrón.

Los viajeros se dirigieron a sus correspondientes habitaciones, para darse un baño y refrescar los cuerpos maltratados por la extenuante jornada. La pérdida de calorías hacía sentir ahora sus consecuencias a través del desesperante apetito que tenían. Transcurridas algunas horas comenzaron a percibir el aroma desprendida de los trozos de carne a la brasa. El humo inundaba las adyacencias de la cocina, estimulando aún más el hambre que cada uno sentía.

Makumasay como de costumbre, fumaba un puro tratando de mitigar el hambre que lo atosigaba en complicidad con las glándulas salivales. Esperando en la enramada y un tanto inquieto con la mirada, imaginaba que al morderla se desintegraría en su boca. Comenzaron a traer platos, bandejas con yuca, arepas, queso, suero, chicha y varios más, repletos de succulenta carne que desprendía un delicioso y exquisito aroma, acompañada, además, de friche. Luego tomaron unos tragos de aguardiente para ayudar al metabolismo, y se quedaron un rato más descansando y hablando acerca del regreso a la ciudad.

La noche era joven y se hacía oportuno planificar la hora de salida. Inocencio consideraba partir a media mañana, dando tiempo a recoger todo, desayunar y hacer algunas revisiones de última hora, para poder arrancar sin prisa. Siendo así, estarían en horas de la tarde en casa. Decidieron entonces ir a dormir, para amanecer descansados. Apagaron las luces y solo dejaron encendida una que otra en los exteriores de la vivienda, para combatir un poco la oscuridad. Los perros ladraban ocasionalmente, haciendo saber cada vez que algo extraño a ellos pernoctaba en las afueras, aun cuando solo algunos rugidos se escuchaban a lo lejos. La noche oscura permitía refrescar la naturaleza al tiempo que algunas gotas humedecían el follaje, al igual que todo lo que se encontrara a la intemperie.

Avanzada ya la madrugada, comenzó a escucharse el kikirikí de los gallos, decretando el cercano arribo de quien horas después estaría nuevamente presente

iluminando la existencia con sus rayos, para dar vida
a todo lo permanecido bajo su majestuosa luz.

CAPÍTULO VI

EL RETORNO

Todo parecía estar listo para partir. Los preparativos habían concluido y solo faltaba despedirse. Abordaron la camioneta para tomar rumbo y aprovechar el resto de la mañana. Arrancaron con la brisa fresca buscando hacer el viaje menos pesado, y más ameno y entretenido. Trataban de sintonizar en la radio alguna emisora para escuchar buena música que los acompañara en el recorrido. Inocencio aclaró que hasta que no pasaran la antena de transmisión, no podrían escuchar la programación de alguna emisora. Nicanor desistió de su intento, y retiró los dedos del aparato fonador, dando tiempo hasta llegar al sitio indicado.

Pasados varios minutos y ya alcanzada la vegetación xerófila de la zona, las ondas radiales comenzaron a llegar aunque se escuchaban entrecortadas. Pero al pasar frente a la torre donde estaba sembrada la repetidora, comenzó a escucharse nítida y fuerte la señal. Inmediatamente el hombre sin sombrero manifestó que indiscutiblemente la radio es el medio de comunicación que perdurará por siempre, y se escuchará como hasta ahora, en todos los confines del planeta. Añadió que esta cualidad permite estar informado en todo momento. Dejó entonces que la música se apoderara del viaje, haciendo más llevadero el regreso, hasta que hubo un corte para dar paso a un boletín informativo, donde se hacía saber a la ciudadanía que la vía troncal

principal que los llevaría a Puerto Gallina, se encontraba obstruida por los habitantes de la zona, ya que hace días no contaban con servicio eléctrico.

Paralelamente, en la propia ciudad se había desatado una serie de movilizaciones y protestas callejeras, exigiendo solución a una serie de problemas que aquejaban a los ciudadanos, y que no recibían ningún tipo de respuesta con miras a una posible solución. Makumasay con voz entrecortada manifestó que la cosa estaba movida y esto iba a retrasar el viaje, por lo que cerca del caserío donde se encontraba la población en la calle, decidieron tomar un atajo con la intención de burlar el tumulto de gente enfurecida, por la apatía e indolencia de quienes le corresponde administrar la cosa pública. Después de un largo recorrido salieron nuevamente a la carretera asfaltada para continuar rumbo a su destino.

El conductor aceleraba dándole mayor velocidad al automotor pero pendiente del marcador de combustible, que señalaba la necesidad de surtirse del mismo. Comenzó a verse a orillas de la carretera uno que otro parcero ofreciendo gasolina a la venta en pequeños recipientes plásticos. Inocencio había calculado que con la cantidad existente, tendría para llegar a la Curva del Chivo, sitio este donde se congregaban varios individuos dedicados a tal oficio, pero además existía el juego de la oferta y la demanda, coaccionándolos a competir con su precio.

La gasolina era expendida de manera clandestina, pero frente a transeúntes y autoridades que pasa-

ban continuamente, por lo que se había convertido en algo normal y cotidiano. Encontrándose en el lugar se estacionó y varios se acercaron ofreciendo lo que sabían que buscaba. Había bidones de diferente tamaño y variedad para escoger. Negociaron, surtieron, y nuevamente continuaron el viaje. Sabían que la ciudad se encontraba convulsionada, sin embargo, querían estar en casa lo más pronto posible para resguardarse de cualquier evento inesperado, producto del descontento general.

Se había hecho de noche cuando entraron a la ciudad. Las calles se encontraban a oscuras, con basura regada en sus alrededores, mientras que en algunas esquinas llantas viejas de vehículos ardían generando gran cantidad de humo. Se observaba pocas personas transitando en su carro y otras menos, deambulando a esas horas. Así llegaron a casa de Makumasay, quien rápidamente bajó y retiró de la camioneta sus pertenencias, en medio de los emocionados ladridos de su compañero de siempre, Kasutay, que salió a recibirlo como de costumbre, moviendo la cola y lamiendo su ropa.

Entró a su casa cansado y agotado, y decidió olvidarse de todo lo que estaba pasando, dispuesto a acostarse a dormir de inmediato. Su compañero de viaje siguió rumbo a su casa, tratando de esquivar escombros y desperdicios que limitaban la normal circulación. Se observaban varios vehículos con distintivo oficial a gran velocidad escoltados por motorizados militares, despejando la vía con el objeto de restablecer el tránsito. No podía entender lo que estaba su-

cediendo en esos momentos, pero la prioridad consistía en llegar a su hogar a descansar. Buscaba en el dial alguna emisora que estuviera informando de los acontecimientos, pero solo transmitían música o permanecían fuera del aire.

La noche estaba tensa por la pesadez del ambiente. Tenía prisa por llegar a darse un baño y acostarse, además de cargar el móvil para revisar los mensajes que pudiese tener. Al llegar se duchó y fue al recibidor a sentarse para descansar sin despertar a su familia, prendió el celular para leer los mensajes recibidos y ponerse al tanto de todo lo acontecido hasta el momento. En las redes se podía ver mucha información cruzada, y comenzó a detallar en los diferentes portales digitales donde se hablaba de la detención de algunos personeros de las comunidades y estudiantes perseguidos por la fuerza pública.

Realmente no conocía a nadie de ese entorno, y solo sabía que la gente tenía motivos para protestar, pues reclamaban sus derechos frente a lo que a diario vivían sus conciudadanos. Decidió ir a la cama a dormir, donde su esposa lo esperaba. Al día siguiente en la mañana pudo leer en el móvil el mensaje de su compañero de viaje, para saber sobre la condición y estado en que se encontraba, pero además para comentarle que el hijo de un buen amigo estaba siendo buscado por los uniformados para detenerlo, según estos, por ser uno de los instigadores de las protestas callejeras.

Esa madrugada un grupo de hombres con vestimenta de camuflaje y pasamontañas, había llegado

a la vivienda de Ceferino con la intención de asaltarla, pero el ladrido de los caninos despertó a los vecinos, quienes salieron a ver lo que ocurría con su vecino. Estos hombres de uniforme usando armas de combate, forzaban la puerta queriendo derribarla. Sin embargo, dentro de la casa, aun cuando las luces permanecían apagadas, todos guardaban silencio. Minutos antes de este acontecimiento, LT preparaba en su habitación un pequeño morral con algunas pertenencias, disponiéndose a abrir la ventana corrediza para salir por ella sin despertar sospecha. La misma se encontraba ubicada al final de la casa, y con astucia y mucha habilidad logró salir rápidamente, corriendo para saltar una pared de concreto que dividía su morada con la del vecino, para escabullirse de manera sigilosa en medio de la reinante oscuridad. A pesar del acecho del que era objeto, logró llegar a la residencia de Clara, quien lo esperaba impaciente. Ella formaba parte del movimiento, pero su participación era netamente de asesoría.

Mientras esto sucedía, en casa de Ceferino el ambiente se tornaba violento, auspiciado por quienes habían logrado entrar de manera forzada, destruyendo todo lo que consiguieron a su paso. Preguntaban por el joven estudiante, mientras volteaban camas, rompían puertas de baño, empujaban y amenazaban a los residentes. Su madre insistía en que él no se encontraba, y que además no era ningún delincuente, sino un muchacho sano, estudioso, y no se justificaba que lo estuvieran buscando para detenerlo.

En el frente de la vivienda se había aglomerado gran cantidad de vecinos y amigos, que a viva voz le gritaban a los gendarmes: ¡fuera!, ¡fuera!, ¡fuera! El coro se escuchaba con claridad y nitidez, de manera que lograron intimidar a los que descuartizaban los pocos enseres de la familia, que aún se mantenía en pie de lucha en defensa de sus derechos ciudadanos. María y Anastasia se abrazaron en medio del llanto desbordado por la angustia que las embargaba. La joven estudiante les gritaba desesperadamente que su hermano era inocente, que no le hicieran daño, por favor.

Los individuos se comportaban cual autómatas, como si estuviesen bajo los efectos de alguna sustancia psicotrópica, pues de su boca no salía ninguna respuesta. Solo al cabeza de familia, padre del muchacho, se le podía observar los movimientos de sus labios, mientras sus ojos parpadeaban constantemente debido a su impotencia frente a tanto abuso. Él sabía del peligro que corría su hijo ante aquella jauría de bestias hambrientas, poseídas de un profundo odio ante la frustrada captura de su presa.

En vista de los constantes ataques verbales y presión ciudadana, los de uniforme optaron por retirarse velozmente en sus vehículos, dejando un tumulto atrás que se mantuvo brindando apoyo y solidaridad, a los integrantes del grupo familiar sometido al abuso de autoridad. En casa de la profesora todo estaba más calmado, pero al mismo tiempo ambos (LT y Clara) pensaban en el siguiente paso a dar y los próximos movimientos a ejecu-

tar estratégicamente, para poder burlar los mecanismos activados para llevarlo a él tras las rejas.

El joven decidió apagar su móvil, pero además extraer la batería, para evitar ser ubicado. Usaron entonces el de ella para hacer unas cuantas llamadas, tratando de garantizar su seguridad personal. El nerviosismo se notaba, la ansiedad se podía percibir al caminar de un lado a otro, sin patrón alguno ni método conductual que lo justificara, lo que delataba su nivel de angustia, aun cuando él hacía lo posible por disimularlo. Sin embargo, la mirada rígida y su carácter fuerte y decidido, demostraban la contundencia de sus principios, invulnerables frente a la persecución de la cual era objeto.

En medio del silencio en la habitación, comenzó a escucharse el sonido de un vehículo estacionándose en las adyacencias de la vivienda. La docente corrió una esquina de la cortina que cubría totalmente la ventana, logrando observar una moto parqueada y un sujeto con un casco puesto y otro en el volante, a quien se le conocía como Muksía. (Este era un amigo de piel oscura y de extrema confianza, compañero de luchas en la universidad). LT se levantó rápidamente y tomó su morral. Clara le abrió la puerta y él fue directo a donde se encontraba la persona que lo esperaba. Se colocó el casco protector y arrancaron con rumbo desconocido, buscando salir de la ciudad a través de atajos.

Minutos después llegó a casa de Makumasay, quien lo recibió amablemente y a la vez dándole protección

según sus rituales espirituales, para librarlo de cualquier maleficio y todo evento adverso. Ese día LT dormiría allí, donde en horas de la noche recibiría un baño de agua helada preparada con yerbas trituradas y aguardiente, en medio de una serie de rezos y oraciones para invisibilizarlo ante sus enemigos. Él se mantenía en silencio, meditando, pero al mismo tiempo buscando la vía de escape más expedita para una fuga efectiva.

Necesitaba resguardar su integridad física. Nadie sabía de su paradero, por razones de seguridad. Hasta sus más cercanos amigos desconocían dónde se encontraba, de lo único que tenían conocimiento era que Luis estaba en buenas condiciones de salud y muy bien escondido. La provincia seguía convulsionada y el capitán Juan Morales Camacaro continuaba con las pesquisas y operativos, apoyados con numerosos retenes en diferentes puntos de la ciudad, buscando cercar al prófugo. (Morales Camacaro llevaba en su sangre el apego a la institución policial, heredado de su padre).

El hombre sin sombrero citó a su amigo de siempre, para que fuera con urgencia a su casa a tratar el problema por el cual estaba atravesando. Una hora después llegó en su patrulla, apenas se saludaron al entrar a la vivienda y comenzaron a hablar de inmediato con LT. El comisario tenía toda la información sobre los operativos y planes desplegados para detenerlo. La fuerza pública manejaba información de algunos lugares donde supuestamente podía estar conchado, y las posibles vías de escape del solicitado,

pero además, él sabía con precisión cuál era el grupo o departamento de inteligencia y contrainteligencia designado para su búsqueda y final aprehensión.

Los tres estaban en la habitación mirándose frente a frente. El gendarme apoyó la mano en su barbilla pensando qué hacer ante la situación, y de repente dirigiéndose serenamente al muchacho, le dijo:

—¡Hijo, en qué buen lío te has metido! Sabes que si te capturan te van a trasladar a la capital. Sé que te has dedicado a estudiar, a ser un defensor de los derechos, protegiendo a quienes sufren las penurias diarias del malestar colectivo, pero al mismo tiempo te convertiste en una piedra en el zapato para tus adversarios, amos y señores del vulgar y ostentoso manejo del patrimonio público. Así se han enriquecido de manera grotesca y eso ha conllevado a todo esto que estamos viviendo. Esa orden de aquietarte viene de arriba y puedes imaginarte lo complicada que se ha vuelto la situación.

El joven lo escuchó detenidamente con la mirada fija, sin siquiera pestañar, ni decir una sola palabra; solo se mantuvo atento. El piashi se levantó diciendo: —Bueno mi hermano, algo tenemos que hacer, no podemos permitir la injusticia de que lo encarcelen y le dañen la vida solamente por reclamar sus derechos ciudadanos. Según ellos, no podemos hablar libremente, es decir, tenemos que cambiar nuestro sentido de libertad, a más de aceptar y conformarnos con las condiciones en que vivimos, para no ser criminalizados injustamente. Esto permitiría a unos cuantos forajidos corruptos hechos de poder, mantener su estatus.

Seguidamente el joven tomó la palabra:

—No he cometido ningún delito, ni he asesinado a alguien; estudié y me formé para servirle al país y a mi gente. Tengo mi conciencia tranquila, y si me tocara otra vez defender nuestro derecho a ser libres y expresarnos sin censura, lo haría nuevamente sin titubeo. Solo respondo a los intereses más sagrados que mi conciencia me dicta, pues la dignidad no se negocia.

El comisario se rascó la cabeza, tomó su móvil, habló con alguien durante varios minutos y al concluir la llamada solicitó a Makumasay que abriera la puerta para buscar algo en el vehículo, del cual recogió un radio transmisor y regresó rápidamente. Como buen policía, comenzó a darle una serie de indicaciones y recomendaciones para garantizar su seguridad, diciéndole que no debía asomarse a la ventana, ni salir al frente, para mantenerse resguardado en esa casa. No llames a nadie y mantén la calma mientras busco una solución. Hay que ganar tiempo y esperar que la persecución baje el nivel de intensidad, permitiendo desplegar otros movimientos tácticos y garantizar tu integridad física y moral.

Dicho esto salió nuevamente, se embarcó en la patrulla y partió rumbo a la ciudad. Consiguió en la vía algunos puntos de control que requisaban todo vehículo que circulara en ambos sentidos, mandando a bajar a sus ocupantes para revisar exhaustivamente su interior y verificar la identidad del conductor y los pasajeros. (Obviamente su condición de uniformado conduciendo un vehículo policial rotulado lo eximió

de la requisa, permitiéndole continuar a su destino).

Cerca ya de la caseta policial repicó su móvil. Se estacionó y tomó la llamada.

—Aló hermano, dame unos minutos para buscarte. Ya estoy cerca, ve bajando por favor, en segundos nos vemos.

Antes de ir al lugar, decidió llegar a su despacho para atender algunos asuntos relacionados con sus funciones. Indagó si había alguna novedad, y de inmediato salió y se embarcó de nuevo en el vehículo, para continuar rumbo al lugar donde lo esperaban. Solo faltaban dos calles para llegar al muelle. Él iba a recoger al navegante que tenía pocos días de haber anclado en el puerto, pues aspiraba charlar un rato con él para distraerse, y compartir tomándose algo que estimulara el organismo. A poca distancia de donde se encontraban existía un lugar muy agradable y ameno con un ambiente muy acogedor, y buena atención. Al llegar, recibían rociando un líquido anti-bacterial en las manos como medida de prevención; el personal usaba mascarilla cubriendo boca y nariz, y además el sitio era muy discreto, reservando siempre sus derechos a quienes asiduamente convergían allí.

«La Garza», así llamado, era frecuentado por damas muy elegantes de contextura delgada, pues su menú era conformado solo por comida vegana. Muchas de ellas iban en grupos mixtos, y otras se hacían acompañar por el mismo género. Servían un buen café, pero también se podía disfrutar una copa de vino de las mejores cosechas del sur. Algunas veces se obser-

vaba el coqueteo en sus miradas y sonrisas picarescas, mientras se tomaban de la mano simulando la lectura de la misma, pretendiendo parecer profundas conocedoras e intérpretes de la quiromancia.

Su belleza era exuberante y la piel de porcelana se podía detallar en sus piernas sumamente delgadas, pero bien formadas. Los dos amigos habían ido a reencontrarse para conversar sobre las aventuras vividas, uno en altamar y puertos, y el otro en las calles donde desempeñaba su oficio. La brisa soplaba como en ráfagas, dejándose sentir cuando un visitante entraba al lugar, el cual contaba con una vista impresionante de exteriores a través de amplios ventanales, que a la vez permitían otear el horizonte y las aguas que complementaban la belleza del lugar. Asimismo, se podía observar las geniales maniobras ejecutadas por las aves que convivían armónicamente en los alrededores. Las fuertes corrientes de aire encontradas a su paso durante el vuelo, las hacían posarse en los cocoteros guardianes que vigilaban celosamente parte de la bahía, mientras mecían sus ramas en aparente compás con el oleaje marino.

El tiempo cubría de manera mágica a quienes ingresaban en ese sitio hechizado, envuelto por una atmósfera ligera, que arropaba el entorno en su totalidad produciendo una especie de hipnosis visual.

Los dos amigos habían ido a ese lugar para recordar los tiempos de amistad y solidaridad nacida algún tiempo atrás. Decidieron comer algo y continuar la conversación para finalizar tomando un buen café de

la zona, del que se podía degustar el buen aroma y el inmejorable sabor. El encuentro había sido muy ameno y fructífero, en el que los chistes y cuentos permitieron reír sin parar. El español expresó que estaría dos días más en la ciudad y partiría con destino al viejo mundo, desde donde seguiría hacia otras latitudes. Después de varias horas decidieron retirarse, y el comisario lo llevó de regreso al barco. Al despedirse, este le dio un apretón de manos, diciéndole que arreglara todo y contara con «eso». El policía arrancó dirigiéndose al cuartel.

Mientras, en casa de Makumasay todo continuaba sin mayor inconveniente. El día agonizaba carente de nuevos detalles, y entre él y LT prepararon algo de comer. Aun cuando todo estaba tranquilo y calmado, mantenían rigurosamente las medidas de seguridad establecidas por el veterano policía, conocedor de maniobras y pesquisas investigativas, aprendidas a través de los años de servicio en la institución policial. Buscaron sentarse a la mesa y llevar a la boca algo para tranquilizar su estresado organismo. Kasutay, haciendo uso del olfato, se hacía sentir en la puerta de entrada y de vez en cuando ladraba echado, presumiendo de ser buen centinela protector del lugar.

Mientras comían, se miraban y compartían los alimentos. Ninguno quería hablar con soltura, y de hacerlo, entonces era en un tono de voz muy bajo, para no despertar sospecha alguna en el vecindario. Al concluir la cena, el hombre sin sombrero se levantó y fue hasta la estufa donde se encontraba una cace-

rola llena de proteínas, mezcladas con carbohidratos, que había preparado temprano para despachar a su peludo compañero. Cuando salió a alimentarlo, pudo ver la satisfacción de la mascota al mover su cola y levantarse en dos patas. Luego de recoger los corotos y lavarlos para dejar todo en orden y en su respectivo lugar, el espiritista fue hasta la parte delantera de la casa donde se encontraba la alcoba principal, con el propósito de encender un velón y meditar un rato frente al portal que había consagrado en su interior, en compañía de sus amigos del más allá.

Después de permanecer largo rato en silencio, decidió levantarse. Continuaba pensativo, pero más tranquilo y relajado. Miró el reloj para ver la hora y se dirigió a la pieza donde se encontraba el joven perseguido, quien se había acostado en un chinchorro colgado de unas alcayatas que sobresalían en la pared. Se acercó a él y le dijo:

—Descansa, toma las cosas con calma, ya mañana veremos qué hacer. Pero no te desesperes, voy a estar en mi habitación, cualquier cosa me avisas.

—Está bien, así lo haré, contestó el joven.

Después de un buen rato se levantó y fue hasta la cocina. Abrió el refrigerador para tomarse un vaso de agua, regresó y se acostó. Fijó su mirada al techo, mientras con el pie tocaba la superficie del piso buscando mecerse, tratando de conciliar el sueño. El tiempo siguió transcurriendo hasta que logró quedarse dormido profundamente. El dueño de la vivienda se levantó a ver en qué condiciones se encontraba su huésped, y al

verlo rendido apagó las luces para también descansar un rato. Pasada la medianoche comenzó a escucharse el ladrido del sabueso, que correteaba de un lado a otro con la intención de atacar lo que en esos momentos le perturbaba. Minutos después, la calma regresó hasta la madrugada, cuando el cántico de Mantequilla dejó escuchar las primeras tonalidades, anunciando el pronto cese de la oscuridad para dar paso a la aurora.

LT comenzó a realizar extraños movimientos de súbito en donde se encontraba acostado. Su cabeza giraba tanto a la izquierda como a la derecha, sus brazos los movía simulando estar luchando o defendiéndose de alguien o de algo, mientras sus piernas se batían entre bruscas alteraciones, al punto que su voz comenzó a escucharse hasta llegar a producir un terrible grito. Esto hizo ladrar al mamífero doméstico con insistencia, mientras que al mismo tiempo se escuchaban ruidos sobre el techo. Makumasay se despertó exaltado y salió rápidamente de su chinchorro, para correr desesperado a donde se encontraba el visitante.

En esos instantes continuaron los golpes sobre el tejado. Él creyó en medio de la incertidumbre que habían sido descubiertos. Al llegar a la habitación pudo constatar que el perseguido se retorecía dentro del chinchorro y al mismo tiempo se quejaba. En ese preciso momento abrió los ojos, consiguiéndose de frente al hombre sin sombrero, quien le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Y el apenado muchacho bañado en sudor, solo atinó a responder:

—Es que tuve una pesadilla. ¡Fue espantoso!

Los ruidos en el techo continuaban pero esta vez acompañados de los maullidos de varios felinos que combatían mordiéndose y desgarrándose entre sí. LT salió del chinchorro y se quedó de pie, mientras Makumasay le preguntaba:

—¿Qué soñaste?

—Que me venían persiguiendo unos hombres, mientras corría desesperadamente por el bosque. Ellos me disparaban pero no lograban herirme. Corrí y corrí hasta que pude ver un río y me lancé a sus aguas cristalinas, muy profundas. Comencé a nadar, pero sentí que la corriente me arrastraba, por lo que seguí moviendo piernas y brazos hasta el cansancio. El cuerpo ya no me respondía y llegó un momento que me hundi en lo profundo, pero al mismo tiempo sentí que alguien me tomó de la mano y me sacó a la otra orilla. Estando junto a él me advirtió que pude haber perdido la vida. Nunca había visto a ese hombre de piel blanca y espesa barba, con ojos azules, pero me salvó... y ahí desperté. ¡Qué cosas tan raras sueña uno!

—Esas cosas como tú las llamas, pasan, pero te voy a decir algo: si el agua era cristalina es muy bueno, pues eso habla de la pureza y vencimiento de problemas y ese hombre que te salvó dándote la mano, no es otro que Maleiwa. Fue por ti para ayudarte, demostrándote que Él como nuestro Padre, siempre estará en las buenas y las malas protegiéndonos de todo aquel que quiera hacernos daño. Él nunca abandona a sus hijos, así que cálmate, de esta vas a salir. Desde el Cielo te han enviado una revelación contundente.

—Gracias por darme fortaleza con tu apoyo en estos momentos difíciles que estoy viviendo. No es posible que existan personas con tanta maldad en su alma y enfermos de mente y espíritu, convirtiéndose en una amenaza para la humanidad, siendo constructores de infamias y calumnias sin fundamento en mi contra. Más aun, pretendiendo callarme injustamente para que no pueda hablar. Siempre lo diré abiertamente, los ciudadanos tenemos el derecho a usar la palabra, a exigir y reclamar que nos oigan, pues la vía expedita para que nos escuchen es protestando y organizándonos frente a quienes dirigen los destinos del país, pero que están equivocados, errados, desviados de su verdadero objetivo.

Por lo tanto, tenemos la opción de cambiarlos por otros que quieran hacer diferente las cosas estando al servicio de la gente, y no para que nos regalen nada. Quieren comprar así nuestra conciencia con migajas haciéndonos más pobres dependientes de su jauría, y pretendiendo que nos vistamos y comamos lo que ellos quieran para seguir sometiéndonos. Ellos están en la obligación de crear las condiciones necesarias para que podamos tener empleos bien remunerados, y posibilidades de estudiar y llegar a ser buenos profesionales para impulsar el desarrollo de la nación.

¿Por cuál razón tenemos que aplaudirlos cuando hacen alguna obra de importancia para la gente, si esa es su función y obligación moral? Hacen programas sociales, supuestamente dirigidos a los que menos tienen, y al final se enriquecen llenándose los bolsillos de dinero mal habido. Pero así como llega esa rique-

za, así mismo se va, nunca la disfrutarán, por hacer sufrir de pobreza a inocentes. Quisiera verlos llevar a su familia e hijos a ser atendidos en los hospitales y a estudiar en las escuelas públicas, que supuestamente logran construir. Creen que el país es solo de ellos y los demás viven alquilados. Todos tenemos derecho a progresar teniendo una mejor calidad de vida, haciendo realidad nuestros sueños en compañía de nuestra familia y seres queridos.

De esa forma concluyó sus palabras el joven, mientras se escuchaba el canto inconfundible de Mantequilla anunciando la presencia crepuscular, dando inicio a un nuevo día. El acontecimiento había hecho despertar temprano a todos, como queriendo anunciar algo por venir. Nicanor después de escuchar lo acontecido decidió ir a la cocina a preparar un poco de café, para calmar tanto desasosiego vivido en tan corto tiempo.

Las horas seguían pasando sin vacilar un segundo, y se dedicó entonces a preparar el desayuno. Era costumbre entre ellos mantener la despensa, igual que el refrigerador, con suficientes alimentos siempre y cuando tuviesen para satisfacer sus necesidades más elementales, en medio de la crisis económica que estaban atravesando. Pero además mantenerse aislado por las condiciones que atravesaban en el momento, resguardando su seguridad e integridad física.

A media mañana se escuchó un auto que estacionó frente a su casa. Makumasay rápidamente fue a ver de quién se trataba, mientras Kasutay ladraba como

de costumbre. Al mirar por la ventana pudo constatar que se trataba de Dimas, que había regresado nuevamente. Entonces salió a recibirlo, abriéndole la puerta para que entrara, mientras sujetaba al canino, que lo miraba fijamente.

El policía traía un bolso negro en sus manos mientras caminaba. Estando dentro de la casa tomó asiento, diciéndole a su amigo que llamara al joven pues era necesario que los tres conversaran de inmediato. Estando ahí reunidos, Dimas comenzó diciendo que los operativos de búsqueda y control todavía se mantenían en toda la ciudad, y en algunos sitios específicos las olas de protestas seguían sin detenerse, por lo que era necesario moverse lo más pronto posible, pues se hacía inevitable salir fuera del territorio.

En este maletín traigo ropa y zapatos, cámbiate rápidamente, ponte la ropa que traje, pero antes déjame sacar un estuche que traigo ahí. El huésped agarró el paquete y se dirigió a la habitación. Pasados unos minutos salió posando frente a ellos, vestido con un traje de policía. El color verde hacía resaltar la textura de su piel. El comisario preguntó para salir de dudas: —¿Estás cómodo con esa ropa? —Veo que es tu talla, agregó. El uniformado sin perder tiempo respondió que le quedaba bien.

—Entonces siéntate, que todavía falta algo...

Tomó el estuche, lo abrió y sacó unos lentes, un frasco de pega con su gotero y un bigote postizo, procediendo a colocarlo cuidadosamente de manera perfecta, dando la sensación de haber estado ahí durante mucho

tiempo. Le entregó también unas gafas que de inmediato se puso. Lo miró por unos segundos y le pidió que caminara de manera normal, comprobando que el cambio había sido total. Tenemos que aprovechar la hora de almuerzo para movernos con facilidad.

Miró su reloj, expresando que estaban a buena hora y deberían marcharse ya. El estudiante se dirigió a Maku-masay abrazándolo fuertemente y de manera efusiva. La expresión en su rostro reflejaba serenidad y optimismo.

—Cuídate muchacho, le dijo su amigo protector con la voz quebrada. —Estoy tranquilo, pues sé que vas a estar en buenas manos.

Dimas y LT salieron, embarcándose en la patrulla cada uno con un bolso en sus manos. Arrancaron mientras el hombre sin sombrero observaba cómo se perdía en la distancia el polvo levantado por el vehículo que los llevaba. El rumbo tomado había sido en dirección a la ciudad por una de las arterias principales, buscando ubicarse en una de las carreras viales más utilizadas. A lo lejos pudieron visualizar una fila de vehículos que avanzaban muy lentamente. Estando cerca de lo que la originaba, descubrieron el emplazamiento de un retén con algunos agentes. El comisario le precisó a su acompañante que no debía ponerse nervioso ni decir nada. —Actúa con naturalidad, y si preguntan algo me dejas responder a mí. ¿Estamos claros?

—¡Sí señor!, respondió tímidamente el joven ataviado con uniforme.

Los carros continuaban su desplazamiento y les tocó a ellos estar justo al frente de los uniformados que man-

tenían el control de circulación. Uno se acercó, mirando hacia la parte interna del vehículo, y saludándolos con la señal de costumbre, para de seguidas indicar: «siga adelante, comisario». Él movió la cabeza como gesto de agrado y respeto para con su investidura.

Prosiguieron su recorrido, y estando a pocos kilómetros del casco central se detuvo por un momento, tomó su móvil y marcó un número desconocido, manifestándole que iba llegando, que por favor bajara enseguida. Ahora más cerca de su destino, podían divisar algunas embarcaciones entre las cuales se encontraba la «Santa Sofía». Estacionó el vehículo a poca distancia de la plaza de las palomas. (Le llamaban así debido a la gran cantidad de estas aves que podía verse en sus instalaciones, mientras algunos transeúntes lanzaban comida para captar su belleza y colorido, a través de imágenes fotográficas).

Bajaron bolso en mano de la unidad policial, y caminaron hacia el muelle para encontrarse con el navegante que a lo lejos se veía venir uniformado. De repente en el trayecto aparecieron unos agentes aduanales, custodios de las instalaciones, que lo interceptaron con la intención de pedirle algo. Él les dio unos cigarrillos, hablaron brevemente, y continuó en camino para verse con su amigo y el acompañante. Al estar de frente se estrecharon la mano como de costumbre. El comisario le comentó que ese era el «caso» del cual le había hablado. El español saludó amablemente al joven, dirigiéndose ahora los tres hombres uniformados al barco.

El capitán pidió que lo dejaran llevar el bolso para no despertar sospechas, y el trío abordó la nave como si de algo rutinario se tratara. Estando adentro, caminaron por un pasillo para llegar a un pequeño salón donde se detuvieron a conversar. El policía pidió al nuevo tripulante quitarse los lentes y que le permitiera desprenderle el bigote. Quítate la camisa y te quedas en camiseta, le dijo, asombrado al ver el cambio en su invitado.

—Yo a ti te conozco, refirió sonreído.

—Por supuesto, respondió el joven. —Usted estuvo en mi casa en una oportunidad que fue a comer y mi madre le vendió algunas cosas.

—Es verdad, aseveró el marinero. —Bueno, aquí vas a estar en calidad de refugiado protegido por mí. Estoy al tanto de lo que está sucediendo, gracias a la información de mi amigo comisario.

Este último abrazó al joven, dándole unas palmadas.

—Bueno amigo Dimas, dicho esto permíteme llevarte a la salida, de lo demás me encargaré personalmente, dijo el guía del barco.

Fue a despedirlo y regresó a encontrarse con el nuevo tripulante.

—Vamos a tu camarote para que descanses, y más tarde iremos al comedor a almorzar, pues mañana a primera hora zarpamos al viejo continente...

Encontrándose en el camarote, estresado y agotado, LT comenzó a revisar el bolso para tener a mano su documentación y pasaporte. Pasadas algunas horas tocaron a la puerta, y al abrir se encontró con un marinero que vino a buscarlo para llevarlo al comedor. Es-

tando en la mesa los dos hombres, sirvieron la comida y comenzaron a almorzar. Luego de terminar se quedaron un rato más conversando y contando anécdotas, pues el navegante quería conocer a profundidad cuál había sido el origen de lo acontecido.

El estudiante lo observó detenidamente con mirada fija y serena, mientras le fue diciendo pausadamente: —Primeramente debo dar gracias infinitas por su apoyo y respaldo, la verdad es que no ha sido fácil esta situación. Quiero contarle sin palabras rebuscadas ni mayor tecnicismo, para graficarle con la mayor transparencia posible los hechos, y pueda así comprenderme. Mis padres siempre me enseñaron a ser respetuoso, pero además junto a mi hermana nos inculcaron valores y principios morales, apegados a las más elementales creencias religiosas. Nos enseñaron a honrar a Dios, Padre creador del universo, pero también a nuestros antepasados, de quienes heredamos la sangre heroica que corre por nuestras venas, inspirados en las luchas libradas por la casta a la cual con orgullo pertenezco. Desde niño mis padres me llevaban al colegio y me recogían de regreso al hogar. Ellos son de origen humilde pero respetuosos, trabajadores, sencillos, cariñosos, llenos de amor para con nosotros.

Con su apoyo logré ingresar a la universidad donde aprobé todas las materias cursadas durante mi carrera, y solo me falta recibir mi título de grado. Ahora ando en esta situación solo por el motivo de estar al lado de los que menos tienen, siendo ellos los más vulnerables ante la desigualdad social que estamos viviendo. Hoy pretenden

criminalizar y judicializar mi accionar social, e imputarme delitos en los cuales no he estado involucrado. Solo mentes perversas y enfermas son capaces de fabricar tales expedientes viciados, pretendiendo enviarme tras las rejas para confinarme en las mazmorras del olvido, donde reinan solo la oscuridad y el silencio sepulcral.

Es un lugar custodiado por fieras llenas de frustración y odio en su alma, que hablan con su putrefacto verbo de azufre volcánico, mientras el verdugo azota despiadadamente con el látigo encendido de furia. Así van desgarrando el espíritu y llenando su carne de cuanta cicatriz soporte su rostro para siempre, quedando grabados en lo más profundo de sus entrañas, los gritos de libertad refrendados con lágrimas y sangre.

Hacen resonar la mente de quienes aspiran justicia e igualdad para los pueblos que aman ser libres y progresistas, constructores además de un mejor futuro traducido en gran porvenir. He tenido la posibilidad de hacer amigos en todas partes, de conocer muchas personas, de apoyar y ayudar sin interés alguno a todo aquel que me lo ha pedido. Lo practico y lo seguiré haciendo pues corre por mis venas desde niño ayudar a los demás; eso lo llevo dentro de mí.

Es algo heredado de la genética de mi madre, y que pongo en práctica desde mi casa y doy gracias a Dios por unos amigos que ayudé cuando estaba al frente de la presidencia estudiantil, y debido a eso es que estoy en libertad y frente a usted.

Morell lo escuchaba atentamente sin querer interrumpirlo, pero fue obligante preguntarle cómo era eso de que por sus amigos estaba libre.

LT tomó un vaso que se encontraba sobre la mesa y bebió un trago de agua para continuar su explicación. —Uno de ellos cursó algunas materias conmigo, y hoy día pertenece a esas fuerzas de captura que buscan detenerme. Él me mantenía informado de todos los pormenores de las acciones forjadas en mi contra, a tal punto que gracias a él, mi familia tuvo conocimiento con antelación del día y la hora en que fueron a mi residencia los esbirros, pues les informé minutos antes de escapar para frustrar el arresto. Mamá lloró desesperadamente, a mi padre se le mojaron los ojos y qué decir de Anastasia, que gritaba de desesperación al saber que tenía que huir, pues de lo contrario no lo estaría contando y el resultado sería otro.

Hoy me corresponde estar lejos de mi familia. Ellos son todo para mí, pero no podía correr el riesgo de hacer sufrir a mis padres cada instante, mientras me pudría en uno de esos calabozos, donde no se sabe lo que es un rayo de sol, y mucho menos respirar aire puro. Y todo esto, solo por pensar distinto a mis captores.

Por tal motivo debemos decir con mucha franqueza que la vida está llena de sorpresas, y muchas veces uno recibe ayuda de quien menos la espera. Por eso no podemos ir por la vida perjudicando a nadie, o confrontando a los demás. La vida es para hacer amigos y servirle al prójimo sin perder la fe y la esperanza; después se ven los resultados. Si se actúa de una manera distinta, se recogerá lo sembrado.

El capitán aprovechó la pequeña pausa, para intervenir:

—Bueno hijo, mi familia también vivió tiempos difíciles durante la dictadura. Pero lo más importante es que estando unida se pueden vencer los obstáculos conseguidos en el camino. Aquí tienes un amigo para ayudarte, puedes contar con eso. Preparémonos, ya que mañana partiremos rumbo a mi país, donde te albergaremos y daremos cobijo como uno más de nosotros, viviendo con autonomía plena. Luego de zarpar tan pronto lleguemos a aguas internacionales, vamos a tratar de comunicarnos con los tuyos para que puedas saludarles, y que ellos sepan de ti y que tú sepas de ellos. Así que anda y descansa, pues el viaje es largo.

Mientras todo esto acontecía, Dimas se dirigió nuevamente a casa de Nicanor para informarle y ponerlo al corriente del éxito rotundo en la operación llevada a cabo para poner a salvo a LT, manteniendo siempre la noticia bajo la más estricta confidencialidad.

CAPÍTULO VII

LA BÚSQUEDA

El viaje continuaba, mientras las detenciones seguían produciéndose buscando al líder del movimiento estudiantil. Los jóvenes se convirtieron en la reserva moral de la sociedad, que reclamaba infinidad de problemas y dificultades que atravesaba la gente, manteniéndose en la calle sin descanso. Ese día los comerciantes y productores agrícolas cerraron las diferentes vías de acceso a la ciudad, buscando presionar para detener la ola represiva que se acentuaba sobre toda persona que participara del conflicto habido.

A primera hora Miguel Ángel acompañado de la profesora Clara y un grupo de jóvenes universitarios, salieron a la calle a hacerse solidarios con quienes mostraban su descontento. Estando en una esquina haciendo acompañamiento, fueron abordados por varios uniformados en moto, produciéndose la detención inmediata y arbitraria de todos los presentes. Comenzó entonces un vaivén de empujones y reclamos. Clara y otros profesores se identificaron como docentes universitarios, tratando de crear un ambiente para la mediación con los funcionarios, buscando con esto que los jóvenes quedaran en libertad, pero todo resultó infructuoso ante los atropellos.

Se veía cómo los montaban de manera forzada procediendo a llevárselos contra su voluntad a los comandos respectivos. Miguel Ángel solo escuchaba la

voz de algunos uniformados pedir que llevaran a los demás. A él lo habían llevado a un pequeño salón donde lo mantenían aislado, sentado y mirando a la pared. Al rato llegó uno de ellos con rango de capitán y le dijo que se diera la vuelta; lo miró y comenzó a proferir una serie de impropiedades e insultos en su contra. Sacó su arma y la colocó sobre la mesa. Miguel Ángel lo miró fijamente, y en ese instante se le vino todo tipo de pensamientos a la mente. Aun así se mantuvo firme y sereno, pues consideró que no era momento de heroísmo ni mucho menos de ser protagonista para la historia. Solo se encomendó a Dios, que es el único que todo lo puede.

Y precisamente se aferró a Él, aunque es justo decir que sintió miedo al ver la pistola fuera del cinto, pues entendía claramente la intimidación con la cual quería someterlo. De repente, el déspota oficial le dijo: —¿Así que tú eres uno de los desadaptados que han hecho que debemos estar todo el tiempo en la calle, sin poder descansar, dormir, o comer por estar ustedes con su bochinche? Vamos a ver qué vas a sentir cuando te meta este cañón en la boca y te desprenda el cerebro; después diré que intentaste desarmarme y en medio del forcejeo se disparó el arma, y así justificaría todo lo que va a suceder. ¿A quién crees que van a creer? ¿A mí o a ti, que estarías muerto, en medio de un charco de sangre?

Nuevamente fijó la mirada en su rostro y notó que sus ojos desprendían destellos de una extraña mezcla de furia con resentimiento y odio, mientras sus labios

silueteaban figuras quebradizas, mostrando su dentadura con la intención de proyectar ferocidad y desgarradora malicia. Todo esto seguido de una aterradora voz que asomaba profundas ganas de venganza, queriendo saciar su impudicia al ver su presa aniquilada.

En ese momento entró otro efectivo del mismo rango, quien lo detuvo, llamándolo a reflexión con respecto a lo que estaba haciendo, e indicándole que no era lo correcto. Sin embargo, el malvado capitán sonrió y pidió de manera tajante que lo dejara «acabar con las ratas». Sin dudas, era visceral lo que tenía sembrado en su corazón, mientras su cuerpo estaba cubierto por el verde olivo utilizado para mancillar la dignidad, de quienes no gozaban de las prebendas que otorga el poder. Marcaba así la diferencia con quienes viviendo en armonía y respeto, se mantenían apegados a los más fieles principios.

Después de hacer desistir a su compañero de armas, se sintió un agobiante e incierto silencio que pareció absoluto por pocos minutos. Tras el *impasse*, Juan Morales Camacaro tomó la pistola y junto a su compañero de armas salió del lugar.

Después de varias horas, la nocturnidad comenzó a hacer acto de presencia. El joven estudiante fue trasladado a un pequeño calabozo dentro del complejo policial. Ahí mismo le sirvieron algo de comer, sin tener aún información sobre la razón legal de su privativa de libertad. En la oscura instalación donde se encontraba recluido, solo podía escuchar el sonido generado por los mosquitos que se acercaban repen-

tina y fugazmente a sus oídos. El olor a rancio que habitaba en el pequeño espacio, hacía irritar la mucosa nasal, y era tal el nivel de hediondez alojado en el lugar, que se hacía difícil respirar de manera normal para lograr dormir y descansar.

Todo se había convertido en una pesadilla para él. Mientras, el resto de amigos y compañeros se encontraban en otra celda a varios metros de distancia, sometidos también de manera injusta a la incomunicación. Al día siguiente muy temprano lo sacaron para llevarlo junto al resto de detenidos, a un galpón para ducharse. Ahí pudo ver a otros miembros de su equipo, que se miraban haciendo señales, tratando de saber en qué condiciones se encontraba el otro. Se podía observar las caras largas y el desánimo; estaban como frustrados, con la mirada perdida y sin esperanzas de salir de aquel horrible lugar. Se veía tan tenebroso, que transmitía desasosiego y pánico. Nadie estaba seguro de qué cosa estaban enfrentando.

Al salir de allí se les entregó ropa, y la mayor sorpresa para Miguel Ángel fue descubrir que la misma le pertenecía y la había llevado su familia a petición de los custodios. Después de haberse cambiado de vestimenta, lo sacaron a un pasillo amplio donde estaban todos los arrestados, y los llevaron en fila a un estacionamiento para abordar un bus que los trasladaría al juzgado donde les harían saber de los cargos (ficticios) que se le imputaban a cada uno.

No era de esperarse algo diferente para quienes estaban en el banquillo de los acusados. Incluso llegó

un momento donde pretendieron separar la causa para recluirlos en lugares diferentes. En su caso, querían enviarlo a la sede principal ubicada en el epicentro del poder, donde se toman las decisiones de alto nivel. Sin embargo, al escuchar el dictamen final, solo quedaba encomendarse al Creador para que eso no pasara.

Después de varias horas de encuentros y desencuentros entre quienes tenían que tomar la decisión, optaron por trasladarlos a 1200 kilómetros de donde se encontraban, buscando además mantenerlos fuera del alcance de la familia. Recibió la fatídica noticia trastocándolo a tal punto, que sentía que le desgarraban el alma. Aun así, se mantenía bajo sus convicciones y principios libertarios, consagrados en la auténtica expresión de los ciudadanos, aprendidos en la Escuela de Periodismo. Los sacaron de donde estaban para que pudiesen ver a sus padres y profesores, quienes los acompañaban de manera solidaria junto a estudiantes y afectos, como si se tratara de una sola familia.

Al encontrarse frente a ellos se le hizo un nudo en la garganta, y los miró haciendo un gesto de sonrisa con los labios cerrados. Minutos después abordaron la unidad que los trasladaría rumbo al destino inesperado. El trayecto fue de muchas horas de recorrido y aunado a esto, hubieron de soportar el agotamiento físico y mental al que estaban expuestos desde hace días. A mitad de camino se detuvieron en un comando, debido a que no conseguían combustible para continuar el viaje.

Después de varias horas de espera, retomaron nuevamente la ruta. Llegaron al fin, pasada la tarde del si-

guiente día. Hambrientos y agotados, solo aspiraban descansar y comer algo para combatir el intenso ayuno al que fueron sometidos. Todas estas penurias se debían a la osadía de pensar distinto a la camarilla que detentaba el poder. Estando ya en las instalaciones penitenciarias, a todos les entregaron un uniforme y fueron directo a darse un baño. Después llevaron un pan y un trozo de queso a cada uno. Con solo eso en el estómago, se dispusieron a dormir esa noche.

El siguiente día antes del amanecer, comenzó a escucharse el sonido de un pito que el carcelero usaba como despertador. Seguidamente salieron al patio central donde pasarían lista presencial. Luego de ese procedimiento rutinario, fueron trasladados a un salón donde comenzaron el día escuchando un sermón sobre principios éticos, poniendo como referencia algunas figuras emblemáticas, ejemplares según ellos, y quienes en décadas anteriores solo fueron carniceros fortuitos, hambrientos de codicia y venganza, resentidos que solo auspiciaron proyectos sanguinarios envueltos en banalidades, donde la vida no tenía ningún valor.

Captaban incautos, más que todo jóvenes que se dejaban influenciar por ideas y proyectos trasnochados que solo conducían a la esclavitud del ser humano. Después de años aplicando esa práctica, terminaban viviendo en la ruina y en la más profunda miseria. Era una utopía filosófica y dogmática que oscurecía el mundo propiciando el aniquilamiento del hombre producto del romanticismo fracasado, llena de frases y enunciados estimulantes al oído,

pero desfasados de la realidad social. Era pura basura ideológica, cundida de peste y virus mortíferos, alienando la mente de los más débiles y convirtiéndolos seres autómatas de depósito.

Ahora ellos se encontraban formando parte de ese conglomerado que escuchaba aquellos despojos doctrinarios fracasados; sin embargo, tenían otra visión de lo que debería ser el mundo civilizado y su destino.

Fueron varios los años que pasaron ahí sin poder compartir con los seres queridos. Aislados en esas cuatro paredes reían, lloraban y recordaban historia, hacían pactos y juramentos, contaban anécdotas, se apoyaban, y todos hacían nuevos amigos que llegaban producto de la persecución. Pero también seguían apelando e insistiendo sobre las medidas que reposaban de manera injusta en sus espaldas. La distancia hacía dificultosa la visita de los familiares y compañeros de lucha. Pero aun así, no habían perdido la fe y seguían luchando con fuerza.

Miguel Ángel recordó el día que llegaron a ese terrible lugar. Le tocó levantar la colchoneta donde esa noche dormiría, y al hacerlo encontró una estampita del hijo del creador del universo, cargando una cruz en sus hombros y vestido con túnica morada y una ensangrentada corona de espinas. Para él fue como un mensaje revelador que le estaban enviando. La guardó en un sitio seguro aferrándose a ella. Todas las noches antes de dormir destinaba unos minutos para hablar a solas y contarle sus penas y angustias. Al día siguiente continuaba con la rutina diaria.

Quizás la estadía tras barrotes de acero, puede llevar a entender la vida desde otra perspectiva, valorando la libertad con mayor énfasis, defendiéndola con la vida si fuera necesario. Hoy comprende por qué la humanidad ha sufrido tantos encuentros bélicos promovidos por legiones del mal, que intentan someter y esclavizar al ser humano para llevarlo por el camino de la perversidad, la destrucción y además sembrado de ideas que vulneran los más elementales principios de la creación.

Entendió que es necesario que todos cierren filas para defender los derechos fundamentales, pues lo que pasó, le permitió reflexionar y madurar más y poder entender con claridad que no podemos seguir viendo la vida desde una perspectiva llena de inocencia e ingenuidad, sin malicia, frente a la jauría de fieras que se presentan a diario en nuestro alrededor, devorándonos sin clemencia alguna, destruyendo y liquidando a quien se le ponga al frente solo por el hecho de representar intereses colectivos y no sus intereses personales.

CAPÍTULO VIII

LA MEDITACIÓN

Makumasay después de haber hablado por varias horas con el comisario Dimas, consideró necesario dirigirse a casa de Torres, quien se encontraba inquieto y desesperado por el paradero de su hijo. Llegó a casa de su amigo para informarle sobre los pormenores de todo lo ocurrido, y notificarle que Luis estaría navegando hacia Europa con el capitán Morell. Se miraron y sintieron tranquilidad, respiraron profundo y recobraron la paz en su interior y mientras sonreían, Ceferino se levantó expresando con palabras claras y concisas – uniendo las palmas de sus manos – que gracias a Dios su hijo estaba en buenas manos. El hombre sin sombrero vio a sus compañeros de generación más tranquilos y decidió marcharse para continuar sus labores.

El tiempo pasaba sin detenerse, y seguía dedicado permanentemente a servir a quienes, según él, le abrían los caminos, ayudándole a conseguir trabajos esotéricos y nuevos pacientes. Esto le generaba ingresos, traducidos en dinero obtenido por los servicios prestados. (Aunado a esto, también obtenía ingresos a través de la preparación de medicamentos a base de yerbas, raíces, y grasa o aceite extraídos de algunos animales cuando lo requería). El clima durante esos tiempos se había tornado borrascoso y a la distancia podía observarse cómo las nubes se desplazaban auspiciadas por la corriente que impulsaba su forma-

ción, desatando un ataque enfurecido en el cual las ráfagas de lluvia castigaban sin misericordia todo lo que conseguían a su paso. Sometían edificaciones, árboles y transeúntes si se encontraban a la intemperie. Esos tiempos se convirtieron en inolvidables, pues tales fenómenos meteorológicos se presentaban esporádicamente en esas costas portuarias.

Había terminado la pesadilla de estar confinado producto de la pandemia, ya erradicada en su totalidad, pero habiendo cobrado un número incalculable de vidas humanas. Esto último llevaba a replantearse la necesidad de saber el paradero de familiares lejanos y amigos, pues al preguntar por ellos, se enteraban que algunos habían dejado de existir a consecuencia de la terrible enfermedad, mientras otros se encontraban desplazándose desesperados por la crisis reinante, buscando vías de escape a través de la selva inhóspita, o cualquier otro mecanismo que le permitiera conseguir una nueva esperanza, para consolidar un futuro prominente que garantizara una mejor calidad de vida.

En aquellos días, el hostigamiento y la persecución se acentuaron de manera despiadada contra quienes desafiaban el *statu quo*. Las detenciones se intensificaban cada día, originando el arresto de hombres entregados a divulgar la palabra del Señor. También los medios de comunicación que difundían un pensamiento contrario al poder, eran blanco de persecución. Todo se había convertido en un asedio constante y la cacería a la disidencia era la herramienta utilizada como método para someter e invisibilizar el descontento

popular. Dirigido por las fuerzas retrógradas del momento, parecía que todo formaba parte de un plan muy bien orquestado y conjurado por hechiceros pertenecientes a las viejas legiones compuestas por los dun dun, en una especie de experimento social puesto en marcha, para seguir controlando territorios y dominando a sus habitantes.

Varios años después siendo sábado, se levantó muy temprano como de costumbre. Era normal por su ritmo de vida llevado desde hace mucho tiempo, al punto que su reloj biológico lo hacía abrir los ojos al final de la madrugada, sin mayor esfuerzo y sin utilizar despertador. Ese día uno de sus hijos, de los veintiuno que tenía, lo iría a visitar. Trataba de tener la casa en óptimas condiciones, limpia y ordenada. A media mañana apareció el muchacho tocando la puerta, mientras Kasutay lo olfateaba por los pequeños orificios de la misma. Nicanor fue a abrirle, y emocionado lo abrazó como nunca lo había hecho, transmitiéndole cariño y amor con el calor que podía.

—Hijo mío, ¡tiempo sin verte!

Él por su parte, le pidió la bendición y agregó:

—Bueno papá, aquí estoy nuevamente visitándote. Hace tiempo no venía, pero ahora estoy aquí contigo.

Dieron unos pasos y entraron a la casa, colocando sobre una silla un bolso viajero con sus pertenencias. El padre lo invitó a seguirlo hasta la mesa del comedor, donde tomaron asiento para descansar un rato. Después de conversar corto tiempo, le manifestó que lo dejara prepararle algo de comer, pues debía tener ham-

bre. Rápidamente fue hasta la cocina, donde se puso a cocinar para los dos. Luego de haber desayunado, salieron a la enramada al final de la vivienda. Debajo de ese techo de chapas galvanizadas, se protegieron de los devastadores rayos solares que se reflejaban en el concreto pulido que cubría parte del espacio.

Makumasay colgó un chinchorro para que su descendiente se acostara un rato y pudieran platicar abiertamente sin ningún tipo de restricción. El joven pertenecía a la casta Pushaina proveniente de su madre, mientras su padre era Pausayuu. La mayoría de sus hijos venían de vientres wayúu con clanes distintos a los de él, excepto seis que habían nacido de progenitoras alijunas (no wayúu).

—Cuéntame hijo, ¿cómo están tus cosas?

—Papá, la situación sigue difícil, es muy poco el trabajo que se consigue y el dinero no alcanza. Ahorita estoy en un empleo donde el sueldo no es mayor cosa, pero es preferible tener algo a no tener nada. Con lo que gano medio comemos, es decir, no estamos alimentándonos como debe ser. Sin embargo, nos permite no desvanecernos de hambre. Consigo vender algunas cosas relacionadas con repuestos de refrigeración y con eso también me ayudo. Producto de esas ventas, saqué algunos pesitos para venir a visitarte; mi hermana se fue al norte hace algún tiempo buscando un mejor futuro. Allá se casó, está trabajando en una empresa de consumo masivo y todos los fines de mes envía unos centavos para ayudar a mi madre.

He estado tentado a marcharme también, a buscar otros horizontes, pero no lo he hecho creyendo que esto pueda cambiar, sin embargo todo sigue igual o peor que antes. A veces no sé qué pensar. Quisiera terminar mis estudios superiores, casarme y llegar a tener mi familia, poder adquirir mi propia casa producto de mi esfuerzo y sudor, aun cuando ahora todo cuesta una fortuna. Todo se ve tan difícil, que muchas veces termino dando la razón a mis amigos, pues muchos se han ido sin la idea de regresar. Dios permita que toda esta desgracia pase, para no seguir pensando de esta manera y seguir estando al lado de ustedes. Debe ser muy triste para quienes se van a otras latitudes, no poder ver a sus seres queridos y tener que lamentar de lejos la partida de alguno de ellos. Sé de una muchacha que se fue y dejó los hijos con su abuela. De otro que se le murió un familiar, y no pudo estar allí, acompañándolo, para darle el último adiós.

Ver cómo se desintegra la familia es triste y lamentable, cada quien por su lado tratando de sobrevivir. Qué bonito sería poder reunirnos los fines de semana como antes, vernos y compartir juntos. Extraño tanto aquellos momentos, donde la solidaridad estaba por encima de cualquier cosa y muchas veces me pregunto ¿cuándo será el día que nos podamos reencontrar nuevamente? ¿Cuántos años tendrán que pasar para que suceda ese milagro? Pareciera como dices tú a veces, «será que nos echaron una brujería para desintegrarnos y acabar con todo».

Makumasay lo miraba escuchando con detenimiento para poder dar una respuesta a las interrogantes que refería su hijo.

—He escuchado tus inquietudes y quiero decirte, con toda la franqueza de mi vida, que como hombre he cometido infinidad de errores que a estas alturas de mi edad reconozco, pero además tengo que pedirte perdón a ti y a tus hermanos, y por supuesto a la madre de cada uno de ustedes. Durante un largo tiempo he venido reflexionando profundamente, creo que los años nos llevan a tomar esas determinaciones.

Debo comenzar diciéndote que el ser humano nace libre, pero además cada quien trae un talento desde el Cielo, que en este mundo desarrolla y pone en práctica para luego vivir de eso. Siempre lo he dicho y seguiré diciéndolo sin descansar, que la mejor prueba de lo que afirmo soy yo mismo. Desde joven adquirí los conocimientos que poseo, logré ayudarlos a ustedes a levantarse, a salir adelante, a comprar sus cosas, a darle estudios, a proveerlos de alimentación, vestuario, medicamentos cuando enfermaban, sus regalos, todo esto debido a que ganaba dinero pero lo más importante en la vida nunca se los di, que no es otra cosa que el amor de un padre, el cariño y afecto paterno. El poder tener una verdadera familia, de abrazarlos y besarlos cuando se iban a dormir. Así como llevarlos a la escuela o alguna fiesta de sus amiguitos durante su niñez, o llevarlos a comer al parque para distraerse. Consolarlos cuando lloraban y poder secar las lágrimas con mi camisa, y más aún, protegerlos de cualquier peligro que los estuviese asechando.

Hablar de todo esto me da tristeza y melancolía, pues tener a varios hijos en diferentes mujeres no es una

gracia para enorgullecerme y mucho menos me hace sentir un ser plenipotenciario. Hoy creo que fui un gran cobarde e irresponsable por cometer tantas faltas con quienes llevan mi sangre. Algunos de ellos, igual que tu hermana, se nos fueron lejos, sin tener la oportunidad de volver a verlos, a lo mejor nunca jamás regresarán. Muchos de los que están fuera me llaman para saber de mí y me envían cosas desde donde están, haciendo su mayor sacrificio. Debo señalar que sus progenitoras son unas extraordinarias mujeres que les brindaron todo lo que les negué, principalmente amor y cariño. Por eso llevo en mi alma una daga clavada que me genera un profundo dolor, la cual jamás podré arrancarme.

Me embargará la nostalgia durante el resto de mi vida. Esas cosas me pasaron y no quiero que te sucedan a ti, mi abuelo me enseñó lo que soy. Allá en la ranchería, donde viví desde la infancia recuerdo cuando naciste, ese mismo día nació otro de tus hermanos cerca del hospital donde estabas tú; te vi por varios minutos y corrí directamente a donde había nacido mi otro hijo. Por esa razón tu mamá me dejó cuando se enteró, pues ya sabes que entre Cielo y Tierra no hay nada oculto. Siempre debemos decir la verdad, debido a que tarde o temprano se sabrá todo. Te lo digo para que no pases los sinsabores que me han tocado a mí. Me dio miedo contarle a ella ese desliz sentimental.

Fíjate que los seres humanos nacemos con mucho miedo, es el elemento frenador. Para vencer los obstáculos y triunfar, hijo, es necesario combatir nuestros propios

miedos. Es lo que hacen muchos gobernantes para someter a la humanidad, promover el miedo. Ese mismo que se apoderó de mí. Sepamos entonces que la única manera de vencerlo es enfrentándolo con la verdad, para desnudarlo, y dejarlo indefenso ante nuestros temores. Recuerdo que me costó demasiado al principio de las enseñanzas de lo que hoy represento, pues no lograba encajar en esos principios que ahora practico. Hoy en día, sin embargo, todo es proponerse en la vida para alcanzar las metas.

La lucha es nuestra, y parte desde la profundidad de la mente de cada quien. Ahí radica el poder de ser uno mismo y así descubrir el mundo, pues la riqueza de la humanidad está dentro de la misma persona; no está representada en el oro o la plata que se pueda tener o en bienes que poseamos. Además, considero que somos unos grandes ignorantes, pues de lo contrario no aprendiéramos todos los días algo diferente para hacernos más grandes. Los estudios son la única herramienta que tenemos para superar nuestras debilidades y poder crecer como sociedad civilizada. Tenemos que evolucionar en la vida y pasar las etapas formando nuestros propios ciudadanos para crecer como pueblo, sin obviar que debemos ir de la mano de la tecnología y la ciencia y ponernos en sintonía con el mundo globalizado, rompiendo paradigmas. No tuve la oportunidad de tener mayor formación académica, pero me instruía de manera autodidacta, leía todo lo que se me presentaba, para saber y conocer la realidad de lo que verdaderamente somos. Fíjate

que antes de llegar los españoles al continente a visitarnos, ya lo habían hecho los franceses e ingleses con quienes se tenían relaciones de todo tipo. Es tanto así, que podemos ver algunos hombres y mujeres de nuestra casta que tienen ojos azules o verdes, producto de ese mestizaje. Pero además podemos decir con orgullo que la mujer wayúu con su manta es la más hermosa y elegante de las damas, y la mejor muestra es tu mamá. Ella perdió la confianza en mí, pues la defraudé y cuando esas cosas suceden, cuesta mucho recomponerlas. Es como cuando se nos estalla un espejo, podrás pegar sus cristales, pero jamás será igual, sus fracturas se notarán, a lo mejor se reflejarán muy poco, pero se mantendrán unidas producto de algo que no las deja separarse. Que estará ahí, en lo profundo y en lo superficial siempre. Estará la herida latente pues las moléculas que las unifican están dispersas, rechazándose entre sí por falta de credibilidad. Lo mismo pasa en las economías devastadas por la incertidumbre, producto de decisiones erradas, adornadas de elementos ideológicos arcaicos que contaminan el ejercicio pleno, para robustecer la musculatura de un país y traducirla en bonanza, bienestar y estabilidad social. Esta a su vez tiene que ser vista como parte de las libertades donde el respeto al derecho de propiedad, al libre mercado, al impulso de las riquezas, al intercambio comercial y la producción de bienes, fueron parte del legado de nuestros ancestros, quienes nos enseñaron a trabajar duro para multiplicar lo poseído y para hacer grande y fuerte a la familia.

Esto nunca significó dejar de ser libre, pues la libertad no tiene precio; por más que se le quiera colocar no podemos entrar en un mundo de conformismo. Esta expresión está prohibida en nuestro lenguaje, debido a que somos emprendedores por naturaleza, respetuosos de la palabra y de la ley. Recuerdo, hijo, que en una oportunidad mi abuelo, en la rancharía donde vivíamos, era el que ayudaba a resolver los problemas que se presentaban. Él siempre hacía referencia al cumplimiento de las normas y leyes por parte de sus habitantes, logrando vivir en armonía permanente. Muchos países poseen reglas jurídicas de convivencia de centenares de años y hasta la fecha no las habían modificado. A lo mejor lograrían hacerle algunas reformas de adaptación, manteniéndose bajo el respeto a la ley, convirtiéndose en sociedades fuertes apegadas a la justicia.

Sin embargo, observamos otros grupos que al llegar comienzan aboliendo su texto constitucional con el pretexto de modernizarlo, pero en el fondo es con el objetivo de solo satisfacer el ego y las ambiciones de quienes ostentan el poder para perpetuarse en el mismo. Mi abuelo era muy apegado a la palabra, pues decía que quien no cumple su palabra empeñada, no es digno de respeto, convirtiéndose en nadie en la vida, sin valor alguno. Esos principios deben rescatarse del abandono, desidia y descomposición social en que estamos inmersos permanentemente, producto del populismo generalizado que se vive a diario generando crisis y allí es donde brotan las miserias

humanas. De verdad que la conversación ha estado muy amena, pero debemos comer, el hambre me está pegando un poco.

Temprano, Makumasay había sacado un poco de ovejo del refrigerador, más queso y plátano que también tenía por ahí reservado. Procedió entonces a preparar un improvisado asador con leña. En medio del ir y venir en busca de las cosas, seguían conversando de manera interrumpida mientras el joven continuaba en el chinchorro, viendo y escuchando a su padre. Nuevamente, retomó la conversación que había estado desarrollando:

—Fíjate, comenzó diciendo, mi abuelo quería hacer en la ranhería un pozo para buscar agua en la profundidad de aquella tierra, pero donde la sequía castigaba a todos sus habitantes, no sabía dónde cavar. Se le ocurrió buscar a un alijuna que supuestamente sabía de eso, y un día llegó el señor en una moto vieja que se escuchaba a kilómetros de distancia. Preguntó por él y los vecinos lo enviaron a la casa donde vivíamos. Cuando estuvo en el frente sentí un ensordecedor ruido, y salí a ver de qué se trataba.

Un hombre delgado y pequeño de estatura me preguntó por él. Corrí a buscarlo para avisarle y le dije que lo buscaba un señor (él todavía tenía la costumbre de usar wuayushe o guayuco), lo acompañé hasta donde estaba el visitante, se saludaron y comenzaron a caminar mientras hablaban. El motorizado metió su mano en un bolsillo para sacar trozos de alambre, los dobló en forma de L y los colocó nuevamente en su mano,

cerrando el puño. Le preguntó al jefe de la ranchería dónde quería que se hiciera el hueco para el pozo, a lo cual mi abuelo respondió que le gustaría al lado de la casa. El pequeño hombre caminó en varias direcciones de la vivienda, diciéndole que en la parte donde abuelo quería no había agua, y entonces fueron a ver cerca de la mata de cují. Al probar en el sitio, los trozos de alambriillo comenzaron a moverse como agujas de reloj. Sonriendo, el pocero dijo: «aquí sí hay».

El jefe también mostró una sonrisa, aseverando que sabía que en ese lugar había agua. Seguidamente acordó un nuevo encuentro con aquel extraño individuo para fijar costos. Para él, lo más importante era elaborar un plan a seguir para ejecutarlo. La generación de esa época, a diferencia de estos tiempos, solía ser solidaria, recia, hospitalaria, creativa, dedicada, constante, disciplinada y organizada. Ese era el secreto para triunfar en la vida, la diferencia de hoy es que tenemos tecnología avanzada, recalcó Makumasay. A las semanas los trabajos comenzaron, y se mantuvieron sin parar. A diario el hoyo se veía más profundo, pero sin aparecer el vital líquido. Luego mi abuelo tuvo que irse de viaje por asunto de negocios a buscar una mercancía en uno de los tantos puertos clandestinos improvisados que existían para el momento. Papá asumió la jefatura y coordinación de la obra, dándole continuidad. Esta perforación se iba revistiendo con alambre y cemento para evitar que sus paredes fuesen a derrumbarse.

Semanas después se escuchó un grito de alegría en las profundidades: ¡agua!, ¡agua! decían sin parar. Ese día

fue de celebración, y mientras esperábamos el regreso de mi abuelo para darle la grata noticia, todos comenzaron a surtirse de esa bendición divina, que nos permitía saciar la sed. Mi abuelo nunca más retornó a la casa. Luego me enteré que lo habían asesinado a tiros en esos parajes, cerca de donde se dirigía a cerrar un trato. Los asesinos lanzaron su cuerpo al mar atado con cadenas, mecates y rocas para que jamás saliera a la superficie. El día que lo supe no aguanté las ganas de llorar, pues él no se merecía eso que le hicieron, ya que su dedicación diaria era al trabajo. Solo sabía de algunas diferencias y rencillas con alguna gente por cuestiones de celos y rivalidad entre familias, debido a la venta de licor de contrabando.

Después, con el tiempo, me enteré por boca de mi tío «Ratón», que quienes lo asesinaron pasaron a mejor vida, aplicando la ley de nuestros antepasados. Esta circunstancia me obligó a irme a la ciudad, lo que representó una verdadera aventura, pues allí no conocía a nadie ni tenía ningún familiar. La vida es un paseo. Somos viajeros en este mundo. El gran Pushaina como lo llamaban sus amigos, trascendió en vida. Me colocó en la muñeca este amuleto que aún conservo, más la tuma, y me enseñó a soñar desde muy niño, cuando me decía: «Ayudemos a sanar a la gente y formémosla para que aprendan a salir adelante. El que no sueña no tiene derecho a nada. Todos podemos llegar a donde queremos, solo debemos proponérselo. Lo importante, es tener voluntad para alcanzar las metas».

Hizo una pausa, para de forma amena decir:

—¡Sentémonos a la mesa, pues en este momento nuestro objetivo es comer!

Empezaron a reír los dos, disponiéndose a iniciar la comelona que Nicanor había preparado. El sol se hacía sentir, castigándolos con el calor que se acentuaba sin clemencia.

—Siempre te daré consejos y recomendaciones, tú decidirás si los tomas o no; lo cierto es que por estar creyendo en esa ideología que muchos amigos practicaban, de tener mujeres por todos lados, me llevó a que todo se me derrumbara, emulando las doctrinas y prácticas de quienes creía eran mis amistades. Nunca usé lo que ustedes llaman preservativo o «sombbrero», pues no había cultura para eso y todo era un mito. Hoy vivo solo, con muchos hijos, pero en un refugio solitario acompañado de aquellos que se encuentran en otro plano astral, continuando el viaje a la profundidad del cosmos. Por eso pienso en grande, sin mezquindad, ni revanchismo, ni odios que puedan enfermar el alma.

Después de varias horas de compartir, recogieron todo y entraron a la casa para descansar y dormir. El hombre sin sombrero había pasado un día lleno de reflexión y alegría ante la visita de uno de sus tantos descendientes, que llegaron a estas tierras enviados desde el Cielo. Al día siguiente continuaron compartiendo. El muchacho le comentó que quería invitarle a almorzar en la calle, en un restaurante donde pudieran estar juntos como padre e hijo, darse esa oportunidad, pues al siguiente día debía continuar su camino.

Todo se dio como lo pensaron, ese día se convirtió en el mejor del mundo por haber vivido y recordado compartiendo con su propia sangre, ese símbolo de alegría y satisfacción que había perdido hacía muchos años por su inestabilidad sentimental. Regresaron a la vivienda para salir muy temprano al siguiente día, como lo había planificado, dejando de nuevo a su padre solo, en compañía de su perro y el gallo, junto al portal a través del cual lograban comunicarse con él sus ancestros desde el más allá.

Luis Torres logró comunicarse con su familia y con la profesora Clara cuando faltaban semanas para llegar al viejo continente. Esta última le informó de las condiciones en que se encontraban Miguel Ángel y el resto de sus amigos. Él les informó que estaba siendo esperado por connacionales y quienes por razones humanitarias tramitaban lo concerniente a su legalidad para el libre tránsito en esas tierras lejanas, es decir, vivir en Europa con su documentación al día de acuerdo a la ley.

Comenzó a trabajar duro como mensajero en una empresa iniciando su estadía y con lo que ganaba cancelaba el arriendo y su alimentación, No era mucho el dinero de su remuneración, pero le daba para enviarle algo a su familia, al igual que a la profesora Clara para ayudar a sus compañeros de lucha. Así continuó durante meses, y su desempeño le permitió ocupar cargos de mayor rango y responsabilidad que generaban mayores ingresos económicos. Siempre estaba pendiente comunicándose con Clara y en sus conver-

saciones le hacía ver que entre todos tenían que tejer esa sociedad que anhelaban tener, inspirados siempre en los principios de libertad, democracia, justicia e igualdad plena. Se había convertido en cotidiano el ir y venir todos los meses desde y hacia esas tierras lejanas, para estar pendiente y dar apoyo a quienes continuaban bajo las botas de los gorilas opresores, buscando por todos los medios acuerdos y negociaciones sin tener que salir nuevamente a las calles.

Los presos estaban cerca de cumplir tres años bajo sombra, cuando un día muy temprano fueron a buscarlos. Miguel Ángel pensó que se trataba de la rutina de siempre, pero esta vez les trajeron ropa, pidiéndoles que la cambiaran por la que tenían puesta, propiedad de la institución. Estando reunidos en el salón carcelario, se les informó que estaban en libertad condicional y podían marcharse. Entonces se le vino a la mente la estampita que guardaba con recelo, acompañándole siempre. Corrió a buscarla donde la mantenía guardada, y desde entonces lo ha acompañado a todas partes.

Dios le dio la oportunidad de estar de nuevo como lo envió a este mundo, libre como el viento, como las aves que surcan el cielo batiendo sus alas de alegría, buscando respirar y sentir el espíritu de libertad que todos llevamos en lo más profundo del alma.

Dicen que los verdaderos amigos se conocen cuando se está preso o enfermo, demostrándonos su solidaridad y apoyo incondicional.

FIN

Rosahana Algiana Larreal Prieto, es una aguerrida mujer zuliana de padres wayuu, cuya madre pertenece al clan Pausayuu – genética que lleva con orgullo–, nacida el 5 de julio de 1989 frente al lago de Coquivacoa. En su unión matrimonial con Jesús Carrillo D., ha procreado una hermosa niña que lleva por nombre Elena Isabel Carrillo Larreal.

Su espíritu forjador orientado a la superación, se ha visto coronado con los títulos de pregrado como Licenciada en Ciencias Políticas, egresada de la ilustre Universidad del Zulia, y de Abogada, egresada de URBE. Posee una maestría con componente docente universitario, y variados cursos y diplomados relacionados con su desempeño profesional. Es además locutora titular, debidamente acreditada, y en el ámbito personal se licenció como Chef Internacional.

Su norte es que los conocimientos adquiridos sean puestos al servicio de la gente, y así ha venido haciéndolo con dedicación y constancia, pues su pasión es servir a sus coterráneos a tiempo completo, factor condicionante que la seduce sustancialmente y mueve con denuedo su fibra humanista.

En esta incursión en la escritura junto a su esposo, ha sido altamente gratificante el hecho de poder plasmar estas ideas (difundidas hasta ahora solo a través de la oralidad), para contribuir al engrandecimiento de la cultura de la cual forma parte. Con su característica modestia, sostiene que Solo Maleiwa sabe la razón por la cual transitamos hasta alcanzar tal propósito.

Jesús Manuel Carrillo Delgado, coautor de esta obra, nació en tierras andinas el 8 de agosto de 1966, en el seno de una familia de agricultores que migró en busca de mejores horizontes a suelo bendito de Chiquinquirá, cuando apenas era un niño. Desde entonces, ha recibido el afecto y calor de la gente que desde pequeño le brindó su desinteresado cobijo. Hoy en día, es feliz padre de tres hijas.

Casado con Rosahana Larreal, en su rutilante trajinar obtuvo el título de Pedagogo, mención Educación para el trabajo, en el Pedagógico Monseñor Rafael Arias Blanco. Ha participado en congresos de capacitación gubernamental en diferentes países, dada su constante condición de servidor, lo cual le ha brindado la satisfacción de ocupar varios cargos en la administración pública, entre los que destaca Parlamentario de la Asamblea Nacional venezolana, periodo 2000-2005, representando al estado Zulia. Es poseedor de variados cursos y seminarios en el área organizacional, realizados a lo largo de su trayectoria, así como diplomados en Estrategia Electoral y Logística de Campañas.

Es además, locutor profesional, y también a nivel personal se tituló como Chef Internacional. Se muestra apasionado de la poesía, la narrativa y la lectura en general, como elemento disuasivo imprescindible en su formación humanista, lo que, entre otras cosas, lo hace ser un amante del servicio a sus conciudadanos.

Contenido

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I: EL MENSAJERO	9
CAPÍTULO II: LAS RAÍCES	37
CAPÍTULO III: LA ESPERANZA	67
CAPÍTULO IV: EL ENCUENTRO	93
CAPÍTULO VI: EL RETORNO	143
CAPÍTULO VII: LA BÚSQUEDA	169
CAPÍTULO VIII: LA MEDITACIÓN	177

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 5 días del mes de noviembre de 2022, el mismo día pero del año 2020 en que falleciera el deportista zuliano Jonhnnny Paredes.